

A black and white photograph of a woman with short hair, wearing a light-colored cardigan and a dark skirt, looking out of a window. In the foreground, the corner of a typewriter is visible. The image is overlaid with a semi-transparent white box containing text.

Anita Brookner

Un debut en la vida

Prólogo de Julian Barnes

Traducción de Catalina Martínez Muñoz



Lectulandia

«A sus cuarenta años, la doctora Weiss comprendió que la literatura le había destrozado la vida». Ruth Weiss es una profesora universitaria inteligente y solitaria que se ha especializado en los personajes femeninos de Balzac, en los que intenta ver reflejos de su propia vida. Criada en Londres en el seno de una familia un tanto excéntrica —hija única de una actriz de teatro un poco hipocondríaca y un bibliófilo y librero de viejo con muy poco talento para el comercio—, su precoz afición a la literatura la llevó a pensar que en las grandes novelas se podía encontrar la verdadera medida del mundo. Pero ahora, cuando vuelve la mirada hacia el pasado, hacia su infancia en Londres y sus años universitarios en París, piensa que, en realidad, quizá estaba equivocada.

La primera novela de Anita Brookner —una de las grandes escritoras británicas de finales del siglo xx— es un relato lúcido, irónico y tierno sobre la contradicción entre las aspiraciones de una joven embelesada por la literatura y una vida que tiende a ser más prosaica de lo que imaginamos.

Lectulandia

Anita Brookner

Un debut en la vida

ePub r1.0

Titivillus 23-06-2018

Título original: *A Start in Life*
Anita Brookner, 2018
Prólogo: Julian Barnes
Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Anita se inclina desde el otro lado de la mesa para ver qué hay en mi plato: «¿Qué tal está? —me pregunta, y pone una de sus sonrisas más amplias, más expectantes—: ¿Decepcionante?». Me está contando que acaba de terminar una novela y baja la voz para añadir en tono confidencial: «Trata de... una mujer solitaria». Anita siempre estaba allí, *in situ*, cuando yo llegaba, aunque me adelantase a la hora prevista, y me saludaba con su desconcertante y acostumbrado arranque: «¿Qué tienes para mí?». La comida nunca duraba más de setenta y cinco minutos. Normalmente pedía pescado, luego un café solo, y se fumaba dos cigarrillos mientras se lo tomaba. (Durante mucho tiempo fumó Sovereign, una marca barata de Benson & Hedges, y ese fue el único detalle poco elegante que vi en ella). Anita me cuenta que acaba de terminar otra novela y ahora que se la ha quitado de encima tiene libertad para hacer lo que quiera. «Bueno, conociéndote —le digo en broma—, eso probablemente signifique releer a Proust». Mi comentario produce un leve silencio de alarma. «¿Cómo lo has adivinado?», dice.

Me preguntaba con cierta frecuencia cuántos años tenía. Se lo decía, y ella contestaba, con una mezcla de entusiasmo y melancolía: «Otros diez años buenos». Me repitió esta pregunta a lo largo de las dos décadas siguientes, y la réplica que daba a mi respuesta siempre era exactamente la misma, aunque a medida que pasaba el tiempo noté que el entusiasmo se diluía en una especie de empatía esperanzada.

Era ingeniosa, de una inteligencia deslumbrante, reservada e imposible de conocer más allá de donde ella decidiera. No se me ocurre otro novelista menos proclive a escribir su autobiografía. Tenía una moral implacable, sin ser moralista, y una sinceridad igualmente insobornable. Una vez que fui a una radio local de Londres, para una entrevista, el equipo seguía en estado de *shock* a raíz de la participación de Anita (cosa muy rara en ella) en el programa del día anterior. Les pregunté qué había pasado. «Contestó con sinceridad a todas las preguntas», me dijeron. Y no estaban acostumbrados a eso. Yo la conocía —no bien— desde hacía treinta años. No había nadie ni remotamente parecido a ella, nadie que produjera un efecto ni por asomo similar. No era el único que notaba cómo cambiaba mi conversación cuando la tenía delante. Me obligaba a analizar mi vocabulario y mi gramática en fracciones de segundo antes de decir una palabra; hasta llegaba a puntuar mi conversación ¡con puntos y coma! Ella, sin embargo, parecía tranquila, divertida, dueña de la situación. Pero si se me ocurría preguntarle, por ejemplo: «¿Qué opinas de Boucher?» (o de cualquier otro pintor entre miles), se transformaba y se animaba más que nunca. Sus respuestas eran precisas, intensas, pormenorizadas, cargadas de pasión; le brillaban los ojos y a veces incluso deslizaba algún detalle personal. En cierta ocasión me contó que la época más feliz de su vida había sido la que pasó en Francia, mientras hacía su doctorado sobre Greuze y viajaba en autobús,

entre la niebla, para recorrer las galerías de arte de provincias. Tuve la sensación de que la niebla era muy importante para la felicidad.

Y es que, no debemos olvidarlo, Brookner pasaba mucho más tiempo enseñando, pensando y escribiendo sobre arte que ejerciendo como novelista. Si hoy no estuviéramos lamentando la pérdida de «Anita Brookner, la ganadora del premio Booker», estaríamos recordando a una de las críticas de arte más deslumbrantes y perspicaces de los últimos tiempos, y a una profesora que inspiró devoción de por vida. Su principal interés era el arte francés de los siglos XVIII y XIX: escribió brillantes ensayos sobre Watteau y David y se adentró con idéntica intuición en el territorio de dos polos opuestos del arte francés de mediados del siglo XIX: Ingres y Delacroix. Sus ensayos artísticos son académicos en el mejor sentido del término: de altos vuelos, sólidos, el resultado de un conocimiento profundo, aunque completamente asequibles para cualquier lector inteligente. Su rigor es tan fascinante como su prosa, y sus juicios, cuando son negativos, están llenos de mordacidad. Así, condena «la impronta inmortal y morbosa» que Baudelaire pretende dejar en Delacroix, y no perdona «esa pátina de infantilismo protector» con la que se cubrieron William Blake y otros artistas. Sus críticas, como su visión del mundo, eran adultas. He aquí una frase de su divertidísima y contundente reseña de una nueva edición del Libro de Job: «Bildad el suhita también sostiene la tediosa opinión de que el sufrimiento ennoblece».

Nos conocimos en 1984, cuando nos seleccionaron a los dos entre los finalistas del premio Booker. Nuestra editora, Liz Calder, la llamó por teléfono para darle la noticia, y la respuesta de Anita fue: «Creo que voy a salir a que me pongan suelas nuevas en los zapatos. Eso me ayudará a seguir con los pies en el suelo». Cuando ganó el premio, subió a la tribuna, recibió el cheque, se volvió al público con una pose exquisita y empezó a decir: «Normalmente, cuando tomo la palabra no la suelto hasta pasados cincuenta minutos. —Hizo una pausa de duración perfecta y añadió—: Y mientras pongo diapositivas». Después, Malcolm Bradbury (a quien yo no conocía) se me acercó, me pasó el brazo por el hombro con el ánimo de consolarme y me dijo: «Bueno, creo que no merecías ganar, pero también creo que no merecías perder frente a “ese” libro». Fue un comentario innoble, aunque tenía algo de profético. La prensa (principalmente masculina) le dio el apodo de «la modesta Anita» y, despreciando su brillante carrera de historiadora del arte, decidió encasillarla como una solterona solitaria sin éxito en la vida que, una vez al año, escribe una novela para reconfortarse: la versión *chic* de buscar consuelo en una caja de bombones Quality Street. Interpretaron en clave autobiográfica la primera frase de su novela, *Un debut en la vida*: «A sus cuarenta años, la doctora Weiss comprendió que la literatura le había destrozado la vida». A los cuarenta años, la doctora Brookner se convirtió en la primera mujer que accedía a la cátedra de arte Slade de Cambridge. La literatura le

había ayudado a comprender el mundo y seguía ayudándola. Y, más adelante, cuando decidió escribir ficción, la literatura le proporcionó una doble ración de reconocimiento, de otra clase.

En general, Anita guardaba cierta distancia con el mundo, aunque no era una persona solitaria. Fue a los cuarenta años cuando por fin logró escapar del caos que era la vida con sus padres (a quienes quería «con dolor»), y creo que después de eso vivió exactamente tal como quería. No digo que nunca tuviera reveses emocionales; al contrario, en la medida en que somos capaces de decidir cómo queremos vivir, los tuvo. Cuando no le apetecía hacer algo, no lo hacía. Consideraba un deber social asistir a ciertas fiestas, pero su técnica consistía en llegar con puntualidad, hacer una ronda rápida, dar las gracias a los anfitriones y marcharse justo cuando el grupo principal de juerguistas entraba por la puerta. Una vez aceptó firmar ejemplares de su última novela, a petición de nuestros comunes editores. Ellos, que no querían agobiarla, prepararon un montón de cien ejemplares. Anita se sentó, sacó su pluma, firmó veinticinco y dijo: «Creo que son suficientes, ¿no?». Y se fue. Yo tenía la costumbre de enviarle postales de arte cuando iba de viaje, hasta que me di cuenta de que nunca mencionaba que las hubiera recibido. Entonces decidí dejar de enviarlas, y eso tampoco lo mencionó. Un día vi el anuncio de una programación en el National Film Theatre que parecía hecha para Anita: una recopilación de las primeras tomas cinematográficas rodadas en París y sus alrededores. La llamé por teléfono, y ya había recorrido la cuarta parte del camino para aceptar mi entusiasmada proposición cuando se paró en seco y dijo: «No, creo que no...». Me sentí torpe, idiota de remate, como si hubiera cruzado cierta línea social. La había cruzado, y nunca más volví a hacerle ninguna sugerencia parecida. Comíamos juntos una vez al año, cenábamos de vez en cuando, y nada más. En una ocasión, un amigo mío fue a su apartamento de Elm Park Gardens con un equipo de cámaras. Había muy pocos muebles y una hilera de plantas en el alféizar de la ventana. Un ayudante, que estaba nervioso y buscaba alguna fórmula de cortesía para romper el hielo, probó a decir: «¡Qué flores tan bonitas, señorita Brookner!». Y recibió una respuesta que le dejó mudo: «Son todas nuevas». Estoy seguro de que ella no pretendía ser cortante, pero sí indicar con claridad la naturaleza y el cometido de lo que a su juicio era una conversación pertinente.

Sus novelas siempre tratan de mujeres solteras y solitarias que al parecer no hacen nada más que devolver libros a la biblioteca, ir a salones de té y reflexionar sobre la vida que no han vivido. Pero Anita se parecía tan poco a sus protagonistas femeninas como John Updike a Conejo Angstrom. (Le gustaban los sitios elegantes —casi siempre comíamos en el Caprice o en el Hotel Durrants—, pero también le gustaba mucho que esos sitios la decepcionaran. Una vez, cuando acababa de volver de París, me dijo: «Me alojé en el Crillon. Me dieron una habitación de servicio»). Su prosa

era tan impecable y equilibrada en su estructura como su discurso oral; en realidad, se parecía tanto que dudo que si alguien examinara sus manuscritos pudiera encontrar demasiadas correcciones. Su ficción presenta a menudo una antítesis moral que enfrenta a quienes son virtuosos, sinceros, amables y elegantes con quienes son ricos, vulgares y descuidados. Los segundos son más felices que los primeros, porque no tienen ni integridad moral ni la capacidad de tomar conciencia de sí mismos o dudar de sí mismos. En el universo de Brookner, la liebre siempre gana a la tortuga, y creer o esperar lo contrario es una muestra de sentimentalismo. Esta era su visión de la vida, firme e inquebrantable. Pero el crítico o el biógrafo que se viera tentado por la idea de que Brookner apela en cierto modo a nuestra simpatía, se equivocaría de medio a medio. Era la persona menos dada a la autocompasión que he conocido nunca. Sabía que el mundo era injusto y consideraba ingenuos a quienes no lo veían. En su fuero interno era una estoica. Y llevaba su estoicismo hasta el nivel de la nobleza. Esta afirmación probablemente le produciría horror, pero muchos de quienes la conocieron estarán de acuerdo conmigo.

Leía a Proust; leía a Simenon —prefería las *romans durs* a las historias de Maigret (su favorita, me dijo una vez, era *En casa de los Krull*); más adelante empezó a reseñar para el *Spectator* la lista anual completa de los libros seleccionados para el premio Goncourt, en artículos de unas mil palabras. Aun así, no creo que su ficción estuviera influida por la literatura francesa. A mí me parecía más eurobritánica. Y, a pesar de que Anita vivía sumergida en la literatura, le interesaba muy poco la vida literaria y aún menos hacer carrera en ella. Nadie la sorprendería en el circuito de festivales literarios o en los estudios de *Front Row*. El éxito era para ella un motivo de satisfacción, pero no hacía nada por agradar o desagradar a sus lectores, aparte de lo importante: escribir otra novela. Estoy convencido de que, si hubiera publicado un libro cada dos años, en lugar de uno al año, ahora sería el doble de famosa. Y estoy seguro de que este cálculo le habría parecido vulgar. De todos modos, creo que es cierto. Nunca se quejaba del trato condescendiente que a veces recibía de la crítica británica, aunque de vez en cuando lo señalaba indirectamente. En cierta ocasión le hablé de una reciente promoción de un libro suyo en París. «Sí —contestó—. Están muy interesados, ¿verdad?».

Sus novelas eran lo que eran. Vertía en ellas su fuerza, su lucidez, su ironía, su ingenio y su intuición. Su voz se reconocía desde la primera frase. (Pensemos en las primeras palabras de *Latecomers*: «Hartmann, que era un hombre voluptuoso...»). Nadie más que ella habría escrito algo así). Si una cosa no se le daba bien, la descartaba por completo. La mayoría de los escritores son conscientes de sus debilidades o de sus rasgos excesivamente característicos, y tratan de camuflarlos. Anita jamás falsificaba su escritura. O tal vez fuese más cierto decir que, en su ficción, como en su vida, rara vez hacía cosas que no quería hacer. Un verano, mi mujer y yo fuimos de vacaciones a Francia y nos llevamos su última novela. Yo la leí primero; a la mañana siguiente, mi mujer se sentó a leerla a la sombra de un árbol. Al

cabo de una hora, oí una explosión de rabia incrédula y supe exactamente qué la había provocado. «Voy por la página treinta y cinco —dijo mi mujer—, acaba de aparecer el primer diálogo y ¡está en francés!». En una de las novelas posteriores, la protagonista femenina, mientras cena sola en su apartamento, se toma normalmente una copa de vino blanco. Como el vino me interesa, no pude evitar fijarme en que en cada cena había un vino diferente: primero era un chardonnay, luego un pinot grigio, luego un sauvignon, y así sucesivamente. Pero el último vino que se toma en la novela era, inesperadamente, dulce: un sauternes. Me pregunté si estos cambios podían tener algún significado, simbolizar la volatilidad de la protagonista. Le expuse mi teoría un día que comimos juntos, y señalé el desconcertante cambio final del seco al dulce. «¡Qué va! —me contestó, sin darle ninguna importancia—. Simplemente entré en una tienda y copié los nombres».

La vi por última vez el verano de 2010, cuando la editora Carmen Callil la trajo a comer a mi casa. Estaba más frágil y necesitaba un bastón. Yo había preparado cangrejo macerado, y Anita dijo que era alérgica. ¡Qué bochorno pasé! (¿debería haberlo sabido?). Tomó un poco de queso con ensalada y un tomate asado. No quiso remolacha. Nos interesamos por su vida. Dijo que todas las mañanas iba temprano a Sainsbury's y compraba «un *croissant*, un panecillo y una barra de pan». «¿Todos los días, Anita?». «Como mucho pan». Había estado releendo a Stefan Zweig y le encantaba esa novela que llevaba un título tan brookneriano como *La piedad peligrosa*. Coincidió con Carmen en que una de las ventajas de la edad era que por fin nos permite dejar atrás las pruebas a las que nos someten los sentimientos. Dijo que no tenía sentimientos ni creencias religiosas. Seguía teniendo un televisor alquilado (nada de televisión por satélite o Freeview) y seguía fumando entre ocho y diez cigarrillos al día. «¿Te fumas el primero después de desayunar, Anita?». «Por supuesto». Recibía el *Times* a domicilio, pero cuando salía a llenar su cesta de pan también compraba el *Independent*, el *Mail*, el *Guardian* y el *Telegraph*. Los leía todos, y eso la tenía ocupada hasta las diez y media. «Nunca cuentan nada interesante». Le sugerí que quizá pudiera comprar un solo periódico, pero vi que no estaba abierta a cambiar sus costumbres ni sus expectativas vitales a esas alturas. («¿Qué te parecen los periódicos, Anita?». «Decepcionantes»).

Cuando se marchó yo estaba agotado, por el afán de hacer las cosas bien. Carmen tuvo que acostarse un rato cuando llegó a casa. La infatigable Anita, sin embargo, esperaba con ilusión la fiesta que organizaba esa noche el *Spectator*, aunque supongo que no estaba dispuesta a concederle más de veinte minutos. A pesar de que sentí no volver a verla después de ese día —no aceptó otras invitaciones— y de que estaba preocupado por ella, me preocupaba menos que otras personas en situaciones similares. Estaba seguro de que su estoicismo y su fortaleza mental la ayudarían a mantenerse a flote. No creía que Anita temiese la cercanía de la muerte, porque su

profunda comprensión del mundo incluía una profunda comprensión de la muerte, y me imaginé que no le inquietaba llegar al final del recorrido. No sé si efectivamente fue así, pero estoy casi convencido.

JULIAN BARNES^[1]

Un debut en la vida

A mis amigos de aquel verano

1

A sus cuarenta años, la doctora Weiss comprendió que la literatura le había destrozado la vida.

Según su costumbre reflexiva y académica, lo atribuyó a que había recibido una educación moral deficiente, pues las fuerzas antagónicas de su padre y de su madre se aliaron en este caso para exigirle que considerase la trayectoria de Anna Karenina y Emma Bovary pero emulara la de David Copperfield y la Pequeña Dorrit.

En realidad, todo había empezado mucho antes, cuando, en algún momento ya olvidado de su primera infancia, se quedó dormida, embelesada, mientras su niñera susurraba: «Cenicienta podrá ir al baile».

El baile nunca llegó a materializarse. La literatura, por el contrario, se había convertido en su especialidad, si podía llamarse así al debate que se desencadenaba tres veces a la semana en la agradable sala de su seminario cuando sus alumnos, más atrevidos de lo que ella lo había sido nunca, fruncían el ceño con un gesto de dolor al pedirles que pensarán en algún escritor menos alienado que Camus. Eran chicas y chicos altos, guapos, de ojos claros, y se expresaban en un tono de confianza que luego no se reflejaba en sus traducciones encorsetadas y cautas.

La doctora Weiss, que prefería a los hombres, era una autoridad en cuestión de mujeres. *Las mujeres en las novelas de Balzac* era el título del trabajo al que probablemente iba a dedicarse hasta el final de su vida. Ya había publicado un primer volumen que recibió una discreta acogida. Su editor, acuciado por sus propios problemas, había perdido el interés por los dos volúmenes restantes. La doctora Weiss lo invitaba a cenar cada seis meses para hacerle un esbozo de los capítulos siguientes, y él la escuchaba con indiferencia. Los dos hubieran preferido que no se sintiera obligada a hacer eso. De todos modos, el libro se completaría, se publicaría y se reseñaría moderadamente bien.

La doctora Weiss también culpaba a la literatura de su aspecto físico. Aspiraba, por instinto, a causar una impresión un poco anticuada. Su único atributo desobediente, una bonita melena pelirroja, lo disciplinaba con un moño clásico muy necesario para contrarrestar el bajorrelieve de sus facciones. Tenía un cuerpo menudo, delicado y, para algunos, intrigante. El leve titubeo en los andares, que le daba una apariencia virginal, era en realidad la secuela de una meningitis que la obligó a tomarse una baja médica por primera vez en su vida profesional, baja que tenía intención de que fuera la última. Su aspecto y su personalidad se encontraban justo a medio camino entre los siglos XIX y XX. Era una mujer meticulosa, apasionada, reflexiva y con tendencia a analizarse, pero sus colegas la encontraban simplemente meticulosa, apreciaban su pulcritud y suponían que su aire distraído y algo ojeroso denotaba el esfuerzo por desentrañar un complicado pasaje de Balzac. Lo cierto es que tenía unas expectativas altísimas y, aunque estas expectativas nunca

llegaron a cumplirse, seguía sin aprender la lección. Cuando la vida se volvía más desagradable de lo normal, soñaba con poder invertir el tiempo y quedarse dormida de nuevo escuchando las palabras más hermosas para los oídos de una niña: «Cenicienta podrá ir al baile».

Pero tenía entre manos un trabajo sobre *Eugénie Grandet*, y la exhaustiva evaluación que hacía Balzac del amor inocente y sin esperanza de Eugénie le estaba fastidiando, como siempre. «*Je ne suis pas assez belle pour lui*». ¿Por qué no le habría leído su niñera una traducción de *Eugénie Grandet*? Su vida entera habría podido ser distinta. Y es que la fortaleza moral, como sabía la doctora Weiss, aunque jamás se lo dijera a sus alumnos, era del todo irrelevante para dirigir la propia vida; era mejor, o al menos más sencillo, tener encanto. Y atractivo. A veces se percataba de que esa obsesión por Balzac le venía de que era él quien le había hecho esta revelación, aunque demasiado tarde. Sufría por Eugénie, y ese era el único sufrimiento que se permitía. Era un dolor que trasgredía los límites establecidos, un dolor amenazador, insinuante y subversivo. Más le valía invitar a Ned a cenar y exponerle sus teorías sobre la relación de Eugénie con sus padres, a los que seguía culpando de la desertión del enamorado de la joven. Eso era una equivocación, y lo sabía. ¿No había dado Balzac la explicación exacta? «*Aussi, se dit-elle en se mirant, sans savoir encore ce qu'était l'amour: "Je suis trop laide, il ne fera pas attention à moi!"*».

No hay necesidad de ocultar la vida interior en una institución académica. Los asesinos y los grandes delincuentes serían los profesores perfectos: con todo el tiempo del mundo para planear el golpe y sin suscitar preguntas ni miradas inquisitivas una vez lo han ejecutado. Los colegas de la doctora Weiss manifestaban una indiferencia absoluta por su pasado. A veces, cuando tomaban café, era invitada a ser testigo de un ataque de risa silenciosa estimulado por algún artículo de *History Today* o la *Modern Language Review*, pero normalmente rechazaba el ofrecimiento, consciente de que sería una actuación en solitario, y murmuraba que prefería leerlo en otro momento, aunque lo hubiera leído recientemente. Así se apaciguaban las rencillas académicas. Solo Tom, el conserje que todas las mañanas le recitaba de carrerilla el parte meteorológico, parecía relacionarse con el mundo o el clima exterior. Las secretarías, fascinadas por los halagos de los profesores, se deslizaban por los pasillos con la mirada baja, como sirenas a la deriva; las bibliotecarias siempre estaban redactando alguna reseña sobre la última conferencia; los alumnos eran indiferentes y volubles. Las pálidas facciones de la doctora Weiss no despertaban ningún tipo de especulaciones.

Sin embargo, había experimentado el terror y la emoción con mayúsculas. Y había conocido el amor, en especial el de un conspicuo filólogo de la Sorbona, pero su historia no era esa. Su aventura, la que iba a transformar su vida en literatura, no

era materia apta para el cotilleo. A decir verdad, estaba hecha con la materia de la propia literatura. Y, curiosamente, la doctora Weiss jamás había conocido a nadie, hombre o mujer, amigo o colega, capaz de soportar la literatura fuera de la página impresa. Esos seriales interminables que las personas se cuentan unas a otras en la intimidad son triviales e intrascendentes, aunque estén llenos de secretos. ¿Quién tenía tiempo para escuchar un relato que podría haberse escrito en otra dimensión? Eso creía la doctora Weiss y, en silencio, algunas tardes, con la cabeza apoyada en la mano, dejaba que el atardecer invadiera poco a poco su salita de estar y pensaba una vez más en la obra en la que se le había confiado un papel tan exigente.

Guardaba de sí misma el recuerdo de una niña pálida y pulcra, con tanto pelo que le dolía la cabeza. Casi todo le costaba un esfuerzo enorme; aún se acordaba de la torpeza con que sacaba la lengua y se ponía a resoplar mientras trataba de dejar la taza en el hueco exacto del plato. Su niñera había sido paciente pero severa con ella; todos esperaban que creciese cuanto antes, en la medida de lo posible, y con este fin le ofrecían libros tristes aunque aleccionadores. Una vez graduada en las obras de Grimm y Hans Andersen pasó a las de Charles Dickens. Allí se le reveló el universo moral. Porque seguramente triunfaría la verdad, y la paciencia se vería recompensada. Tal era su afán por incorporarse a aquel movimiento de elevación hacia la luz que apenas se fijaba en que su hogar se parecía a los que encontraba en los libros: un velo de diversión superficial sobre un profundo pozo de decepción.

Y esto era así por el carácter de sus padres y de su abuela, y porque el triste pasado europeo de su abuela era una fuente de reproches continuos a su padre George (Georg de nacimiento) Weiss, por haber asimilado con tanta urgencia la flema inglesa. La señora Weiss vestía de negro, dormía por la tarde, reinaba en la cocina, preparaba comidas muy pesadas y no estaba contenta con su nuera. ¿No estaba contenta con ella? La odiaba. Pero habría odiado a cualquiera que reclamase a su hijo y le usurpara su protectorado. La pobre Helen, tan llena de vida, no le daba demasiada importancia. Era actriz, y estaba magnífica en aquellos papeles de chica atolondrada que iban de perlas con su melenita pelirroja y su sonrisa cautivadora. Aborrecía cocinar, nunca engordaba y le encantaba planificar las tareas domésticas de su marido y supervisar los horarios de su hija.

La abuela Weiss llegó de Berlín con un cargamento de muebles de dimensiones formidables y madera oscura, como si hubieran absorbido la sangre de una manada de caballos. Los roperos de inquietantes cornisas y puertas descomunales parecían el refugio de regimientos de *condottieri* renacentistas en miniatura. Los aparadores de estilo Luis XIII, de volutas y formas sinuosas, con perturbadoras siluetas que desaparecían y reaparecían, soportaban el peso de centros de mesa, fuentes de plata para la repostería y platos de entrantes, mientras que en los armarios inferiores se almacenaban salseras, fuentes y hieleras de vino. Había un armario especial para la mantelería, y los cubiertos se guardaban en la cajonera forrada de paño verde. La mesa del comedor siembre estaba puesta a medias, a pesar de que todos los miembros de la familia comían normalmente por separado. A la señora Weiss le habría gustado presidir una sala llena de hijos y nueras, pero la naturaleza inestable y provisional de su vida trasplantada la obligó a conformarse con desayunar con George, comer después con la niña y la niñera, y tomar el té y cenar con ellas. Helen volvía tarde a casa cuando estaba trabajando, y George siempre la esperaba para picar algo juntos, de una manera que parecía clandestina y siempre provocaba risas tontas. George

adoraba a su mujer inglesa; tenía para él todo el encanto de una especie alienígena. Y un encanto prohibido, además, porque se había casado con ella en contra de la voluntad de su madre.

La niña creía que todos los comedores eran igual de oscuros, como si estuvieran impregnados por las emanaciones de las salsas y las lágrimas. Se imaginaba, en un país desconocido, abuelas calladas, las paredes de papel pintado con relieves de terciopelo granate, cuadros de tempestades marinas y platos fuertes engullidos a toda prisa; cortinas de terciopelo, un mantel de damasco que solo cubría la mitad de la mesa y el intrincado asedio arquitectónico de las patas y los travesaños de las sillas. Y una niñera alegre, inglesa, que solo se dejaba impresionar por la calidad de la comida. La niña daba por sentado que el fúnebre ambiente de las comidas era un fenómeno universal, como si el olor levemente agrio del suero de mantequilla, el pan de centeno, los pepinos y las semillas de alcaravea fuera una especie de acto de penitencia. La llamaron Ruth, como su abuela. Se llevaban bien, porque eran las dos igual de calladas, pensativas y dadas a obsesionarse por la familia ausente: la una en la realidad, la otra entre las tapas de un libro interminable que siempre era el mismo. La niñera parecía una intrusa, una enterradora, una criada. En aquel comedor, mientras su abuela le untaba con mantequilla un panecillo de semillas de amapola, la niña aprendió el inmenso significado de la responsabilidad. Cuando terminaban de comer, mientras su abuela se quedaba dormida en una butaca de terciopelo, debajo de la ventana, la niña aceptaba el silencio como un estado natural. No le gustaban los demás niños, porque hacían un ruido insoportable.

Si el comedor era el territorio de su abuela, el de Helen era la sala estar, una estancia luminosa y frívola en la que había un piano, una alfombra blanca, montones de fotografías en marcos de plata y jarrones de cristal tallado con flores ligeramente mustias. Parecía la réplica exacta del escenario de alguno de los papeles cómicos de mayor éxito de Helen, que lo utilizaba como una extensión de su camerino; por las tardes, cuando Helen no trabajaba en la primera sesión, sus amigas venían a tomar el té, mordisquear galletas y fumar. La familia tenía un arsenal de porcelana, coleccionado por una tía de George y expuesto en varias vitrinas: nunca lo usaban, porque a Helen esas cosas le traían sin cuidado y prefería las tazas de loza corrientes. Sus amigas eran chicas de sus tiempos de soltera, actrices o cantantes, bastante escandalosas, simpáticas y muy maquilladas. «Pobre Helen —decían cuando se marchaban—. ¿Te imaginas vivir con una suegra así? George es un cielo, desde luego, aunque un poco aburrido. Y a la niña no se la ve muy alegre». Pero Helen no parecía preocupada. Seguía siendo guapa, tenía éxito, el paso de los años no había alterado su mandíbula y sus pómulos delgados, y solo le interesaba vivir el presente. Sus habitaciones parecían de calidad inferior a las de la abuela. Más agradables, pero menos seguras. La niña tenía la sensación de que las amigas podían aparecer en cualquier momento para rescatar a su madre de aquel ambiente hostil en el que estaba atrapada y llevársela de nuevo al West End, a su pasado común de rivalidades

teatrales y a cenar tarde en cualquier sitio. Tenían el aspecto moderno y juvenil de las actrices y estaban llenas de vida, petulancia y encanto.

Había mucho encanto en el ambiente, no solo el que aportaba Helen, sino también el del propio George o Georg. George, en su papel de Georg, desayunaba obedientemente todas las mañanas dos huevos pasados por agua bajo la atenta mirada de su madre, se retiraba a su vestidor, aparecía transformado en George, flamante y alegre, con cierto aire de dandi, y se iba a Mount Street, donde tenía una tienda de libros raros. Su profesión le dejaba mucho tiempo libre y, como era de carácter sociable, asistía a menudo a los ensayos de su mujer o pasaba por el teatro para llevarle provisiones de cigarrillos o invitarla a comer. Si Helen era insustancial, George lo era más todavía, a pesar de su apariencia fuerte. O tal vez fuera simplemente inaccesible. Siempre con una sonrisa en los labios, sus elegantes trajes de *tweed* y su enorme anillo de boda, George no tenía en casa unas dependencias personales, como las mujeres de la familia. Su tienda, donde la niña iba a visitarlo, ni siquiera era en realidad una tienda. George era amable, por naturaleza y por su profesión. Era un buen hijo y un padre cariñoso, pero además de estos sentimientos, que su madre valoraba, estaba locamente enamorado de su mujer. Sin embargo, le era infiel. Tenía una ayudante, la señorita Moss, con la que pasaba las tardes hasta la hora de recoger a Helen en el teatro. Le confesó a la señorita Moss que era infeliz, que sentía una infelicidad imprecisa y vaga, por no haber hecho realidad unas aspiraciones ya casi olvidadas. Incluso, por complacer a la señorita Moss, fingió que dudaba de la fidelidad de su mujer. Y la señorita Moss, que le preparaba algo de comer por las tardes, se lo tomó en serio y se volvió indispensable para él. La infelicidad de George tenía su origen principalmente en que casi siempre se limitaba a escuchar a los demás. Hablar era para él una experiencia estremecedora. La señorita Moss se dio cuenta de esto; ella también era una gran lectora y comprendió que debía de haber algo en el pasado de George que le causaba inseguridad. Cuando George se marchaba, alrededor de las diez y media, la señorita Moss lavaba los platos, ordenaba el apartamento y se iba a la cama con una novela. Él, renovado, cargaba con su soportable melancolía (porque era auténtica) hasta la puerta del teatro. Tenía que estar siempre sonriente para Helen. Y lo estaba. Se sentaba a horcajadas en una silla, bromeaba con los miembros de la compañía y era el marido proveedor, expansivo y jovial. Permitía que Helen se mostrara como la mujer adorable que era. Cuando ella se ponía más infantil y más extravagante, también él interpretaba su papel; le apuntaba los nombres que no recordaba, le encendía el cigarrillo y le cogía la mano para besársela, todo esto sin interrumpirla en su continuo parloteo, hasta que la velada decaía y llegaba la hora de que George la llevase a casa.

Pobre Helen. Pobre George. La abuela sabía, y lo sobrellevaba en adusto silencio, que su hijo era un botarate y su nuera lo era todavía más, que los dos necesitaban la protección del otro, que ninguno había madurado ni maduraría nunca, y que aquel juego amoroso, apasionado y superficial, era nocivo para la niña. Sabía que, de no

haber sido por la casualidad de que su difunto marido hubiera decidido llevarse de Alemania sus existencias de libros raros cuando se fue a Inglaterra, George sería ahora vendedor de coches o agente de seguros. Tenía carácter para eso. Sabía que Helen perdería sus encantos y que le ofrecerían papeles cada vez menores. No tenía unos dientes bonitos para trabajar en televisión. La niña era demasiado callada y demasiado delgada. Ya había desarrollado un tic nervioso en los párpados. No tenía amigas. Ninguno de los tres tenía amigos. Cuando llegaba a este punto en sus reflexiones, la señora Weiss se levantaba para llevar un vaso de leche caliente con canela a la cama de su nieta, la convencía para que dejase de leer y se quedaba con ella hasta que se tomaba la leche y apagaba la luz. Luego se retiraba, antes de que el regreso de George y Helen perturbara la paz del comedor.

La niña adoraba a sus padres y se daba cuenta de que estaban desprotegidos. No amenazados por los mismos peligros que amenazaron a su abuela, pero sí desprotegidos frente a la decepción. Este presentimiento era su mayor certeza. Veía cómo se les velaba la mirada cuando las cosas se torcían, cómo su exultación se transformaba en discusiones en cuestión de segundos y lo poco que valoraban sus arduos esfuerzos. «Cariño —se decían el uno al otro—, ven y cuéntame algo. Me siento tan solo/aburrido/frustrado/enfadado». Su mayor fortaleza, ojalá la niña hubiera sido capaz de verlo, era su facilidad para expresar hasta la más mínima preocupación pasajera. Este proceso, que parecía una letanía de penurias, era en realidad una manera de mitigar la decepción. Pero la niña únicamente registraba la decepción, y se sentía culpable de su propia existencia, como si en cierto modo estropease ese eufórico ambiente de luna de miel que sus padres intentaban prolongar con tanto afán. Era consciente de que ninguno de los dos trabajaba de verdad, de que era su abuela quien llevaba las riendas de la casa y de que si no fuera por ella podían quedarse sin comida en cualquier momento. Sabía que el dormitorio de su madre estaba desordenado, con la ropa tirada en las sillas y el tocador cubierto de bolitas de algodón rosa, que en la habitación de su padre había muy pocos libros y muchos trajes elegantes, y que los dos, por separado, estaban obsesionados con su aspecto físico. «Cariño», decía su madre mientras se pintaba los ojos de azul y observaba el movimiento de sus labios al pronunciar estas palabras. «Sí, cariño», contestaba su padre, admirando lo bien que le sentaba una chaqueta nueva a la vez que se ponía un fular de seda al cuello. La imagen que les devolvía el espejo no era demasiado favorecedora por aquel entonces. Los dientes de Helen y el peso de George eran problemas que debían solucionar. Para la niña seguían siendo deslumbrantes y guapos. Para la abuela eran un par de idiotas.

No había tiempos mejores; no había tiempos peores. Con el sostén de aquellos padres juveniles y aquella abuela envejecida, la niña se asombraba de la estabilidad de su mundo. En los libros, por citar solo las obras de Dickens, la gente pasaba pruebas durísimas. En su casa de Oakwood Court nunca había ningún cambio. Siempre los mismos platos contundentes en la misma mesa contundente; la presencia

imponente de la abuela, vestida de negro, garantizaba que la niña cavilosa pudiera entregarse a sus procesos mentales sin ninguna interrupción. Una carcajada en otra habitación delataba la presencia de sus padres, y eso había que agradecerlo, teniendo en cuenta la cantidad de sitios mucho más apetecibles en los que podían estar. Su madre le prometió que le compraría un vestido bonito, «en cuanto pase esta mala racha, cariño». Su padre la abastecía amablemente de libros, casi siempre en ediciones de Everyman, con su reconfortante promesa en la portada: «Seas quien seas, iré contigo, y seré tu guía cuando más necesites de mi compañía». Ahora tenía una habitación para ella sola y ni siquiera se fijaba en lo oscura y silenciosa que era y en que estaba tan abarrotada de muebles como la de su abuela. «Te vas a estropear la vista de tanto leer», le decía Helen.

Pero ciertos cambios eran inevitables. Una calurosa mañana de otoño, la señora Weiss dejó en la mesa de la cocina la bolsa de cuero con la que hacía la compra, mudó de color, se tambaleó y terminó en el suelo, en una postura muy poco estética. No había nadie en casa. Cuando Ruth volvió del colegio, le extrañó que nadie respondiera a su saludo, se quedó espantada al encontrar a su abuela y fue corriendo a buscar a una vecina. La vecina avisó al portero, y entre los dos llevaron a la señora Weiss a la cama. Llamaron a George por teléfono, que tardó una hora en llegar, con los ojos enrojecidos, contrito y fumando como un carretero. La primera llamada que hizo George fue a una agencia de enfermeras. La segunda, mucho más larga, al teatro. Helen no podía volver a casa, además ya se había maquillado para la primera sesión de tarde y era imposible cancelar la función. «Tranquilízate, cariño, no te preocupes. Mañana contrataremos a alguien para que se ocupe de todo».

—Hoy no habrá cena —dijo George con voz apagada.

La señora Weiss tardó tres meses en morir. Los pasó en su cama descomunal, inconsciente la mayor parte del tiempo, atendida por un par de enfermeras irlandesas que, al ver a Helen, decidieron encargarse de hacer su propia compra. George se animó un poco con su compañía y se ofrecía galantemente a llevarlas en coche. Ruth se pasaba las tardes sentada junto a la cama de su abuela cuando volvía del colegio. Al principio intentó hablar con ella, pero la enfermera Imelda le dijo: «No te oye, cielo». Pasado el primer mes, que Ruth vivió fascinada, contemplando aquel cuerpo dormido, enorme aunque infantil, y escuchando con temor los silbidos de aquella respiración, dejó que su atención se desviara. El dormitorio era austero, ancestral, pero también extraño. Se dio cuenta de que nunca había mirado dentro del armario. Su abuela llevaba camisones de batista largos y blancos, con el cuello bordado y salpicado de manchas de saliva. Pasado el segundo mes, Ruth se instalaba en la habitación de la enferma con un libro. En el momento en que murió la señora Weiss, Helen estaba en el teatro, George en la sala de estar, bromeando con la enfermera Marie, y Ruth, leyendo. Cuando la enfermera Imelda vino a cerrar las cortinas y dijo: «Creo que se ha ido», le sorprendió que Ruth no levantara la vista del libro. No la levantó, para apartarla enseguida, hasta que entró George, deshecho en sollozos.

Entonces, según le contó más tarde la enfermera Imelda a la enfermera Marie, la niña hizo una cosa muy rara. Cogió la mano de su abuela y se la besó, luego se acercó el libro a la mejilla y se quedó un rato quieta, como si el libro la consolara. Por fin salió del dormitorio, y después la encontraron en la cocina, intentando preparar la cena. «¿Por qué no? —dijo Helen con cansancio, cuando llegó, tarde como de costumbre—. Solo hasta que encontremos a alguien. Seguro que se le da mejor que a mí. Mientras tanto, podríamos conservar a las enfermeras. Estos tres meses me han dejado agotada. Nadie sabe lo difícil que ha sido tratar de hacer reír a la gente todas las noches, mientras la pobre mamá estaba aquí postrada. Y tú también necesitas descansar, cariño. A partir de ahora nos servirán el desayuno en la cama».

Y así encontraron a la señora Cutler, «nuestra querida Maggie», como la llamó Helen desde el primer momento, una viuda irónica y vivaz que se ofendía por cualquier cosa. Servía las comidas a horas irregulares, de manera que Ruth siempre llegaba demasiado tarde o demasiado pronto, trabajaba con la radio encendida y fumaba sin parar. El mantel de damasco nunca se retiraba de la mesa y solo se cambiaba una vez a la semana; las cortinas de terciopelo granate empezaron a oler a tabaco y las hieleras de los armarios del aparador, a deslustrarse. George, que a raíz de la muerte de su madre perdió el interés por los libros, aguantó en el negocio mientras encontraba un comprador idóneo. En realidad no tenía necesidad de ganar dinero. Su madre le había dejado algo, además de una pequeña herencia independiente para su nieta, y, por otro lado, a Helen las cosas le iban bien. Había empezado a hacer películas, comedias de enredo que eran perfectas para su estilo de corista ligeramente anticuado. Y así, George pasaba cada vez menos por la tienda y el teatro, y acompañaba a Maggie a hacer la compra. Iban en coche y tardaban una barbaridad, mucho más que la señora Weiss con su bolsa de cuero negro, pero, al fin y al cabo, tenían todo el día por delante. Cuando Helen volvía del rodaje, estaba tan cansada que necesitaba acostarse un par de horas. A las siete, Maggie preparaba un *whisky* con soda para George y un *gin- tonic* para Helen y para ella. Los ceniceros se llenaban muy deprisa. Todo era como en los viejos tiempos, como aquellas reuniones en el camerino de Helen. A veces, Ruth salía de su habitación, donde estaba haciendo los deberes, y atravesaba aquella nube de humo, interrumpiendo a su madre en mitad de una anécdota para preguntarle si había algo de cenar. Le atraía y le alarmaba en la misma medida ver a tres personas adultas comportarse como si estuvieran en una fiesta a medianoche: a su madre acostada de día, a su padre sentado en la silla a horcajadas y a la señora Cutler en el borde de la cama, con un cigarrillo entre los labios y una mancha de carmín en la barbilla. «Bueno, Ruth, puedes calentar un poco de sopa. Solo para ti. Yo tomaré cualquier cosa luego. Y estos dos tienen una buena cogorza». Y volvían a partirse de risa. ¡Qué agradable, qué laxo, qué asqueroso! Y Ruth empezó a prepararse la comida; evitaba instintivamente, por el precio, las empanadas, los patés y las verduras en conserva que preferían sus padres y, sobre todo, la señora Cutler. Hacía huevos, patatas hervidas y ensaladas, pero esta dieta de solterona no se correspondía con la mesa del comedor, no era digna de los solemnes aceites y la silla de su abuela, y pronto se acostumbró a comer en la cocina.

No le caía bien la señora Cutler. Sabía, sin comprenderlo, que era de esas mujeres turbias que medran entrometiéndose en la intimidad de las parejas, que reciben un sinfín de confidencias con la mirada fría y le van luego con el cuento a la otra parte, por el bien de ambos, y no parecen tener otro objetivo en la vida aparte de «conseguir que dejéis de ponerlos en ridículo, el uno al otro y cada uno por su lado». Helen le

contó a la señora Cutler muchos secretos de su vida pasada, sin saber en realidad por qué lo hacía. Estaba acostumbrada a entretener a la gente, y ofreció a la criada la información que esta necesitaba, actuando para ella como la actriz simple y leal que era. Los inocentes coqueteos de su juventud cobraron en su relato un tinte más dramático. «Ese año todo me daba igual. Me parecía lo más normal escoger a un hombre en una fiesta y llevármelo a casa. Y no me avergüenzo, Maggie. A veces me gustaría que George echase una canita al aire. Así estaríamos más igualados».

—¿Sigues viendo a esa señorita Moss? —preguntó la señora Cutler—. Aunque no tienes por qué preocuparte por eso.

—¿La señorita Moss? ¿Esa empleada de la tienda? No lo dirás en serio, Maggie. Pásame un pitillo, cariño. Tengo que pensar en eso.

Y después, la señora Cutler le decía a George: «Que no vuelva a ver yo que descarrilas, jovenzuelo. Esa mujer que tienes ahí es una entre un millón, y te advierto que no estoy dispuesta a verme envuelta en ningún lío».

George se reía, aunque los comentarios de la señora Cutler le causaban cierta incomodidad. Intentaba pensar en ella como habría hecho su madre, verla como una criada con un pasado difícil, pero tenía la sensación de que, sin darse cuenta, habían establecido una intimidad que ya no le permitía recuperar esa posición. Y era incuestionable que cuidaba maravillosamente de Helen. No era un mal arreglo. La casa estaba un poco patas arriba, pero eso no le hacía daño a nadie. Por otro lado, era bueno para la niña que siempre hubiera alguien allí.

La niña tenía entonces catorce años y empezaba a dominar el francés con asombrado placer. Por lo visto prefería expresarse en este idioma y recitaba en su dormitorio: *Waterloo! Waterloo! Waterloo! Morne plaine!* Los adultos se callaban un momento cuando la oían. «No lo hace mal», decía su madre, bastante sorprendida. «No la animes —contestaba la señora Cutler—. Ya sabes lo que les pasa a las chicas cuando se les llena la cabeza de pájaros. Se vuelven gilipollas». Y los tres se retorcían de risa, George y Helen con cierto reparo, aunque les parecía descortés no reír una gracia. Seguían desviviéndose por agradar y se empeñaban más que nunca en conseguirlo.

Y así continuó Ruth salmodiando pasajes de Victor Hugo, hasta que descubrió a Alfred de Vigny y después *La Maison du Berger*, donde le pareció ver expresados sus pensamientos más hondos. «*Pars courageusement* —ordenaba desde las profundidades de su dormitorio—. *Laisse toutes les villes*». Incluso se veía capaz de hacer eso algún día. De momento estaba contenta. Total, había tantas cosas que leer que no podía pensar en nada más. Más adelante, tal vez.

¿Adolescencia? No podía decirse que viviera una adolescencia como las de otras chicas, que de la noche a la mañana descubrían su pasajero aunque divertidísimo poder sobre los hombres. No había en Ruth sonrisas lentas, experimentos de

coquetería ni misterios fingidos. No tenía prisa por instalarse en el mundo de los adultos, pues sabía de antemano, y no se equivocaba, que no estaba preparada para eso. Por otro lado, no le encontraba el más mínimo atractivo, no tenía nada que ver con ella. Su imagen más viva de los adultos era aquel dormitorio lleno de humo, aquel desorden, aquel estado de alerta y aquella demostración de afecto insistente y desmedida. No era distinto del mundo de las chicas más precoces a las que conocía, las que habían dejado de ser niñas alegres para convertirse en contrincantes en potencia. Las incomprensibles indirectas de la señora Cutler se parecían mucho a las burdas bromas sexuales de las chicas de su edad. No las comprendía, ni a la una ni a las otras. Seguía siendo delgada e infantil, cosa que a Helen le convenía, y siempre iba mal vestida, porque su madre no le dejaba comprarse la ropa y nunca tenía tiempo para ir de compras con ella. A George le daba cierta lástima que su hija se pasara las tardes sola, viendo la televisión, y se quedaba un poco desconcertado cuando oía retumbar aquellos versos en su dormitorio. Pero la principal tarea en la vida de George era hacer feliz a Helen, y pasó a desempeñar su cometido con ayuda de la señora Cutler, que parecía haberse marcado el mismo objetivo vital. Ahora la comida se servía siempre en bandeja, y comían los tres como cerdos, encerrados en el dormitorio, tan a gusto.

Salvo en el colegio, Ruth nunca sabía de dónde iba a salir la próxima comida. De hecho, el colegio era para ella una especie de guardería, donde tenía la certeza de encontrar consuelo en forma de alubias con salchichas o compota de ciruelas con natillas. Las clases no le interesaban demasiado, porque sus lecturas iban muy por delante del plan de estudios. Únicamente la señorita Parker, con sus faldas plisadas, despertaba en ella algo parecido al interés y la lealtad, pero había una sola señorita Parker para atender a todas las niñas que seguían sin fijarse en los chicos que merodeaban en bici alrededor de las verjas del colegio a las cuatro de la tarde. Ruth siempre se ponía triste a esa hora. La seguridad del día se terminaba, el anonimato del uniforme escolar dejaba de ser una garantía, y los chicos en bicicleta no iban a buscarla. A veces se quedaba en la biblioteca, una sala agradable y soleada, donde le habían asignado la tarea de actualizar el catálogo. Esas tardes salía a las cinco y gracias a eso coincidía con la señorita Parker en la parada del autobús.

—¿Qué estás leyendo, Ruth? —le preguntaba la señorita Parker, quitándole los libros del brazo—. ¿Zola? Bueno, no está mal, pero no te lo creas todo. ¿Balzac? No, definitivamente no. Eres demasiado joven. La mayoría de las mujeres son demasiado jóvenes para Balzac.

Cuando bajaron del autobús, al final del trayecto, le dijo:

—Dime una cosa, Ruth. ¿Entiendes todo lo que lees? ¿Te preocupa alguna vez?

—Sí —contestó Ruth, a las dos preguntas.

Tal como lo veía la señorita Parker, la única esperanza para Ruth era ir a la universidad y convertirse en especialista. Era su única esperanza porque parecía evidente que necesitaba que alguien cuidase de ella. A los quince, a los dieciséis años,

seguía vistiendo como una niña, llevaba el pelo larguísimo, le gustaba la comida del colegio y las notas de sus fichas de la biblioteca eran extremadamente meticulosas.

—Pero me gustaría hacer otro experimento con ella —le dijo la señorita Parker a su colega, la señora Brain—. Puede que llegue a ser una buena académica, por puro amor a la red de seguridad que eso le brindaría. O puede que crezca y lo descarte por completo. Hoy en día, las chicas no tienen por qué sufrir, aunque estén demasiado solas. Pueden dedicarse a la investigación. Y creo que tiene algún dinero, cosa que no está nada mal a falta de amigos.

—Deberías hablar con sus padres —dijo la señora Brain—. Su madre es esa actriz tan divertida que actuaba siempre en el West End. Hará unos cinco años de eso. Y también leyó de maravilla en la BBC unos *Cuentos para la hora de acostarse*. Con mucho sentimiento. ¿A qué se dedica ahora?

Se pasa el día tumbada en la cama, señora Brain. A veces incluso bajo las sábanas. Se está oxidando un poco, por falta de ejercicio. Aún es capaz de tenderle a George una mano apasionada, y él aún es capaz de cogerla y besársela. Cuando terminó el rodaje de *You Must be Joking* y no le ofrecieron enseguida otro trabajo, le pareció una lástima interrumpir esa rutina tan deliciosa. La señora Cutler volvió a entrar en la habitación con una bandeja en las manos y un cigarrillo en la boca, y se empeñó en que Helen tomara un tentempié en la cama. George compaginaba sin dificultad sus visitas a la tienda con los horarios de comidas de la señora Cutler, y además ahora había recaído sobre él una tarea nueva: Helen quería volver a los escenarios con una obra propia, y él, que conocía sus fortalezas y sus debilidades, tenía que animarla a escribir.

—¿Por qué no escribes la historia de tu vida? —propuso la señora Cutler cuando el proyecto llevaba ya aplazado un par de meses—. Con las cosas que me has contado llenarías el teatro en las dos sesiones, tarde y noche.

Helen miró hacia la ventana, con esos ojos todavía bonitos aunque ahora más cavernosos, y se quedó pensativa.

—Soy demasiado mayor para ese papel —dijo por fin—. Pero tienes razón. Seguro que mi autobiografía se vendería muy bien. —Y se volvió a George con una dosis más que suficiente de su antiguo encanto—. Cariño, cómprame unos cuadernos bonitos. Y un camisón nuevo. En la cama puedo trabajar igual de bien, incluso mejor. Y podéis ayudarme los dos. ¿Qué pasa, Ruth?

—La señorita Parker quiere veros a ti y a papá. Para hablar de si voy a ir a la universidad.

—¿Quién narices es la señorita Parker?

—Mi antigua profesora. Quiere que vayáis al colegio el viernes.

—Ni hablar, cariño. Invítala a que venga a tomar algo si no hay más remedio. Pero te advierto que estaré ocupadísima.

Por una vez, Ruth no se retiró. Por una vez supo ser astuta.

—En el colegio todos hablan de ti —dijo con cautela—. Me hacen muchas

preguntas. Siguen hablando de tu papel en *El abanico de lady Windermere*. Y nunca habéis pasado por allí. Ni tú ni papá. Creo que deberíais ir. Estas cosas son importantes. —La astucia la abandonó entonces—. Y estamos hablando de mi futuro.

—¡Por favor! No me hables del futuro. El pasado es mucho más interesante.

—Será el tuyo —dijo la señora Cutler, que ese día no estaba precisamente de buen humor.

Y así, George y Helen fueron a ver a la señorita Parker. Hacía bastante tiempo que no salían juntos de día, y Ruth tuvo la sensación de que sobreactuaban. George metió a Helen en el coche como si la trajera a casa del hospital después de dar a luz. De todos modos, estaban los dos muy elegantes. La reunión saldría estupendamente.

La señorita Parker notó que eran una pareja insegura. ¿Por qué iban cogidos de la mano? ¿Para protegerse? Se fijó en que los dos olían a tabaco, que George necesitaba un corte de pelo, que Helen tenía manchas de maquillaje en el cuello. Aunque era innegable que seguían siendo atractivos y no parecían inclinados a llevarle la contraria sobre el futuro de Ruth.

—Sigue siendo muy infantil para los años que tiene —dijo Helen, pensando en su hija con fantasía—. Yo a su edad salía mucho más, se lo aseguro.

—Bueno, bueno, cariño —dijo George automáticamente.

Miraron a la señorita Parker como quien espera la reacción del público. No hubo ninguna. Helen empezó a sentirse vaga aunque definitivamente incómoda.

—Puede hacer lo que quiera, naturalmente. Pero, por favor, no conviertan a mi hija en una intelectual —dijo, con su sonrisa encantadora—. Ya sabe usted que eso ahuyenta a los hombres.

Y este comentario dio un impulso y una forma tangibles a la determinación de la señorita Parker por ver a Ruth en el sano entorno de una biblioteca universitaria. Que la niña demostrara capacidad para hacer cualquier cosa era lo de menos. La señorita Parker comprendió con tristeza que Ruth destacaría en lo que fuera si no le quedaba más remedio. Ruth esperaba, ligeramente avergonzada.

—La asesoraré personalmente —dijo la señorita Parker, poniéndose un poco colorada—. Tiene un dominio del francés espléndido. Más que suficiente para ir a Oxford o a Cambridge.

Al levantarse, a Helen se le cayeron los guantes. La señorita Parker los recogió después de dudar unos instantes.

—No queremos que vaya ni a Oxford ni a Cambridge —contestó, y al momento tomó conciencia de lo mal que había pronunciado este diálogo—. No queremos perderla tan pronto. ¿No hay universidad en Londres?

—Hay excelentes departamentos de francés en varias facultades —respondió la señorita Parker, con la mirada baja—. Y luego podría ir a Francia para hacer algún trabajo de investigación. Necesita, en fin, ampliar sus horizontes.

—¿No lo necesitamos todos? —preguntó con mucho encanto Helen, a la vez que tendía la mano para coger sus guantes—. Muy bien, cariño, ya está todo resuelto.

¿Estás contenta?

¿Estaba contenta? Esa tarde lo estaba de verdad. En cuanto a Helen, se declaró agotada y se fue a la cama nada más llegar a casa, como si se hubiera pasado el día en un rodaje. George ni siquiera pasó por la tienda. La señora Cutler les preparó una copa y se quedó con ellos a puerta cerrada. Ruth estaba inquieta y se puso a dar vueltas por la casa. En el dormitorio de su abuela vio la bata de nailon de la señora Cutler, encima de la cama, y en el tocador, los rulos, en la bonita fuente de porcelana con su estampa del Puente de Augusto en Dresde; las perchas colgadas del tirador del armario se movieron y entrechocaron con la corriente que entraba por la puerta, y los vestidos se deslizaron y quedaron suspendidos en precario equilibrio. Había pelusa en la alfombra y una colilla en el cenicero, al lado de la cama. En el comedor, los antiguos olores a carne y a empanadillas se habían evaporado hacía mucho tiempo y se respiraba un olor rancio. En la sala de estar, la televisión, que nadie veía porque Helen no salía en ella, ocupaba el espacio donde antes se encontraba el piano de la señora Weiss. En la cocina, el grifo de agua fría goteaba en una sartén sucia y olvidada en el fregadero.

En su habitación, Ruth leyó un libro que hablaba de casitas azotadas por los vientos del norte, de mansiones en el campo rodeadas de amplios jardines de césped, de casas de huéspedes parisinas rebosantes de intriga y actividad, de viviendas para los mineros en las que chisporroteaban las brasas de los fuegos de carbón, de granjas y casas parroquiales, de villas y castillos, de jardines y *pièces d'eau*, de viajes y estancias en el extranjero. ¿Era la vida real siempre tan ociosa? ¿O era la vida real el destilado de la decepción de la rutina diaria?

Mientras se preparaba la comida, se le pasó por la cabeza la idea de que algún día quizá tuviera su propio hogar. Y, por alguna razón que no quiso analizar, esta idea no la sedujo demasiado. Lo pensó mejor y llegó a la conclusión de que sería más feliz en un hotel.

La mayor ventaja de la universidad era que podía quedarse en la biblioteca hasta las nueve. Así se ahorraba la función que se representaba todas las tardes en Oakwood Court y, además, descubrió con placer que podía encontrar comida decente en restaurantes muy baratos. Lo cierto era que el placer parecía estar en auge. Ahora se alimentaba y se vestía ella sola, y pensaba que merecía una felicitación por eso, sin saber que aquellas eran cosas de lo más corrientes. De momento no le preocupaba el dinero. A sus ojos era rica, y la gente se había enterado, no sabía cómo, de que no estudiaba con beca, no compartía piso con otros cinco compañeros, no vivía en una residencia y se bañaba muy a menudo, porque el agua caliente seguía siendo el único elemento de la vida doméstica que la señora Cutler no había podido alterar.

Se daba también el lujo extremo de trabajar en una biblioteca de verdad y tenía acceso directo a sus fondos. Los libros que leía ahora no eran quizá tan divertidos como los que había leído en el colegio: eran libros sobre libros, más que obras originales, y a los autores siempre se los presentaba como si fueran propiedad de distintos académicos. «¿Middleton? ¿Te refieres al hombre de Voltaire, ese de Southampton?». O: «¿Vas hoy a oír a Chateaubriand?». Esto último era una referencia, hecha con toda la buena fe del mundo, al eminente erudito que había consagrado su vida a la obra del gran trotamundos. La única preocupación de Ruth era encontrar un escritor que aún no fuera propiedad de otro: le daba igual quién.

No había perdido la pasión por los libros, aunque compartirlos con otras personas no era tan agradable como llevárselos a la mesa para leer mientras comía. A pesar de todo, las horas que pasaba en la biblioteca eran para ella lo más parecido a un sentimiento de pertenencia que había tenido nunca. Dorada, reluciente y silenciosa, poblada por nobles sonámbulos, con su ambiente apaciguado por una paz amigable y eterna, mesas enteras preparadas para el trabajo y un aparente cese de la maldad entre los lectores, aunque fuera temporal, estas cosas le atraían tanto como cualquier otro incentivo más mundano. Y, como había aprendido a estar callada desde que era muy pequeña y estaba sedienta de compañía, las horas que pasaba en la biblioteca por las tardes eran las más gratificantes de su vida. Cuando levantaba la vista de la página, cosa que hacía a menudo, era para mirar a otras personas que leían. Sin saberse observadas, parecían inocentes, aunque un poco agobiadas, y si sus miradas se cruzaban alguna vez, sonreían instintivamente antes de volver los ojos a la página impresa.

Leyó el movimiento romántico de principio a fin y se convirtió en la alumna favorita del experto en Chateaubriand. Tenía una retentiva formidable, y tantos años de recitación le habían dejado los textos bien grabados en la memoria. Nunca se sentía tan feliz como cuando estaba tomando notas, notas bastante complicadas, con bolígrafos de distintos colores, porque empezaba a imponérsele la necesidad de hacer

algo mientras leía, o con la lectura. Sus trabajos, que abordaba como muchas mujeres abordan una cita con un posible novio, tenían siempre buena acogida. Se quedó destrozada cuando una vez le devolvieron un ejercicio con la siguiente nota a pie de página: «No entiendo tu letra».

Se compró un par de faldas plisadas, como las que llevaba la señorita Parker; se compró rebecas y zapatos charleston y así encontró el estilo al que adherirse de por vida. No seguía los consejos de Helen, porque sabía que no eran para ella, pero le gustaba enseñarle la ropa que compraba. A Helen le parecía deprimente. «Es raro que hayas salido tan distinta a mí», decía con un suspiro. Y sus pulseras de plata se deslizaban y tintineaban al tender el brazo desnudo. Helen tenía un cutis impecable, aunque estaba empezando a perder grasa; alternaba los caprichos con el mal humor y normalmente rechazaba la comida. George, en cambio, estaba cada vez más gordo. Tenía tendencia a ponerse sentimental por la aparente madurez de su hija, sin darse cuenta de que era precaria. Ruth evitaba el sentimentalismo, sabiendo lo fácil que era encontrarlo.

Los días no tenían horas suficientes. Helen decidió que Ruth debía pagar un alquiler por su habitación en Oakwood Court; era un acuerdo conveniente para las dos, pues el contrato de arrendamiento interponía una distancia prudencial con el pasado. Ruth se levantaba temprano, iba a comprar el periódico y unos panecillos, preparaba el café y lo fregaba todo antes de que hubiera nadie en danza. Era la más limpia de la casa. Cuando abría la puerta para salir, oía a los demás darse los buenos días desde la cama, con quejidos variopintos, y se marchaba corriendo, antes de que le estropearan la mañana apareciendo en zapatillas y con la cara hinchada. Se sentía a gusto entre la gente que esperaba el autobús, respetablemente vestida para pasar el día en público. Tenía clases hasta la hora de comer y tutorías por la tarde. En la sala común había un hervidor eléctrico, y era Ruth quien se ocupaba de que siempre hubiera leche y azúcar. Aquella sala se parecía a un hogar más que su propio hogar desde hacía mucho tiempo. Siempre tenía alguien con quien hablar después del seminario y por las tardes salía a dar un paseo antes de tomar un sándwich en un bar, a eso de las seis y media. Después trabajaba en la biblioteca hasta las nueve y llegaba a casa alrededor de las diez, una hora a la que George y Helen ya se habían tomado sus pastillas para dormir y la señora Cutler se encerraba a ver la tele en el cuarto de estar, envuelta en una nube de humo. A veces se sentía un poco sola, pero todo era mejor de lo que podría haber sido.

«Pero ¿no sales nunca?», le preguntó su amiga Anthea. Lo cierto es que le sorprendió su facilidad para hacer amigos. Ruth tenía ese aire tranquilo y bondadoso, o quizá esa actitud indiferente que invita a las confidencias, sobre todo a las personas demasiado inquietas para guardarse ninguna información. Anthea se parecía a Helen en muchas cosas: era divertida, ingeniosa, delgada y guapa. Necesitaba un complemento o una acólita para su fama de coqueta, y no cejó en su empeño hasta que consiguió ganarse la amistad de Ruth. Y Ruth, que necesitaba protección social o

una amiga elegante, le estaba agradecida. Era una amistad mutuamente satisfactoria, aunque en secreto a las dos les aburría la otra. La conversación de Anthea consistía en recordar sus triunfos —que si le había dado calabazas a fulanito y aceptado a menganito, que si había conseguido el último par de botas en las rebajas de Harrods, que si se había gastado cinco libras en dos semanas— o en dar consejos que empezaban diciendo: «¿Por qué no lo haces? ¿Por qué no tiras esas faldas horribles y te compras unos pantalones? ¿Por qué no te has hecho un buen corte de pelo? ¿Por qué no buscas piso? No puedes quedarte toda la vida en casa de tus padres. ¿Por qué no dejas de esconderte aquí y vienes al comedor? Está mucho más animado. ¿Por qué no vienes al *pub* con Brian y conmigo? ¿Por qué no lo intentas con Crawford? Es tu tipo, se pasa el día leyendo, y, aunque no lo fuera, necesitas unos cincuenta años de práctica para ponerte al día».

Estas preguntas iban seguidas de variaciones que empezaban diciendo: «¿Por qué no has?»: encontrado piso, cortado el pelo, comprado unos pantalones. Parecía que su carácter exigente necesitara resultados inmediatos. Su presencia física, incitante aunque curiosamente molesta, inspiraba sentimientos antagónicos en Ruth, que no estaba acostumbrada a que los amigos no siempre saben complacer. Escuchaba con paciencia los dramáticos recuerdos de Anthea, a sabiendas de que cuando se adentraba en aquel terreno su amiga perdía el equilibrio. Por otro lado, le alarmaban las manifestaciones físicas del carácter voluble de Anthea: los mareos, los dolores de cabeza, los sudores repentinos. Anthea le hizo tomar conciencia del horror desmedido que le producía la enfermedad, una repugnancia que intentaba compensar instando a su amiga a ser más fuerte, más tranquila o, como último recurso, más indulgente consigo misma. Era una mala estrategia, pero funcionaba. La inmensa confianza que Anthea tenía en sí misma renacía y florecía en presencia de aquella chica más tranquila, que claramente no era una rival para ella. Ruth, preocupada por el encanto agresivo de Anthea y sus miedos reprimidos, se sentía protectora, pues había asimilado desde muy pequeña esa mirada ausente que a veces observaba en sus padres y, para infundirles confianza, era capaz de reunir una fortaleza que no sabía que tuviera. Lo mismo hacía con Anthea, a pesar de que nunca llegaba a entender muy bien por qué lo hacía, teniendo en cuenta que Anthea le parecía superior en todo.

Anthea ya había pasado por toda la gama de experiencias femeninas adultas, de la promiscuidad a las mechas rubias. Irradiaba energía sexual, lucía una sonrisa eterna y casi profesional en una boca preciosa y derramaba su encanto abrumador sobre hombres y mujeres por igual. Ruth solo percibía su afán por conquistar a los demás. Se enteró de que la madre de Anthea había muerto y de que estaba muy unida a su padre. Vivía con su novio Brian, que era físico, un chico tan tranquilo que casi parecía amodorrado, aunque era de complexión fuerte. Se rumoreaba que iban a casarse, pero Ruth tenía la sensación de que a Anthea le asustaban el compromiso y la idea de renunciar a su reconfortante circo de conquistas. Anthea hablaba a veces de este problema, aunque nunca abiertamente, y después de confesar sus preocupaciones

se ponía más mandona que nunca. «¿Por qué no dejas de dar vueltas a esas notas y preparas un café para las dos?».

Ruth abandonó su prudencia y la invitó a casa a tomar el té, porque la preocupación de Anthea por su aspecto físico le había enseñado a apreciar el de otras mujeres, más cercanas. Le pidió a su madre que se arreglara para la ocasión, y Helen eligió un caftán, unos pendientes de oro y una buena dosis de perfume. George, que había aceptado una oferta por la tienda y estaba a la espera de firmar los contratos, pasaba mucho tiempo fuera de casa y prometió que llevaría una tarta de Fortnum. El té estaba preparado media hora antes de que llegase Anthea, y Helen se tomó dos tazas majestuosamente. «Si tu amiga no puede tomarse la molestia de llegar a tiempo, yo no tengo por qué tomarme la molestia de esperarla. No te preocupes, que no diré nada. Cuando no entiendo algo prefiero hacer como que no me entero».

Pero se cayeron de fábula. Hacía un año que Ruth no veía a su madre tan animada, y la señora Cutler, cuando volvió del podólogo, oyó las carcajadas desde la puerta principal. Ruth y George asistían como espectadores, encantados con el éxito de sus esfuerzos y contentos de ser el contrapunto de las protagonistas. La señora Cutler echó un vistazo a la estimulante reunión y se retiró a su cuarto indignada. Con el profundo sentido de la oportunidad que distingue a la mujer perfecta de la simple aficionada, Helen y Anthea se levantaron para despedirse antes de que las bromas se prolongaran demasiado y la risa empezara a resultar molesta. A Ruth y a su padre les pilló un poco por sorpresa.

—No te vayas —dijo George—. No has comido nada. Puedo preparar más té.

Anthea le dirigió una sonrisa radiante y le dio la mano. Besó a Helen y prometió que volvería. Ruth la acompañó a la puerta.

—¿Con qué frecuencia hacéis este teatrillo? —preguntó Anthea—. Ahora entiendo por qué no traes a nadie a casa. —Anthea lo sabía todo—. Lo mejor que puedes hacer es buscar piso. Y más vale que no lo aplaces demasiado.

—¡Qué chica tan encantadora! —dijo George cuando Ruth volvió a la sala de estar.

—Muy guapa —añadió Helen, echando el humo por la nariz bien cincelada—, aunque no es tu estilo, cariño. Tiene espíritu de azafata.

Hacia el final del segundo año de universidad, Ruth empezó a sentir una inquietud que la obligaba a pasar la mayor parte del día caminando. Los estudios le resultaban demasiado fáciles y ya había escogido el tema de su tesis doctoral: «Vicio y virtud en las novelas de Balzac». Balzac enseña la suprema eficacia de la mala conducta, y Ruth estaba comenzando a verlo. Las tardes se le hacían agobiantes: no soportaba el silencio. Tenía la sensación de que llevaba demasiado tiempo comiendo lo mismo y recorriendo el mismo camino. Y se sentía sola. Anthea se había comprometido oficialmente con Brian y ya no necesitaba su compañía. «¿Por qué no haces el

doctorado en Estados Unidos? Aquí no veo futuro para ti, aparte del que ya ves por ti misma». La situación en casa se había vuelto preocupante. Helen estaba sin trabajo. Al menos había sido por propia elección. Le ofrecieron un par de papeles de madre de la heroína y los rechazó con altivez. Por aquel entonces, rara vez se vestía: prefería quedarse en la cama con su caftán y sus pulseras, fumando y bebiendo el café instantáneo que compraba la señora Cutler. Como los primeros teólogos o doctores de la Iglesia, debatían las dos si Helen debería incluir en su biografía tal o cual pelea con un director, tal o cual romance. La biografía ya ocupaba la mitad de uno de los cuadernos que George le había comprado dos años antes. Pero como ni Helen ni la señora Cutler tenían ningún talento literario ni eran dadas a leer nada más serio que novelas históricas de amor (aunque Helen aún conservaba su antiguo ejemplar de *Anna Karenina* en la mesilla de noche), la redacción no avanzaba. A pesar de todo, discutían acaloradamente sobre los contenidos.

—Ojalá Ruth me echase una mano —se lamentaba Helen.

—No sé por qué no se lo dictas todo y dejás que ella lo organice —decía la señora Cutler.

George no era feliz. Tenía la sensación de que no pintaba nada cuando se juntaban las dos en el dormitorio y se pasaban la tarde discutiendo eternamente sobre los mismos puntos. Le había vendido la tienda a la señora Jacobs, una viuda de ojos tristes cuyo marido se había dedicado al mismo oficio y a la que su psiquiatra había instado a emplear el tiempo en algo útil. A George le caía muy bien y estuvo varios días repasando el inventario con ella. Ella se lo agradecía, aunque no pudo abstenerse de decirle que podía haberle sacado más provecho al negocio si se lo hubiera propuesto. La señorita Moss los escuchaba con rencor desde la trastienda. George tenía ciertas dudas y se preguntaba qué habría pensado su padre de la venta. Incluso llegó a plantearse si había sido buena idea vender el negocio, porque Helen no trabajaba, había que pagar el sueldo de la señora Cutler y el dinero no duraría eternamente. Relegó estos pensamientos a un rincón de su cerebro y le prometió a la señora Jacobs que pasaría por la tienda de vez en cuando para ver qué tal le iban las cosas.

Ni siquiera esto era tan sencillo. Con su hija todo el día fuera de casa y su mujer discutiendo con la criada qué fotografías le hacían más justicia o qué notas de sus álbumes de recortes de prensa debería incluir, y enfrascándose luego en una interminable y deliciosa conversación sobre sus respectivas infancias («Está claro que me mimaron demasiado, y cuando te miman demasiado ya no tiene remedio, ¿verdad?». «Ese fue mi problema, que nunca tuve que limpiar el cuarto de baño hasta que me casé. No sabía que hubiera que hacerlo.»), George se encontró de repente con que la mayor parte de las tareas domésticas recaían sobre él, además de la compra. Estaba más gordo y menos alegre. A veces solamente se afeitaba cuando tenía intención de salir. Helen, que había llegado a la mediana edad y no lo soportaba, se

distanció un poco de su marido, como si él le culpaba de hacerse vieja. ¿Por qué no? También ella le culpaba de que se estuviera haciendo viejo. Solo la señora Cutler, siempre alerta y adicta a una dieta de platos precocinados y café instantáneo que le sentaba de maravilla a su constitución delgada, seguía siendo la misma.

Helen había cambiado. Conservaba su antigua belleza, porque las mujeres delgadas no pierden el buen tipo, si bien con el tiempo pierden la poca carne que tuvieran. Estaba muy delgada. Las manos y los pies, alargados y estrechos, salían del caftán como si hubieran cobrado definitivamente su forma de esqueleto. Se le marcaban las clavículas. Se le movía el anillo de boda, y a veces se lo quitaba. El color rojo de su pelo era ahora un secreto que solamente conocían su peluquera y ella, y, cuando tenía que ir a peinarse, le asustaba el ambiente de las calles. Al final, la señora Cutler soltaba la aspiradora en cualquier parte para acompañarla y dejaba que George se encargara de terminar lo que estuviera haciendo o quedase por hacer. Cuando volvían, diciendo que estaban agotadas, Helen se iba a la cama, consciente de que era allí donde presentaba su mejor aspecto. George, desbordado de trabajo, se tomaba una copa con ella. Los ojos azules de Helen, más saltones ahora que tenía las cuencas hundidas, miraban por la ventana con una expresión apasionada y nostálgica, mientras sus pensamientos volaban a triunfos pasados, viajes pasados y amores pasados. George, que la observaba en aquellos momentos de distracción, se asombraba de ver lo deprisa que había envejecido.

Ruth aceptó algunos consejos de Anthea: se cortó el pelo, consiguió una beca del British Council para pasar un año en Francia, trabajando en su tesis, y se enamoró. Lo único importante para ella fue esto último, aunque se miraba el pelo continuamente para comprobar si su aspecto había mejorado algo. «*Je ne suis pas assez belle pour lui*». Ojalá se hubiera dado cuenta de que su físico no tenía importancia; era más que atractiva para ser una mujer inteligente. Pero en esto seguía en la inopia, porque se encontraba sosa y poco elegante, y Anthea le advertía a menudo que tuviera cuidado. «A veces no sé si de verdad estás aquí», le decía, levantando las cejas como si no diera crédito.

Eso hizo cuando Ruth le confesó que se había enamorado de Richard Hirst, que la abordó en el pasillo para felicitarla por conseguir la beca y se empeñó en que comieran juntos en el comedor. Lo que despertó esta reacción en Anthea fue que Richard era un trofeo fuera del alcance de la mayoría de las mujeres, y mucho más de Ruth. Era uno de esos hombres excepcionalmente guapos, con una presencia tan poderosa que hace que los demás, aunque sean superiores, a su lado parezcan una birria. Richard era famoso al menos por tres cosas. Tenía la belleza rubia y perfecta de su madre escandinava; era un cristiano acérrimo; y tenía una úlcera. Las mujeres que no lograron conquistarlo pensaban que la úlcera era consecuencia del cristianismo, o mejor dicho, de su manera de profesarlo, porque Richard era psicólogo, orientador de los alumnos, y dedicaba tres días a la semana a atender llamadas de teléfono y convencer a los estudiantes angustiados de que estaba bien disfrutar del sexo con cualquier pareja, o de que no pasaba nada si uno no disfrutaba. Luego, volvía a su parroquia y se pasaba dos noches enteras atendiendo por teléfono a adolescentes marginados, mujeres maltratadas, reincidentes y alcohólicos. La cantidad de malas noticias que era capaz de absorber parecía infinita.

¡Un hombre que hacía cosas! Su padre, a juzgar por lo que veía Ruth, no hacía nada más que escuchar a su madre. Richard, en cambio, como todos sabían, salía corriendo con su bici para presentarse en el escenario donde se estaba produciendo un drama doméstico y enfrentarse a la conciencia de un marido, una mujer, una madre, un padre, un hermano, una hermana o un amante violentos. (Incluso se había encargado de que todo esto llegara a saberse). Su casa siempre estaba llena de adolescentes a los que encontraba tirados en los bancos de la estación de Waterloo y acogía hasta que conseguían trabajo o se escapaban mientras él iba a una conferencia. El conserje de la facultad conocía muy bien a la mujer desesperada y normalmente borracha que aparecía con frecuencia para pedirle a Richard que escribiera algún artículo que la redimiera de todos sus errores si se publicaba en *New Psychology*. Apenas paraba en casa. Apenas dormía. Parecía que nunca comía. Su úlcera preocupaba a todas las mujeres a las que había conocido a lo largo de su vida adulta,

y muchas se desvivían por tentar su paladar con platos especialmente suaves: sin ningún compromiso. Fueron muchas las decepcionadas. Su dieta despertaba todo tipo de especulaciones, lo mismo que su aspecto físico, que seguía siendo espléndido contra todo pronóstico. Salía pedaleando para atender la siguiente emergencia, con el pelo rubio oscuro ondeando al viento y una expresión clara y contumaz en los profundos ojos azules.

Richard derramó en los oídos perplejos y agradecidos de Ruth diversas críticas sobre sus chicas anoréxicas, sus madres solteras y sus mujeres maltratadas. A ella le parecía un hombre ejemplar y lamentaba no tener buenas obras que contarle a cambio. La carrera por la virtud, sobre la que siempre había leído en los libros, había comenzado.

—Está enfermo —le dijo Anthea, que no se tomó demasiado bien la noticia de la relación de Ruth—. Parece que no se cansa nunca de los problemas ajenos. Es insaciable. No reconoce las necesidades de los demás, solo sus exigencias. Y se regodea en eso, porque le da derecho a estar más cansado, más ocupado, más sobrecargado de trabajo que nadie. No esperes que sea bueno en la cama —añadió, viendo que la determinación de Ruth crecía por momentos.

Ruth no se hacía ilusiones en ese terreno. No obstante, se le pasó por la cabeza invitar a Richard a cenar. Se imaginó el comedor de su casa, tan triste. El mantel y las cortinas de terciopelo polvorientos y llenas de calvas, ese olor penetrante, no del todo desagradable, como a vino rancio en el fondo de una botella olvidada, y el asa de una sopera de porcelana rota sobre una bandeja de plata con los remaches sueltos. Además, ¿no era una casa demasiado anticuada? El examen de la cocina no hizo sino aumentar su creciente preocupación. La señora Cutler lavaba los platos solo una vez al día, pues era partidaria de dejarlos a remojo en agua sucia. En los armarios no había nada más que latas de sopa y cajas de cereales; en el frigorífico, un plato de sardinas, unos tomates, muchas botellas de leche desnatada y un tarro de pollo en gelatina. Nadie había vaciado la tetera. En la penumbra de la última hora de la tarde de una primavera fría, la cocina parecía muy poco acogedora. La escasa vida que quedaba en Oakwood Court se vivía en la periferia; las habitaciones principales ya no desempeñaban ninguna función.

Y así, Ruth siguió aceptando los consejos de Anthea y encontró piso para ella (y para Richard, o al menos para sus cenas) en Edith Grove, una calle no del todo desagradable, en el quinto pino, con mucho ruido de tráfico. Se instaló en el ático de un edificio que temblaba cada vez que pasaba un camión. Y, aunque no lo supiera, aunque su casa le pareciera endeble y provisional en comparación con lo que había dejado, había hecho las cosas muy bien, porque sus dos habitaciones, aunque tenían el techo bajo, eran luminosas, incluso soleadas, y el sofá, aunque demasiado grande y recargado, y la cama, aunque estrecha y muy gastada, estaban limpios. Las otras

inquilinas del edificio eran dos señoras mayores, la señorita Howe y la señorita Mackendrick. La señorita Howe, que hacía camisas para una tienda muy cara de Jermyn Street, era implacable y aficionada a la polémica, pero pasaba tantas horas trabajando en su máquina de coser que estas características no se notaban demasiado. La señorita Mackendrick era diminuta y flaca como una niña; también era cariñosa y distraída, y no hacía nada aparte de cuidar de sus muchas plantas. Cuando Ruth levantaba la cabeza desde la calle, la veía en la ventana, con el gato tiernamente arrimado a la mejilla. «Vamos, Cissie —gritaba la señorita Howe desde el pie de la escalera—. Tenemos que salir. Iremos a Kensington High Street. Te sentará bien». Y la señorita Mackendrick protestaba, refunfuñaba, incluso derramaba una lagrimita. Pero la señorita Howe siempre se salía con la suya, y cuando volvían, cansadas y discutiendo, aunque sintiéndose mucho más valientes que cuando se marcharon, se acostaban las dos muy temprano.

Era una casa de lo más respetable. El dueño, un joven con pinta de mayor que trabajaba en el Ministerio del Interior, pasaba una vez al mes, por insistencia de la señorita Howe, para poner al día los libros de cuentas. «Como no venga tendrá que responder ante los tribunales», decía imprecisamente la señorita Howe, que a veces lamentaba tener tan pocas cosas de las que quejarse. El casero, que tenía otros dos edificios en Edith Grove, era un hombre distraído aunque bienintencionado, y siempre hacía el esfuerzo de aceptar una taza de té en las habitaciones de la señorita Mackendrick, abarrotadas y cerradas herméticamente. Conseguía arreglárselas sin el dinero que podía haber ganado alquilando la casa por un precio más alto, pero luego escatimaba en los gastos. El calentador de Ruth funcionaba a veces sí y a veces no, y el horno era una caverna oxidada y bostezante. Transportada por las alas del amor, Ruth lo dejó todo impoluto. No se daba cuenta de lo buena inquilina que era. «Si quieres dejarme las llaves un fin de semana —le dijo el casero—, mi mujer vendrá a empapelar el dormitorio».

La vida en Edith Grove no estaba mal. Esos primeros días del verano, vaporosos y húmedos, Ruth miraba por la ventana de su dormitorio los árboles cubiertos de polvo y leía libros de cocina, buscando los platos perfectos para la úlcera de Richard. No parecía preocuparle lo poco que cocinaba últimamente, porque de hecho nunca había cocinado gran cosa. Si era cuestión de leer, no tenía problema.

Sabía que sus padres no la echarían de menos. Sin embargo, la noticia de que se iba de casa les provocó una consternación enorme. Helen recuperaba buena parte de su brillo histriónico cuando se ponía a contemplar trágicamente esta traición desde su cama.

—Pero ¿por qué te quieres ir? —insistía. No había una respuesta lógica.

—A mí solo se me ocurre una razón —decía la señora Cutler, mientras limpiaba el polvo de la mesilla con gesto grave.

—Vendré los fines de semana —protestaba Ruth—. Y de todos modos me paso el día fuera. Me veis muy poco.

—Pero piensa en las noches, Ruth, ¡las noches! Imagínate que papá o yo cayéramos enfermos. No puedes pedirle a Maggie que cargue con todo el peso.

—Desde luego que no —asentía la señora Cutler.

George se mostraba más comprensivo. Fue a Edith Grove y subió las escaleras resoplando, con un abrigo entallado que empezaba a apretarle mucho. Se sentó en el sofá viejo aunque limpio y le pidió a su hija una taza de café. Ruth se la sirvió con esmero. Ha salido a mamá, pensó George con sorpresa. Nunca se le había ocurrido. Ruth le presentó a la señorita Howe y la señorita Mackendrick. George superó la prueba. Antes de salir, llamó por teléfono a Helen para decirle que no tardaría en llegar. Ruth notó que se ponía un poco pálido cuando Helen le daba la lista habitual de encargos. Ninguno era excesivo, pero todos requerían una descripción muy detallada. «Y Maggie necesita otro libro de la biblioteca —oyó que decía su madre—. Que no tenga un final triste. Y que no esté ambientado en las colonias. Y, a ser posible, que no salga en él ningún personaje con el nombre de Douglas». El marido de la señora Cutler se llamaba Douglas.

—Papá, no me gusta la señora Cutler —dijo Ruth.

George apuró el último sorbo de café.

—A mí tampoco me ha caído nunca demasiado bien —contestó—. Pero hace feliz a tu madre.

La tarde siguiente, Ruth vio llegar el coche de su padre desde la ventana. Bajó a abrirle la puerta y se lo encontró en las escaleras, con una caja llena de servilletas de damasco, platos de entrantes, fuentes de servir, un cucharón y unos soportes de cuchillos.

—A la abuela le habría gustado que fueran para ti —dijo.

—Señora Cutler —dijo Ruth, que se negaba a llamarla Maggie—. ¿Cómo prepara el pollo al horno?

La señora Cutler se apartó el cigarrillo de los labios y dejó caer la ceniza en el platito de la taza de té que se estaba tomando en la mesa de la cocina.

—¿Para cuántos?

—Para dos.

—Ya veo. Bueno, puedes comprar unas piezas de pollo en Sansbury y ponerlas en una fuente Pyrex con una lata de sopa de champiñones Campell. Es facilísimo. Yo suelo servirlo con un poco de arroz y unas judías congeladas. Luego puedes comprar una tarta de manzana y calentarla para hacer un pudín.

Por una vez, Ruth tuvo la sensación de que la señora Cutler se esforzaba de verdad. Por desgracia, no fue suficiente.

—Anthea —le preguntó a su amiga al día siguiente—. ¿Cómo haces el pollo estofado?

—¿Aún no has conseguido que ese fanático vaya a cenar? —Anthea se retocó los labios cuidadosamente y se miró en el espejo con una sonrisa radiante—. ¿Por qué pollo al horno? ¿Por qué no haces un filete a la plancha? Eso puedes prepararlo en el último momento. Tiene fama de llegar tarde, ya lo sabes.

Pero empezaba a hacer calor, amenazaba tormenta, y Ruth no se fiaba de que el frigorífico de Edith Grove sirviera para conservar nada por un plazo superior a media hora. Tenía que ser pollo al horno, porque el fuego también fallaba a veces y solo servía para cocinar a fuego lento. Ruth se imaginó con una falda larga, su blusa victoriana y su camafeo, retirando la fuente del horno con aire informal en el momento en que llegase Richard. Además, olería mejor.

Así que tuvo que consultar el *Larousse gastronomique* en la biblioteca municipal.

Le horrorizó la cantidad de ingredientes que llevaba la receta, y también que los puerros, que parecían imprescindibles, no fueran fáciles de encontrar. Tendría que haberse preparado con dos meses de antelación. Al final consiguió unos puerros en Harrods, enclenques y mustios, apuntalados en sus cajas de madera como si estuvieran inválidos y delicadamente envueltos en papel de seda azul. Compró diez, además de dos melones (por si uno no salía bueno); luego, con el oscuro presentimiento de estar cediendo a un mal consejo, compró una tarta de manzana —mucho mejor que los puerros, muy cara, cubierta por una poética capa dorada— en la sección de repostería. Volvió en taxi a Edith Grove, dejó la tarta en el frigorífico, los melones en el alféizar de la ventana y los puerros encima de la mesa; les cortó las partes amarillentas y las tiró en el cubo de la basura del patio cuando salió por segunda vez con su bolsa de la compra. Esta vez compró kilo y medio de patatas nuevas, unas zanahorias, cebollas, nata y una botella de vino. Subió las escaleras de

nuevo, con el tiempo justo de coger sus notas, pero no el autobús para llegar a clase a su hora. Una vez más tuvo que ir en taxi.

—¿Está usted bien, señorita como-se-llame? —le preguntó la señorita Howe, que salía de su casa en ese momento—. He oído muchos portazos.

—Sí, estoy bien, señorita Howe. Solo se me ha hecho un poco tarde esta mañana.

—¡Qué suerte tienen algunas! —le dijo la señorita Howe a su gato, aunque en voz demasiado baja para que Ruth llegase a oírlo.

La clase era importante. Ruth se enteró más o menos de la tercera parte. «Y así, señoras y señores, lo que vemos en *La cousine Bette* es pura venganza femenina, aunque Balzac haya dado a esta mujer corriente una capacidad de manipulación que la mayoría de las mujeres corrientes no es capaz de emplear. Lo que tenemos aquí es el más claro ejemplo del afán de Balzac por manipular a sus personajes». Esta parte sí la oyó, y asintió con la cabeza, pero se detuvo de repente, al caer en la cuenta de que se había olvidado de comprar otra botella de vino para la salsa. ¿Por qué salían tan caras las comidas sencillas, no solo en dinero sino también en atención? Una parte de sí misma hubiera preferido quedarse con *La cousine Bette*, pero la rechazó por pusilánime. Balzac siempre estaría allí. Richard, no, y lo sabía.

—No nos veremos hasta el miércoles —le dijo a Anthea—. Mañana no vengo.

—¿Es que va a pasar todo el día contigo? Deberías esperar hasta el último momento. ¿Qué piensas ponerte?

—Esa blusa de mi abuela y mi falda de cretona.

—No está mal. Aunque demasiado rebuscado. Se notará que te has vestido para él.

—Bueno, es la intención —dijo Ruth con humildad.

—¡Por favor! —protestó Anthea con exasperación—. ¿Por qué tienes que dejarlo ver todo?

Al menos, se consoló Ruth, no soy manipuladora. Sabía que esa era la cualidad que diferenciaba a los villanos de los virtuosos. Entonces, ¿por qué disfrutaba tanto Balzac con las terribles estratagemas de Bette? Decidió aplazar esta reflexión hasta que tuviera más tiempo.

Esperaba a Richard el martes a las ocho. Ese día se despertó como siempre a las seis de la mañana, y se preguntó cómo ocupar el día. Con la ilusión de la espera, naturalmente. Eso hacían la mayor parte de las mujeres enamoradas para ocupar el día. En general, el acontecimiento imaginado resulta al final bastante anodino comparado con el estado de ánimo previo. La responsabilidad de la situación recae sobre la otra persona que, como es lógico, no tiene forma de saber cuál era el ánimo previo. Y así, los dos fallan y los dos se llevan un chasco.

Por la mañana, clara aunque cargada de nubes vaporosas, fue a pasear por el cementerio para tranquilizarse. La cosa al principio funcionó. No vio a nadie más que al jardinero y a un señor mayor con un niño; andaban muy despacio, con la cabeza gacha, como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Unas hierbasapestosas, con

lánguidas flores púrpuras, se extendían sobre las lápidas, uniéndolas en un destino común. Le pareció cruel que los muertos recientes no pudieran reunirse con los demás bajo aquella maleza florida. Algo contrariada por no encontrar una capilla, que en cierto modo habría dado a su excursión una finalidad que ahora le faltaba, volvió a casa a las diez y media y se preparó un café. Podía pasar el resto de la mañana decidiendo dónde comprar el pollo. Y quizá un ramo de flores.

Sacó sus notas de Racine y reflexionó sobre la difícil situación de la afligida (y avejentada) Fedra. «*Oui, prince, je languis, je brûle pour Thésée*». El profesor Wyatt leía este verso haciendo una elocuente pausa dramática antes de las dos últimas palabras, para revelar que Fedra sustituye el nombre de su marido por el del joven Hipólito, por quien se consume y languidece. Hipólito, que solo piensa en «la joven Aricia», virgen y de buena familia, tal como corresponde, muere devorado por un monstruo marino mientras pasa por la orilla como una exhalación en su cuadriga. Igual que Richard en su bicicleta, pensó Ruth, aunque siempre se imaginaba este episodio como una de esas escenas de playa de Picasso, monumentales y aterradoras, con mastodónticas figuras de brazos hinchados que avanzan lentamente por una franja de arena: la sensación de pesadilla que acecha detrás de la comedia. Llegó a la conclusión de que Hipólito en realidad no le caía bien, aunque Fedra fuese capaz de quitarle las ganas a cualquiera. Esa mezcla de sensualidad ofendida y frustrada con inviolabilidad mojigata (Hipólito es miembro de la guardia de la diosa Diana) podía haberse evitado, a su juicio, con un poco de buena voluntad por ambas partes. «Cuando seas mayor lo verás como un paradigma del amor en la mediana edad —le dijo el profesor Wyatt—. Por ahora basta con que decidas si quienes forjan la venganza son los viejos dioses de la antigüedad o el nuevo y punitivo Dios de los jansenistas». Y eso intentaba en aquel momento.

Pero estaba nerviosa. Incluso bastante triste. La interrupción que introdujo en su rutina esta entrega absoluta al divino Richard era un error, y lo sabía; no era sensata, era incluso nefasta. Sin embargo, le convenía pasar el día sola, porque la intensidad de sus emociones ya le había hecho apartarse del contacto normal y, ciertamente, de la conversación normal. Aun así, era tristísimo estar a solas con aquellas emociones cuando en circunstancias ideales se habría sentido inclinada a compartirlas.

En un arrebato, llamó a su madre por teléfono. Helen tenía uno de sus mejores días.

—Dame un minuto, cariño, mientras me tomo el café que Maggie acaba de traerme. —Ruth esperó mientras su madre se tomaba el café; la oyó sorber, se la imaginó, supo que esperaba de ella una pausa respetuosa mientras concedía a este pequeño asunto una importancia máxima. Helen siempre tenía público, aunque solo fuera en su imaginación—. Bueno, cariño, ¿cómo es que no estás en clase o algo parecido?

—He invitado a un amigo a cenar esta noche y me pareció que tenía mucho que hacer.

—Bueno, si te sobra tiempo, mi vida, aquí hay mucho que hacer. Papá ha ido a Mount Street y Maggie tiene una lista de la compra tan larga como un brazo.

—Creía que papá había vendido la tienda.

—Sí, pero esa mujer es tonta y por lo visto no sabe organizarse. Le paga una cuota mensual para que la asesore.

(Eso era completamente falso. Un día que George pasó por la tienda, por puro aburrimiento, se encontró a la señora Jacobs en el almacén, tomando una salchicha de hígado con pan de centeno, un pepinillo en vinagre y un vaso de té con limón. «*Mahlzeit*», dijo George automáticamente. Hacía años que no empleaba esa palabra. A ella se le iluminó la cara. «He traído demasiada comida —confesó la señora Jacobs—. No como mucho últimamente. ¿No quiere acompañarme?». George la acompañó, y a partir de entonces empezó a pasar por la tienda con mucha frecuencia. «Llámame Sally —le dijo ella—. Me pusieron Sarah, como mi madre». Y no les costó nada convertirse en Sally y George. La señorita Moss presentó su dimisión).

Mientras George, a quien Sally esperaba de nuevo ese día, se tomaba un té con limón en Mount Street, Ruth, su madre y la señora Cutler se sentaron en Oakwood Court a comer una lata de sopa de tomate, tostadas con queso y café instantáneo. Cuando terminaron, la señora Cutler dejó tranquilamente a remojo los platos olorosos en un barreño lleno de agua hasta el borde, y las dos mujeres encendieron un cigarrillo con aire exhausto. Ruth sintió de pronto una oleada de cariño por Helen, con su caftán y sus pulseras, y por la señora Cutler, con su uniforme de siempre: unos pantalones de color elefante, una blusa de nailon y unos zapatos ortopédicos. Conseguían estar ocupadísimas haciendo lo poco que tenían que hacer. Iban con las cajetillas de tabaco a todas partes, como si fueran un talismán; pedían una taza de café; Helen se retocaba el maquillaje con un par de brochazos enérgicos y diestros. Incluso cuando descansaban un rato, a primera hora de la tarde, conseguían que pareciese una obligación en un día repleto de actividades. Luego preparaban el té, rezongando las dos por tener que hacerlo, esperaban a que volviera George —más contento de un tiempo a esta parte— con algo caro para cenar, y a las seis se acicalaban todos para tomar una copa. A las ocho empezaban a protestar de nuevo, agotadas por el esfuerzo del día; Maggie preparaba unos sándwiches y los servía en una bandeja; se tomaban la última copa y sus pastillas de dormir y se iban a la cama. La señora Cutler se retiraba a ver la tele, en bata y zapatillas, hasta que terminaba la retransmisión.

Ruth, con su pulcritud, admiraba el agradable ambiente de esplendor y *laissez-faire* que reinaba en Oakwood Court. Parecía como si acabaran de llegar al mundo y estuvieran empeñados en que todos se enterasen. Deben de gastar tanto en bebida como en comida, pensó, pero parece que eso los anima. Mi madre siempre está limpia y perfumada, aunque un poco apolillada. No sale lo suficiente, es por eso. La verdad es que, bien pensado, tampoco lo pasan tan mal. No tenía motivos para preocuparse por ellos. Parecían capaces de entretenerse.

—¿Qué tal va la biografía? —preguntó.

Helen, que estaba haciendo ejercicios de mandíbula para no perder la firmeza, no podía contestar en ese momento.

—Creo que debería escribir una obra breve —dijo por fin—. La televisión la compraría. Tengo un don para las situaciones dramáticas, incluso podría escribir un papel para mí. Llevo demasiado tiempo retirada.

—Mamá —dijo Ruth de repente, con urgencia—. Ese chico viene a cenar esta noche, y estoy aterrorizada.

Los ojos azules de Helen se empañaron y cobraron una expresión vaga. Se quedó callada, con gesto ausente, levemente ofendida. Pero se limitó a decir:

—No se lo contaré a tu padre. Le preocupa muchísimo que hagas algo que no te conviene. Si por él fuera, te habrías quedado en casa. No, no diré nada. ¿Aterrorizada? —Y con una sonrisa minúscula, añadió—: No tienes por qué. No hay ningún motivo.

Volvió a casa a primera hora de la tarde, con el pollo y sin saber qué hacer a continuación. Para entonces estaba melancólica y deprimida, casi con ganas de que el día terminase. No sabía que la espera pudiera ser tan agotadora. El apartamento estaba limpio; el sol, fuerte a esa hora, iluminaba el asiento de la ventana y la vieja alfombra de flores. Veía pasar los camiones que cargaban y descargaban en el almacén. La señorita Howe y la señorita Mackendrick debían de haber salido de excursión, porque no oía ruido ni movimiento en el edificio. Se sentó en el rayo de sol y pensó en lo poco que había que hacer cuando no estaba trabajando. Ni siquiera era capaz de coger un libro. De todos modos, leía menos desde que conocía a Richard.

A las cuatro se preparó una taza de té y volvió con ella al rayo de sol, como si buscara su protección. Se arrepintió de no haberse quedado en Oakwood Court para ver a su padre, pero habría tenido que volver corriendo y temía que el pollo se acabara de pronto en todas las tiendas. De mala gana, se impuso una especie de horario: preparar la comida, darse un baño, poner el pollo al fuego, vestirse y dar a continuación lo que la señora Cutler llamaba los últimos toques.

Había perdido la confianza en todo y comprendió que tendría que servir la comida, por mediocre que fuera, con mucha autoridad. Sincronizar la preparación del arroz iba a ser lo más complicado. Si Richard llegaba a las ocho, debería poner el agua a hervir a las siete y media. No había prestado la debida atención a este problema; casi le fastidió tener que prestársela ahora. Los problemas que no tienen solución nos hacen perder mucho tiempo, pensó.

Empezó a asustarse de lo desanimada que estaba, cogió el libro de Balzac *Un début dans la vie*, y le fastidió la cantidad de información geográfica que se ofrecía en las primeras páginas. Comprendió que tendría que hacer un largo viaje por las provincias cuando estuviera en Francia y se animó ligeramente con la leve insinuación de que la vida podía tener alguna sustancia más allá de los acontecimientos de aquella noche en particular. Fue entonces cuando llegó al núcleo de su extraña angustia, porque si la velada no salía bien, si no daba ningún indicio de avances posteriores, si no despertaba en Richard algún plan, se quedaría sin recursos para lograr que les ocurriera algo en el futuro. No veía que pudiera tomarse unos días libres ni pasarse la vida consultando el *Larousse gastronomique*, en el supuesto de que fuera capaz de proponer otra invitación semejante. No se daba cuenta de que la mayoría de los hombres aceptan una invitación a cenar por el mero hecho de asegurarse una comida. Su padre, que podría habérselo dicho, no se lo dijo.

A las cinco, lavó la taza de té y su platito y empezó a pelar las verduras. Las troceó y las dejó a remojo en agua fría. A las cinco y media las sacó del agua, doró el pollo con aceite de oliva y mantequilla y puso las verduras en una fuente, con el pollo

troceado encima. Lo roció con un chorro de vino. Eran las seis menos diez. La señora Cutler le había dicho que lo dejase macerar un par de horas. Aburrída de esperar, metió el pollo en el horno y recogió la cocina.

Alargó el baño todo lo posible, se puso un montón de perfume, estuvo un buen rato cepillándose el pelo y se maquilló con mucho cuidado. De pronto tenía prisa por desprenderse del tedio del día y convertirse en la persona mucho más intensa que sería esa noche. Empezó a acelerársele el pulso y se le tiñeron las mejillas de color. Se peinó y se puso la blusa de cuello alto de su abuela y la falda de cretona, que realzaba su figura esbelta. Se prendió el camafeo en el cuello y comprobó con satisfacción que estaba espléndida. Eran las siete menos veinte.

Esto fue lo mejor de todo. La espera se convirtió en algo que disfrutar, que saborear; la espera era casi un homenaje que se debía a sí misma. El sol resplandecía sobre la alfombra, apuntando ahora a un rincón de la estancia; no tardaría en desaparecer, y la extraña luz blanca de un atardecer de junio en Edith Grove haría superfluo encender las lámparas. Los ruidos de la calle disminuyeron poco a poco, a medida que se apaciguaba el trajín de la tarde, aunque un golpe repentino, al abrirse y cerrarse la puerta principal, le indicó que la señorita Howe y la señorita Mackendrick habían vuelto. Hubo un revuelo en las escaleras. La señorita Mackendrick estaba agotada y quejosa, con ganas de culpar a la señorita Howe por lo mucho que habían tenido que esperar el autobús. «Podríamos haber cogido el Gunter y sentarnos, si no te hubieras puesto tan tonta», dijo la señorita Howe con desdén. Y luego, después de dejar a la señorita Mackendrick en su puerta, volvió a la planta baja refunfuñando.

Las siete. Ya solo quedaba una hora. El pollo empezaba a oler muy bien. Llenó un cazo de agua con sal, midió el arroz en una taza y la dejó al lado de la cocina. Sacó cuchillos, tenedores y servilletas —de su abuela—, los llevó al cuarto de estar y los dejó en la mesita baja, delante del sofá. La comida le pareció de pronto un éxito. Sacó la tarta de manzana de su caja y la puso encima de una lámina de papel de horno, para meterla cuando sacara el pollo.

A las siete y media puso a hervir el agua del arroz. Entonces volvió al dormitorio para retocarse el maquillaje. Comprobó con satisfacción que seguía teniendo color en las mejillas, los ojos bien abiertos y una expresión de confianza. Se había entregado a disfrutar del momento y el resultado había dejado de preocuparle.

A las ocho menos cuarto, viendo que el agua del arroz estaba hirviendo con furia, apagó el gas, pasó al baño y volvió a perfumarse. Se moría de hambre, pero no había tenido la precaución de comprar algo de comida normal. No había ni un plátano en la casa. Se preparó un café y se lo tomó con sensación de culpa, de pie, junto a la ventana, con las mejillas cada vez más rojas porque el café estaba ardiendo. Ya solo tenía que rellenar el agua para el arroz y ponerla a hervir de nuevo.

A las ocho y cuarto empezó a sentirse fatal. Volvió a llenar el cazo de agua y miró la fuente que estaba en el horno. Se había quemado siniestramente alrededor de los bordes, y decidió añadir más vino. Se empolvó la cara una vez más y vio con horror

que había perdido el color de las mejillas y tenía los ojos tristes y angustiados. «No ha pasado nada irreparable», se dijo para tranquilizarse, ella que siempre llegaba pronto a todas partes. «Estará atrapado en un atasco. O le habrá llamado alguien en el último momento. O se le habrá pinchado una rueda».

A las ocho y media llamó a Anthea para preguntarle si Richard había pasado por la facultad.

—¡Por Dios! —protestó Anthea—. ¡Que sea la última vez! No lo soporto. Consigue que te invite a salir. Pero no te quedes sentada, esperando.

—A lo mejor está enfermo y no ha podido venir. Tú sabes que puedes permitirte el lujo de no esperar a Brian. En mi caso es distinto. Nunca he tenido un novio.

—¿Y quién sí? —dijo Anthea, pasando como por arte de magia del sentido común a la desesperación—. Llegará, tarde o temprano. Aguanta. Y no le preguntes dónde ha estado. No se te ocurra preguntarle nada. Eso sí, no vuelvas a invitarlo; es lo único que te pido.

Ruth colgó el teléfono de un porrazo y se fue a la cocina con determinación, volvió a llenar el cazo de agua, se quedó mirándola hasta que empezó a hervir y, con un ademán de imprudencia sublime, echó el arroz. Después añadió más agua al pollo, se salpicó la blusa y se preparó otra taza de café. Vio de pasada que la masa de la tarta estaba empezando a reblandecerse con el calor. Oyó a la señorita Mackendrick en el piso de abajo, rascando el cajón del gato y tirando la arena a la basura.

A las nueve se sentía tan mal que pensó que necesitaba acostarse. El arroz estaba hecho, se había pegado, y tuvo que tirarlo. Llenó el cazo de agua con hartazgo por tercera vez y lo puso a hervir. Su desesperación era tan profunda que ya ni siquiera podía calibrarla. Lo único que sabía era que Richard no quería venir. No quería verla. No le importaba. «*Je suis trop laide, il ne fera pas attention à moi*». Se sentó en el sofá, envuelta en la luz grisácea, con un gesto tan trágico como el de Helen cuando interpretó el papel de *madame* Ranevskaya en *El jardín de los cerezos*: su única incursión en el teatro serio, que no fue precisamente un éxito. Se acordó de su abuela. Se acordó de su padre, amable, y de su madre, guapa. No los había valorado lo suficiente. Al día siguiente le preguntarían qué tal había ido la cena. La señora Cutler se interesaría por el resultado de su receta. Tendría que enfrentarse a Anthea. Siempre había que rendir cuentas a alguien, incluso a sí misma. Hizo tal esfuerzo para aguantar las lágrimas que se le desdibujaron los rasgos. Creyó que estaba a punto de desmayarse.

A las nueve y media, la señorita Howe salió de casa arrastrando los pies, y se oyó el televisor a todo volumen mientras dejaba la puerta abierta para dar comienzo al ritual nocturno de cerrar el edificio, que consistía en forcejear con el cerrojo de la puerta del portal. Ruth habría necesitado mucho valor para pedirle que no echara el cerrojo, y no se molestó en decirle nada. Fue a la cocina, tiró el agua, apagó el horno y lo dejó todo sin recoger. Se tumbó en la cama y se quitó los zapatos de un puntapié. A esas alturas ya no era capaz de sentir nada, pero se alegraba de que aquel día

horroroso hubiera terminado.

A las nueve y treinta y cinco, Richard llamó al timbre.

La señorita Howe salió de casa, más enfadada que asustada. La señorita Mackendrick entreabrió la puerta, y Ruth vio un ojo pequeño y envejecido espiando por la ranura cuando bajó corriendo las escaleras. La sangre volvió a sus mejillas. Se sentía como si acabaran de salvarla de morir ahogada o en un grave accidente de tráfico. Que fuera en zapatillas, que la cena se hubiera estropeado, que estuviera tan cansada que dudara de su capacidad de aguantar despierta mucho más tiempo, no parecía importante. Ya se ocuparía de todo eso más adelante, cuando hubiera apaciguado a la señorita Howe.

Pero no tenía por qué preocuparse. Richard ya estaba en el portal, acariciando a Tigre, el gato de la señorita Howe, y siendo obsequiado por su dueña con un informe confidencial sobre el estado de las lombrices del felino. La señorita Howe, que se había deshecho su trenza de plata fina y llevaba el pelo suelto, apenas se fijó en Ruth.

—Entonces, ¿crees que debería llevarlo al veterinario? Ya he probado los polvos, pero no mejora; se le nota en los ojos.

Richard se puso al gato alrededor de los hombros. Ruth y la señorita Howe contemplaron fascinadas cómo derramaba su espléndida sonrisa.

—Se pondrá bien. ¿Verdad que sí, amigo? —dijo, colocándose al gato como si fuera una bufanda, hasta que consiguió rozarle el cuello con la mejilla. Tigre era su esclavo. La señorita Howe esperó pacientemente hasta que Richard tuvo a bien recompensarla con una amistosa palmadita en el hombro.

El Richard encantador de siempre, pensó Ruth. Aunque sabía que Anthea no le habría hecho tantos cumplidos.

Pero es que ¡Richard era maravilloso! Ruth, que se había criado con unos padres que no siempre sabían disimular su fastidio por que ella no creciera más deprisa o engordara un poco, se sentía inepta. Estaba convencida de que la esencia de la atracción física residía en un grado de belleza superior, y sabía que lo único que podía hacer era esperar y asombrarse de que él hubiera venido finalmente. Porque él podía elegir, ella no.

Richard se desenroscó el gato del cuello, se lo dio a la señorita Howe y, levantando los pies con un gesto clásico, se soltó del pantalón las pinzas de montar en bici. Se las lanzó a una mano, las miró sonriendo y anunció que estaba muerto de hambre. La señorita Howe, con Tigre en brazos, no parecía dispuesta a volver con su televisor, y se quedó mirándolos mientras subían las escaleras. Luego, muy despacio, todas las puertas de la casa se cerraron.

Ruth pensó que, si le ofrecía el melón, con lo que pudiera salvar del pollo y la mayor parte de la tarta de manzana, y fingía que no tenía hambre, el día no estaría perdido. Se puso los zapatos y ensayó mentalmente una explicación, por si él se la pedía. No se la pidió. Comió pausadamente, aunque no sin espíritu crítico, y no la felicitó ni le dio las gracias. ¿Por qué iba a hacerlo?, pensó ella. Tenía todo una pinta

asquerosa. La tarta de manzana había terminado por rebosar de la masa y tuvo que mezclarla y servirlo todo junto en un cuenco de pudín. Miró el revoltijo con ansia; se habría comido la tarta entera.

—¿Por qué no te relajas mientras preparo un café? —dijo.

Richard se tumbó en el sofá, encendió un purito y cerró los ojos.

—¡Estupendo! —contestó él.

He conseguido que se sienta cómodo, pensó Ruth con orgullo. Pero cuando volvió con la bandeja le pareció que Richard estaba dormido. Dejó la bandeja sin hacer ruido en la mesita alargada y se sentó en una butaca, sin saber qué hacer. Era consciente de que volvía a tener esa expresión tensa, en su afán por agradar, aunque la propia angustia no se lo permitía. Se tomó la tercera y la cuarta taza de café de la noche, posándola en el plato con mucho cuidado, como si estuviera en la habitación de un enfermo.

Richard levantó de repente la cabeza y los hombros, estiró una mano y se bebió el café de un trago.

—No quiero más, gracias. —Y volvió a tumbarse en el sofá, con los brazos cruzados por detrás de la cabeza.

—Querida Ruth —dijo al cabo de un rato—. Dime qué hago.

—¿Con qué? —preguntó ella, animándose un poco.

—Con tantas cosas. Con Harriet, por ejemplo.

—¿Harriet?

—La pobrecilla se escapó de casa esta noche y vino a buscarme. Por eso me he retrasado un poco, por cierto. No podía dejarla sola en casa.

—Claro que no. ¿Qué le pasa?

—Está harta de su marido. El niño la saca de quicio. No aguantaba más. La he dejado en casa. Supongo que debería volver pronto.

—Espera un momento —dijo Ruth despacio—. ¿Y quién está cuidando del niño?

—El padre feliz, me imagino. Tener un hijo fue idea suya. Hasta el más tonto habría visto que Harriet no estaba preparada para ser madre.

—¿Es muy pequeño?

—Ocho meses, creo. No estoy seguro. —Se echó a reír—. Ni siquiera Harriet está muy segura.

—¿Y tiene intención de volver a casa? —preguntó Ruth, preocupada por cómo iban a organizarse para dormir en casa de Richard.

—No puedo permitírselo. —Se puso muy enérgico de pronto—. Creo que su única esperanza es alejarse de su familia una temporada. Está muy confundida, pobrecilla. Podría mandarla con mis amigos, a Somerset, pero ella no quiere.

Ruth adivinó por qué no quería.

—No tiene dinero, claro. Esos pobres desgraciados nunca lo tienen. El caso es que, si quisiera ir a Somerset, podría utilizar el horno de cerámica. Eso es lo que necesita, recuperar su identidad. Antes de casarse era una ceramista con mucho

futuro.

La pequeña parte de Ruth que aún conservaba la cordura no entendía por qué estaban hablando de aquella persona tan tediosa. Seguro que tenían otras cosas que decirse. Pensó con nostalgia en Helen, que siempre conseguía olvidarse de la existencia de las demás mujeres, a menos que decidiera permitirles que fueran sus amigas. ¡Y en Anthea! Anthea no lo habría consentido ni por un instante. Anthea estaría hablando de sí misma. Ruth se sintió muy inferior a como se había sentido al principio de la velada. Pero le era imposible empezar de nuevo; estaba demasiado cansada.

—Creo que Harriet debería volver a casa —dijo, a sabiendas de que cometía un error—. A mí me parece una malcriada.

Richard descruzó los brazos, abrió unos ojos como platos y dirigió a Ruth una mirada azul oscura.

—Ahora me pregunto por qué dices eso. —Su tono era el de un adulto que sorprende a un niño haciendo algo feo, aunque sin importancia—. Ponte en su lugar. Veintidós años y cargada con un mocoso que no para de berrear y un marido que solo piensa en ser un hombre importante en la ciudad; tomando tranquilizantes, bebiendo más de la cuenta y al límite de su resistencia. El mero hecho de contárselo a alguien ya le ayuda.

La pálida luz de Edith Grove se retiraba poco a poco del cuarto de estar. Todo empezaba a torcerse. Peor aún, ya se había torcido. ¿Por qué se preocupaba por esa Harriet si las cosas le iban tan bien estando solo? Hasta ese momento, Ruth tenía la esperanza de que quizá hicieran el amor, de que al menos hicieran algún plan para volver a verse. Y en vez de eso, Harriet le estaba usurpando el poder, y eso que ni siquiera estaba presente. No podía volver a pasar por una situación así. Sin embargo, aunque se daba cuenta, soñaba con tener otra oportunidad.

No había manera de arreglar la situación y quería quedarse sola.

—¿Qué otras cosas te preocupan? —preguntó.

Richard suspiró con auténtica pesadumbre.

—Muchas, Ruth, muchas. Responsabilidades y decisiones a todas horas. Que la vida de otras personas dependa de lo que yo diga o haga.

Ruth sintió entonces un peligro más inmediato y más íntimo. ¿No había en el trasfondo cierta semejanza con «la joven Aricia»? ¿Tenía ella rivales? Pues claro, pensó con horror, seguro que sí.

—Sigo pensando que Harriet debería volver a casa —dijo, mientras ponía las tazas de café en la bandeja—. Aunque no quisiera tener un hijo, no puede negarse a cuidar de él. Además, nadie la obliga a beber y a tomar tranquilizantes. Y puede ir a clases de cerámica por las noches.

Richard, tras un minuto de silencio, se relajó aún más en el sofá.

—A veces me pregunto —murmuró, dejando caer despacio las pestañas doradas— si de verdad eres una persona generosa, Ruth.

Al día siguiente, después de pasar la noche en vela, por la tristeza y el hambre, fue a buscar a Richard y le obligó a aceptar un cheque de cien libras, para que Harriet y las de su calaña pudieran volver al torno de alfarero en Somerset y para dar de comer a esos desgraciados que tenían acceso sin límites al apartamento de Richard y a su despensa. Era muy consciente de que estaba pagando para quitarse el estigma de no ser una persona generosa.

—No sé cuándo podré devolvértelo —dijo Richard, que estaba encantado con su gesto—. Me aseguraré de que llegue a buenas manos. Por cierto, gracias por la cena.

Esto significaba que tendría que irse de Edith Grove y volver a casa, claro. No tenía sentido seguir en el apartamento y, además, ese otoño se marcharía a Francia. Tenía que ahorrar hasta el último céntimo del resto de la herencia de su abuela si quería pasar un año en París. Pagar un alquiler en casa de sus padres le saldría más barato.

Sus padres no se sorprendieron con su vuelta. Se inventó la excusa de que el casero iba a subirle el alquiler y no podía pagarlo. George le ayudó a hacer la mudanza con el coche; los cuchillos y los tenedores regresaron al comedor; las servilletas las mandaron a la lavandería.

—Bueno —dijo Anthea—. ¿Al final apareció?

—Pues claro —contestó Ruth—. Pasamos una noche muy interesante.

No le contó lo del cheque. Pero cuando le dijo que volvía a Oakwood Court, Anthea estuvo dos días enteros sin dirigirle la palabra.

El apartamento de Sally Jacobs en Bayswater era muy limpio y muy cálido. Incluso en septiembre encendían la calefacción central y, con las cortinas entornadas para que no entrase el sol, daba la sensación de entrar en un serrallo. A George, que se había acostumbrado a llevar a la señora Jacobs de la tienda a casa, le agradó lo que veía, aunque era un poco de mal gusto; pero esto si acaso hizo que le agradara más todavía. Le gustó especialmente una mesa de café cubierta con una hoja de espejo y, cuando fue al baño a lavarse las manos, admiró las toallas para los invitados, de color verde pálido y marcadas con iniciales, a juego con el vaso de los cepillos de dientes, de plástico opalino. Desde la puerta del dormitorio vislumbró una colcha con muchos volantes y pliegues, de raso gris azulado, y un tocador en forma de riñón. La cocina estaba impoluta, sin un solo indicio de actividad. Daba la sensación de que nunca se hubiera cocinado nada en ella, aunque el ejército de batidoras, picadoras, licuadoras y congeladores era impresionante.

—Lo hago todo yo misma —dijo la señora Jacobs—. El helado me sale muy bueno. ¿Te apetece probarlo?

Le sirvió una porción generosa en una fuente de cristal, octogonal y estriada, que la madre de George habría relegado a la cocina de haber permitido alguna vez su entrada en casa. George disfrutó del calor del apartamento y el frío del helado. Le gustó la manera en que Sally retiraba el plato en cuanto vio que terminaba, y cómo se iba a la cocina para lavarlo en el acto. Le gustaban sus vestidos de seda, bastante recargados y evidentemente caros, con un pañuelo al cuello y una chaqueta a juego. Le gustaban sus collares de perlas de dos vueltas, que se ponía con el broche a un lado, y su enorme sortija de diamante; le gustaba cómo hablaba de su marido.

—Ernest era muy bueno conmigo —dijo—. Aunque era mucho mayor que yo. Era más como un padre, en realidad. No podría decir que disfrutara de su juventud viviendo con él. Pero me cuidaba mucho. Se ocupaba de todo. Mientras estuvimos casados no tuve que tomar ninguna decisión. —Y sacó del bolso de cuero negro un pañuelo generosamente bordado con encajes para secarse los ojos.

George, que estaba sentado en su postura favorita, con las piernas cruzadas para enseñar los tobillos finos, la cara apoyada en la mano y el meñique ligeramente levantado, para que se viera el sello con el escudo de su padre, sintió el chispazo de un deseo olvidado hacía mucho tiempo. No necesariamente por la señora Jacobs, sino por el nivel de bienestar que parecía rodearla.

Se sentó a su lado en el sofá con bastante torpeza; tenía que vigilar su peso. Posó una mano en la de ella y murmuró: «Pobrecita Sally». Y la señora Jacobs lloró con más ganas. George le pasó un brazo por los hombros.

—Ya sabes que te ayudaré en todo lo que pueda —dijo. ¿Por qué no?, respondió a unos acusadores imaginarios. Últimamente las estoy pasando canutas en casa. Helen

a veces ni siquiera se viste, y la señora Cutler nunca ha sabido cocinar. La casa nunca está limpia. He consentido a Helen demasiado, esa es la verdad. Es la mujer la que tiene que cuidar del hombre, no al revés. A papá jamás se le habría pasado por la cabeza hacer las tareas domésticas. Yo ya he hecho suficiente.

Más tarde, la señora Jacobs preparó un té, con mucho azúcar, y lo sirvió en tazas anchas y de poco fondo. Sacó un jarrón de cristal tallado con galletas caseras y cubrió la rodilla de George con una servilleta bordada. George comió con ganas. Tenía en el coche el medio kilo de lengua y la lata de corazones de alcachofa que le había encargado la señora Cutler para la cena. Al menos le había pedido la lengua y algo para acompañarla. George se las daba de *gourmet* y empezaba a ser conocido en la planta baja de Fortnum. Miró el reloj y, al ver la hora que era, dio un respingo, con sincera sorpresa. En casa ya llevarían un buen rato tomando copas. Y eso también era algo que deberían vigilar.

Ya en el coche, de camino a Oakwood Court, con el sol del atardecer en la cara, pensó en comprarle algo a Sally, para animarla un poco. Ahora que Ruth había vuelto y pagaba un alquiler por su habitación, Helen no hablaba de dinero tanto como antes. En su opinión, Helen siempre había sido un pelín tacaña; a él le gustaba derrochar un poco. Helen le recordaba con frecuencia que ella ganaba más que él. Pues bien, ahora nadie podía decir eso, porque ninguno de los dos ganaba nada. Vivían de la venta de la tienda, la herencia de su madre y los derechos de autor de Helen. La contribución de Ruth se dedicaba a sufragar los gastos de la casa.

Sally debe de sentirse sola, pensó. ¿Qué puedo hacer para animarla? Se había fijado que tenía un transistor en la cocina y un televisor en color gigantesco en la sala de estar. ¿Un tocadiscos, quizá? Podía montarlo, colocando los altavoces a la distancia según él ideal. Tendría que mover las sillas ligeramente; eso no sería un problema. Podía pasar alguna que otra tarde allí. No, se reprochó: me necesitan en casa. La verdad es que nunca sería libre. Pero ¿no podían irse a Bayswater por las tardes? ¿Llevar a Sally a casa un poco antes de lo habitual? Empezó a vislumbrar perspectivas sumamente apetecibles para el invierno. No veía ninguna razón para no hacer feliz a todo el mundo. Y ahora que Ruth estaba de nuevo en casa, hasta que se marchara a Francia —George no entendía por qué se iba—, no tenía mucho sentido que él hiciese la compra.

Llegó de buen humor y se encontró con que Helen y la señora Cutler tenían una diferencia de opinión. Al parecer, la cosa había empezado a última hora de la mañana, poco después de que él las dejara, y llevaban así todo el día. Por culpa de eso, apenas habían hecho nada, y los platos de la noche anterior seguían en el fregadero. Fue una mala suerte que Helen, que estaba deambulando en bata cuando George ya se había marchado, intentara prepararse una tostada con mantequilla y tirase un tarro de mermelada, que se hizo pedazos contra el suelo. La señora Cutler, con su dolor de cabeza habitual que le duraba hasta mediodía, le pidió a Helen, que había vuelto a la cama, que limpiase aquel desastre. Helen, que se había quedado sin

desayuno y tenía también una leve jaqueca, volvió la cabeza muy despacio —con un gesto muy celebrado en sus buenos tiempos— y dijo: «Querida Maggie, no es posible que lo digas en serio». Y se rio para manifestar su incredulidad. Era su primera actuación en un par de años.

La señora Cutler no era actriz, pero tenía sus propios recursos. Alternó elocuentes silencios con silbidos desafinados, se dejó la puerta del baño abierta y se negó a quitarse las zapatillas, hasta que por fin anunció que no había nada que comer y que no iba a salir con aquel desastre sin limpiar ni aunque la matasen. Helen pensó entonces que un breve curso de principios de Ciencia Cristiana quizá ayudase a Maggie a superar sus problemas y le dio un librito para que lo leyera. Se lo había enviado su amiga Molly Edwards, una actriz de comedia, mayor, que vivía retirada en Hove, y Helen había relegado el libro a la mesilla de noche, donde hacía compañía a varias novelas de Georgette Heyer.

—A mí me ayudó muchísimo —dijo, mientras quitaba el polvo del libro antes de ofrecérselo a la señora Cutler—. ¿Podríamos tomar una taza de té?

—No tengo tiempo, si voy a leer esto —replicó la señora Cutler con inmensa satisfacción. Ella podía vivir sin comer indefinidamente. No solo leyó el libro, sino que lo leyó en voz alta, asomándose de vez en cuando para pedir consejo a Helen sobre un pasaje con el que no estaba de acuerdo. Estaban disfrutando las dos peligrosamente, y era natural que se enzarzaran en una acalorada discusión sobre algunos de los puntos más sutiles mientras se tomaban un buen vaso de *whisky*. Al fin y al cabo, no podían cenar hasta que George trajese la comida. Como no habían comido nada en todo el día, el *whisky* se les subió a la cabeza, y cuando George metió la llave en la cerradura estaban gritando. Mamá siempre sabía cuándo volver a casa, pensó.

Intentó tranquilizarlas, pero apenas pudo intervenir en el debate, que para entonces había alcanzado unas dimensiones considerables. Las dejó discutiendo, se fue a la cocina y preparó unos sándwiches de lengua que colocó con esmero en una fuente. Fue al comedor y cogió tres servilletas de su madre, muy almidonadas; las puso en la bandeja y llevó la cena al dormitorio. Dejó la bandeja encima de la cama, entre Helen y la señora Cutler, que alargaron la mano automáticamente y siguieron discutiendo.

—Yo he perdido más de lo que tú has llegado a tener nunca —dijo imperiosamente Helen—. Y, sin embargo, aquí me ves, boyante y optimista.

La señora Cutler demostró que tenía buena cabeza para la argumentación.

—Si todo está en nuestra mente, ¿quién te dice que lo has tenido alguna vez? —contraatacó.

—Mi éxito es tan real como tus juanetes —replicó Helen con furia—. Y hablas mucho de ellos.

La victoria técnica fue para la señora Cutler.

—Aquí dice que tampoco existe —contestó, dejando el sándwich de lengua para

buscar la fuente de su conclusión en el texto de la señora Eddy.

Helen se llevó el dorso de la muñeca a la frente —un gesto por el que también había sido famosa— y dijo «No lo soporto» con una voz rota tan auténtica que la señora Cutler la fulminó con la mirada y se fue a la cocina a lavar los platos. George soltó su sándwich de mala gana y abrazó a Helen para consolarla.

—Vamos, cariño, no es propio de ti ponerte así.

Helen, que estaba separando la carne del sándwich de George y picoteándola, atacó de nuevo.

—Es que estoy harta de oírle hablar de su asqueroso matrimonio y sus asquerosos pies.

En ese momento, la señora Cutler entró con otra bandeja en la que llevaba su *amende honorable*: tres platos con melocotón cortado en lonchas finas. Se le ocurrió ofrecerles café, pero cambió de opinión.

—Voy a acostarme temprano, si no os importa —dijo, apretando los labios.

—Sí, cariño —la animó Helen—. Mañana te encontrarás mejor.

Ella misma se encontraba mucho mejor, y se permitió el capricho de tomarse una pastilla extra para dormir. Quería descansar bien después de un día tan intenso.

Cuando Ruth volvió de dar su largo paseo, más tarde que otras noches, se encontró con George en la cocina, comiendo corazones de alcachofa directamente de la lata. Tenía un aire furtivo, aunque no parecía triste. Le dio un beso de buenas noches y se retiró a su habitación sin hacer ruido. George sonrió y se permitió fumarse uno de los últimos puros de su padre.

Ruth salía a pasear por las tardes. Se sentía demasiado sola para quedarse leyendo en su habitación y demasiado inquieta para trabajar. Iba hasta Edith Grove y allí echaba a andar hasta la orilla del río, llegaba por el muelle hasta Chelsea Old Church, seguía hasta la estación Victoria, regresaba a Sloane Square y continuaba por King's Road y Fulham Road hasta que se hacía demasiado tarde y cogía el autobús 31 para volver a casa. Hacía un tiempo espléndido: un otoño dorado como no recordaba. Las calles estaban tranquilas; se cruzaba con grupos de jóvenes que se entregaban al amor y la paz, paseaban o tomaban una cerveza en la puerta de los bares. En el frescor del atardecer su inquietud se evaporaba.

Las largas vacaciones de verano nunca le habían resultado tan difíciles. Normalmente trabajaba en la biblioteca, más silenciosa que de costumbre, satisfecha del ritmo de su avance y la creciente intimidad que establecía con sus personajes. Pero las cosas habían cambiado. El trabajo era un refugio, y un buen día descubrió que ya no era capaz de brindarle esa especie de asilo. El trabajo, pensaba, era una paradoja; una de esas cosas que la gente hace por pura incapacidad de dedicarse a otra cosa. El trabajo es la vocación elegida de quienes no sienten otra llamada a su debido tiempo.

En realidad no le importaba estar en casa. Era un espacio anónimo y familiar; ya no tenía esa necesidad de independencia. Su reciente encuentro con la realidad la había asustado y le había hecho sentirse infantil. Únicamente sus libros y sus notas le conferían cierta dignidad, pero nadie estaba impaciente por leer sus ensayos ni por interrogarla sobre la psicología de *Le Misanthrope*; a solas con su trabajo, lamentaba tanto esfuerzo sin reconocimiento. Seguía sin darse cuenta de que su estado de ánimo no era sino la sombra de un pesar mucho más profundo. Solo sabía que le costaba llenar el tiempo. Anthea y Brian se habían ido a Grecia. Richard estaba con sus amigos en Somerset; seguro que seguiría cuidando de la pobre Harriet. Hasta la señora Cutler había pasado el fin de semana anterior con su cuñada, a la que aborrecía, en Totteridge («Tiene una casa muy bonita. Es como estar en el campo»). En ausencia de la señora Cutler, Ruth se encargó de hacer la comida, pero no le gustó. «Está riquísimo, cariño», dijo Helen, con la boca llena de pollo estofado, pero se fue a la cama nada más terminar, dejando a Ruth y a su padre en la mesa de la cocina con muy poco que decirse.

Un verano londinense. Había pasado muchos. Las vacaciones eran raras en casa de los Weiss. De pequeña, su abuela la llevó a algunos de esos agradables balnearios en los que había estado de joven: a la isla de Wight, para recuperarse de la viruela y el sarampión, y luego a Baden, Vevey y Scheveningen. Se sentaban obedientemente en jardines y salones de hotel a planear sus paseos y sus descansos, y solo disfrutaban las horas que mediaban entre el té y la cena. A veces tocaba una orquesta. Una vez

fueron en tren de Vevey a Montreux, donde su abuela había pasado su luna de miel; otra vez pasearon en vapor por el lago en dirección contraria. Rousseau y Stendhal habían dejado su impronta en aquellos lugares, pero Ruth era demasiado joven y por aquel entonces no le interesaban. En Scheveningen, se sentaban en los jardines del Kurhaus, encogidas por el viento frío. Ruth solo se había enfrentado con el mar en una ocasión, mientras su abuela montaba guardia en la playa interminable y casi desierta.

Mientras ellas tomaban el té en Baden —su abuela con un anticuado parasol y el jersey de Ruth en las rodillas—, George y Helen se iban de viaje o pasaban unos días en Menton con unos amigos. Eran buenos invitados: Helen tan vivaz, George tan complaciente. Pero todo eso había terminado. Baden y Vevey estaban en el mismo sitio de siempre, Ruth no lo dudaba; incluso el improbable Scheveningen seguía al alcance de la mano. Oakwood Court, en cambio, ahora ocupado permanentemente, como si estuvieran en arresto domiciliario, había cobrado una centralidad hasta entonces desconocida. La abuela Weiss había puesto serenidad y orden en la casa. Ahora reinaba el descontento de una ocupación indigna. Estaban prisioneros.

Ruth presentía un peligro, aunque solo fuera por lo poco que podía contar después de sus vacaciones. Porque ¿cómo iba a hablar de sus paseos nocturnos por la ciudad, entre Kensington y Victoria? Alguna vez fue a París, no muchas, porque sus padres siempre reaccionaban con horror cuando creían que iba a abandonarlos. Pero sabía que en París tampoco encontraría la respuesta, porque daba los mismos paseos nostálgicos o se sentaba en los Jardines de Luxemburgo como si su abuela siguiera a su lado con el parasol y su jersey en las rodillas. Y volver a casa tampoco la tranquilizaba, pues tenía muy poco que contar. «Bueno —le preguntaba Anthea—, ¿ha pasado algo?». No había pasado nada.

Con la certeza de que nunca ocurría nada, Ruth volvió una noche de mediados de septiembre a Oakwood Court y, empleando el tono alegre de una niñera, les dijo a sus padres que necesitaban tomarse unas vacaciones. Que les sentaría bien. Que pasaban demasiado tiempo en casa. Que veían a muy poca gente. Que ella se iría en octubre y le gustaría verlos renovados y en forma antes de marcharse. A George la propuesta le sentó fatal. Helen estaba atónita. La señora Cutler le dio toda la razón.

A George le sentó mal porque no tenía ganas de gastar dinero: ya se había dejado mucho en el departamento de electrodomésticos de Peter Jones. El tocadiscos, que aún no le había dado a la señora Jacobs, le había costado más de lo esperado, pero se dejó llevar por la euforia de gastar su propio dinero y se dio también el capricho de comprar una lámpara de rayos ultravioletas y una parrilla portátil en la que, según le dijo el dependiente, podía hacer sándwiches a la plancha. Tenía intención de dejar las dos cosas en casa de Sally; se imaginaba bronceado y en forma con la lámpara de rayos ultravioletas, y elegante y esbelto gracias a los filetes que se haría a la plancha. Tenía que llamar por teléfono a Peter Jones y aplazar la fecha de entrega de la compra en Bayswater. Le advirtió a Sally que recibiría un par de paquetes grandes y

confundió su expresión de alarma instantánea con sorpresa y placer. No le parecía bien seguir tomando el helado y las galletas de Sally sin corresponder de alguna manera. Y le encantaba verla asomada a la ventana, con aquellos ojos grandes, angustiados y bastante saltones, escudriñando la calle entre los volantes de poliéster blancos como la nieve mientras él le decía adiós con la mano. ¿Por qué tenía que irse de vacaciones si ya lo estaba?

Helen se mostró más receptiva, aunque sin el más mínimo sentido práctico. La sola mención de las vacaciones le produjo una avalancha de recuerdos, principalmente de noches largas, coches veloces, bailes entre las olas con un vaso de ginebra en la mano y alguien que se encargaba de planchar su vestido de noche.

—Bueno, a Menton no podemos ir —dijo George—. No nos lo podemos permitir.

—Creo que Freddy le ha vendido la casa a un fabricante de gramolas jubilado —contestó Helen—. ¿Verdad que es horrible cómo empeora todo?

La señora Cutler era partidaria de que fueran a la costa, a cualquier parte. A Gales, dijo con generosidad, a Escocia. No tenían por qué salir del país. A Ruth no le pareció mala idea. Estaba convencida de que sus padres necesitaban recuperar las fuerzas y la musculatura, y se los imaginó dando saludables paseos y respirando la brisa del mar. Notaba en ellos una pérdida de tono importante, y estaba preocupada. Se proponía repararlos, por así decir, antes de despedirse de ellos.

—Me da igual adónde vayamos, con tal de que no sea a los puñeteros fiordos —dijo Helen, cerrando los ojos.

—Ni hablar de los fiordos —contestó George, que siempre había querido conocerlos y lo había propuesto en varias ocasiones a lo largo de su vida de casados—. Y ni hablar de casa de Freddy, tanto si sigue estando disponible como si no. Tenemos que apretarnos el cinturón. Te recuerdo que aquí no entra ningún dinero.

Helen abrió los ojos y lo miró con gesto serio, como hacía siempre cuando hablaban de dinero.

—En ese caso —murmuró—, sería mejor que fuéramos a Hove, a casa de Molly. Siempre se muere por vernos.

Esto era un poco exagerado. Molly Edwards, con los labios pintados y estirados en una sonrisa rotunda, los antebrazos fofos y los muslos expuestos sin ningún pudor con su traje de baño de flores, era la practicante de Ciencia Cristiana que había intentado, sin éxito, convertir a Helen. Molly, por su parte, había llegado a la conclusión de que necesitaba pasar mucho tiempo sola, aunque solo fuera para seguir respetando su filosofía de vida. Salía todas las mañanas de su apartamento de planta baja en la punta del paseo marítimo de Hove, tanto si llovía como si hacía sol, con su traje de baño y envuelta en una toalla; llevaba en una bolsa de hule su libro de la biblioteca municipal, su ejemplar del *Christian Science Monitor* y su comida: un sándwich de plátano y una manzana. Se retiraba a su chalet de la playa —en realidad una caseta en la que tenía una hamaca y un hervidor eléctrico— y se pasaba la mañana allí sentada, leyendo y tomando té, hasta que a mediodía se daba un

chapuzón y nadaba media hora enérgicamente. La gente decía que estaba espléndida para su edad, aunque no lo parecía cuando salía del agua, entumecida y chorreando, y tenía que atravesar la playa de guijarros. Pero le bastaba con frotarse el pelo corto y gris con una toalla y tomar otra taza de té para volver a ser la misma de siempre y olvidarse de la fibromialgia galopante que convertía la natación en un suplicio. Y quizá estuviera en lo cierto. Quizá se sentiría peor si se pasara el día sentada, pensando en su enfermedad. Pasara lo que pasara, se daba otro baño después de las cuatro, y luego cerraba la caseta y volvía a casa. En general comía alimentos saludables, que compraba los sábados en grandes cantidades. No le hacía gracia alterar su rutina, a pesar del cariño que sentía por Helen, a quien había enviado recientemente una foto en la que salía muy sonriente, con los brazos en jarras y el mar al fondo.

—¡Madre mía! ¡Está espantosa! —fue la reacción de Helen.

El caso es que al final acordaron que Helen y George pasarían diez días con Molly en Hove. La señora Cutler prometió que aprovecharía para hacer limpieza a fondo en el dormitorio y llevó a Helen a la peluquería para que causara una impresión envidiable a su antigua amiga, a la que llevaba algunos años sin ver. Ruth tuvo que ocuparse del equipaje, llena de asombro y compasión al repasar los montones de ropa revuelta, deprimente y deslucida guardada en galanes y armarios. No tenía tiempo para lavarla, pero la planchó toda con mucho esmero. El equipaje de George, inmaculado, lo preparó en menos de una hora.

A pesar de todo, llevaban muchas maletas. Y, como Helen se negaba a hacer viajes largos en coche, porque decía que se mareaba, Ruth, no sin cierto reparo, compró dos billetes de primera y pidió un taxi para que los llevara a la estación Victoria. El día de la partida amaneció nublado y con temperatura suave; prometía ser muy caluroso. Helen, que iba dando traspiés con los zapatos, porque había perdido la costumbre de calzarse y de un tiempo a esta parte le fallaban los pies, se dejaba cigarrillos encendidos en los platitos mientras buscaba inútilmente un pañuelo de gasa, la novela que estaba a punto de terminar o la media botella de *brandy* sin la que nunca salía de viaje. George, con olor a loción para después del afeitado, un pañuelo almidonado y blanco escondido debajo de la manga y *The Times* en su bolsa de viaje de una compañía aérea, silbaba en la acera para sus adentros, intentando convencerse de que diez días pasarían en un abrir y cerrar de ojos. Helen, con una cara que parecía de tiza en la radiante luz de la mañana, subió al taxi con vacilación. El sello de George relució al sol cuando se dio la vuelta para decir adiós a Ruth y a la señora Cutler, que estaban en la puerta. Ruth sintió una sacudida de temor. ¿Se orientarían bien en Victoria? Su madre no estaba acostumbrada a las multitudes. La señora Cutler se dio cuenta de su preocupación.

—Les vendrá bien —dijo con firmeza—. Viven protegidos como niños. Les vendrá bien un poco de zarandeo.

Parecía complacida con la idea. Levantó el pulgar, como hacía para todo, en

dirección a George y Helen, reducidos a dos caras detrás de la ventanilla del taxi.

—No os rindáis nunca —gritó alegremente, y entró para ponerse de nuevo las zapatillas.

Ruth descubrió con sorpresa que se llevaba bastante bien con la señora Cutler. Ellas también vivieron algo parecido a unas vacaciones. Después de darle un buen repaso al dormitorio y sacar de debajo de la cama un montón de pastillas caídas y aplastadas, pañuelos de papel y crucigramas arrancados de los periódicos dominicales y acumulados a lo largo de un año, se sintieron orgullosas de su hazaña. Ventilaron a conciencia y cerraron también a conciencia. Convinieron tácitamente que ya habían dedicado demasiado tiempo al dormitorio. «Queda esa sala de estar tan bonita —dijo la señora Cutler—. Soy la única que entra en ella». Y la limpió también. Descolgó las cortinas y las enrolló para lavarlas en la lavandería autoservicio. Ruth volvió al comedor, quitó el mantel de damasco lleno de manchas que seguía cubriendo la mitad de la mesa desde el domingo anterior a la hora de comer y abrió las ventanas para que saliera el aire rancio. Nunca había visto un otoño como aquel.

—Qué suerte tienen, ¿verdad? —dijo la señora Cutler—. Seguro que se están riendo de nosotras, que nos hemos quedado aquí, en Londres.

—Mamá parecía muy frágil —contestó vagamente Ruth. Se le había quedado grabada la imagen de la cara blanca de su madre.

—Eso es porque se excede un poco con esto —dijo la señora Cutler, levantando el codo—. Por eso y porque se pasa el día acostada. Está en baja forma. El aire del mar le sentará de maravilla. Cuando vuelva no la reconocerás.

Ruth quiso creer que sería cierto. Le encantaría recibir a unos padres desconocidos. La cantidad de porquería que habían sacado del dormitorio le había dejado una sensación desagradable, como si hubieran limpiado después de una muerte. Se encontraba a gusto con la señora Cutler y su tos ronca de fumadora, su delgadez aerodinámica y su energía desbordante. Se ofreció a hacer la compra mientras la señora Cutler descansaba un rato con los pies en alto. Había tomado la decisión de convertirse en una buena cocinera. Sorprendentemente, la señora Cutler le enseñó a preparar unas natillas de huevo perfectas. Ruth, a su vez, la ayudó a teñirse el pelo con un frasco en el que aparecía una veinteañera morena, sonriente y seductora. «Castaño claro —leyó en voz alta—. Lavar el pelo con champú, aclarar, aplicar la mezcla y esperar media hora». La señora Cutler parecía indecisa. Ruth se quedó con ella y le sujetó la mano cada vez que intentaba mirar el reloj. Empezaron a gotearle por la frente, por debajo del gorro de plástico, unos chorritos de color naranja. El resultado, después de aclarar, no era muy distinto del pelo normal de la señora Cutler, pero Ruth la convenció para que sustituyera los polvos de maquillaje ocre y la barra de labios carmesí por un tono más favorecedor y quedó muy satisfecha con el resultado. Tenía un aspecto más presentable, menos parecida a una cliente asidua de una taberna. Su abuela la habría felicitado.

Algunos días, la señora Cutler se ofrecía a hacer la compra, pero a Ruth le

gustaba salir. La urgencia por pasar el día entero en contacto con aquel aire divino de finales de septiembre era como una aceleración física del flujo sanguíneo. Se sentía casi feliz. O quizá reconoció que esa era la sensación que producía la felicidad. Lo que uno necesitaba era un pretexto. A falta de pretexto, necesitaba un sucedáneo. Pero Ruth, que daba paseos interminables, se contentaba con experimentar aquella euforia que no buscaba, con confiar, con rogar que un día, algún día, pudiese encontrar una razón para sentirse como se sentía: exultante, serena y anestesiada frente al dolor cotidiano. Se imaginó, equivocadamente, que estar enamorada era eso. El amor trae consigo la seriedad, la falta de autonomía y una responsabilidad exenta de poder. El amor, se decía Ruth con añoranza, sin duda tenía que ser ese estado de bienestar sublime. Incluso llegó a pensar en ver a Richard antes de irse a Francia. Aunque él quizá creyese que quería recuperar el dinero. Renunció a esta idea con pesar, y el día luminoso se oscureció un poco. Sin amor no había ninguna razón para la esperanza.

Empezó a pensar en serio en su viaje a Francia. Había reservado una habitación en La Murette, en casa de Humphrey y Rhoda Wilcox, a quienes George contaba entre sus clientes más fieles. Humphrey escribía biografías populares de los personajes favoritos de los franceses: *La Vie passionée de Madame de Sévigné* y *Robespierre, cet inconnu* seguían vendiéndose de maravilla en las librerías de los alrededores del Palais Royal. Rhoda era corresponsal de moda de varios periódicos escoceses. Aparte de estas actividades apasionantes eran una pareja mayor y bastante severa. Ruth los recordaba vagamente de una vez que estuvieron en Oakwood Court cuando ella era pequeña. No le apetecía demasiado vivir con ellos —con nadie, en realidad—, pero George había insistido mucho.

—Tendrás independencia —le aseguró—. Vivirás en la habitación del servicio, que según tengo entendido está en el ático. Y podré llamarte en cualquier momento. Rhoda y Humphrey tienen teléfono.

—A mí me parece un desastre —dijo la señora Cutler, que se habría ratificado en su opinión en el caso de haberlos conocido. Rhoda, delgada y guapa como Helen, aunque mucho mayor, se dedicaba a cuidar de Humphrey, que era mayor que ella y estaba ocupado en ese momento con la vida de la duquesa de Berry. Eso había deducido Ruth de la descripción que le hizo George. La señora Cutler llegó a la conclusión acertada de que no les sentarían nada bien las interrupciones, de que racionarían las llamadas de teléfono y supervisarían la conducta moral de Ruth. Ruth no le daba demasiada importancia. Mientras durase el buen tiempo, podía estar fuera todo el día, y si no pasaba nada (como decía Anthea), buscaría otro piso. Lo principal era que tenía una dirección: rue des Marronniers 154, y podrían remitirle las cartas que llegasen para ella. Decidió marcharse el 4 de octubre.

Aquel tiempo delicioso duró una semana en todo su esplendor: amaneceres blancos y lechosos, un sol pálido a las diez de la mañana y fuego a mediodía. Hasta la señora Cutler sucumbió a sus encantos y accedió a tomar el té con Ruth en Holland

Park. Dieron de comer a los pájaros y observaron a los niños como dos mujeres solas que disfrutaban de su mutua compañía, aunque serena e íntimamente se sientan descontentas.

—¿Qué tal lo estarán pasando? —preguntó Ruth. No habían tenido noticias, aparte de una llamada de Molly Edwards para decirles que George y Helen habían llegado bien. Molly parecía tan alegre y optimista que la señora Cutler, que había intentado seguir el camino de la Ciencia Cristiana pero le había encontrado muchos defectos, sospechó que ya había ocurrido algo terrible. Pero no dijo nada, para no estropearle a Ruth las vacaciones. Y para no estropeárselas ella, claro.

—Seguro que ni se acuerdan de nosotras. No me extrañaría —contestó. Y casi tenía razón. El taxi dejó a George y a Helen en medio de un tumulto de personas que regresaban de sus vacaciones, en un mundo que no sabían que existiera: señores mayores con las venas marcadas en la frente que intentaban lidiar con cinco maletas; señoras mayores con los pies hinchados y rebecas blancas y relucientes, compradas ex profeso para el viaje, que soportaban el mayor terror de su vida con tal de disfrutar de aquel placer que se habían prometido a lo largo de todo el invierno; demasiados niños cansados y chillones, con el pelo largo pegado a la cara sudorosa y la boca manchada de caramelos; gente que ni siquiera podía aspirar a la comodidad de un taxi y se ponía pacientemente en la cola de los autobuses, cambiando el peso de una mano a otra, intentando tranquilizar a los niños y soñando con esa taza de té en casa, a salvo un año más.

—¡Madre mía! —exclamó Helen al salir del taxi en la estación Victoria—. ¿De dónde narices habrán salido? No había visto tanta gente en mi vida.

George, que estaba recogiendo el equipaje, pensó lo mismo, aunque hubiera preferido que Helen no mirase con tanto descaro. Helen se llevó el dorso de la muñeca a la frente. Un par de personas, que la recordaban vagamente del cine, se preguntaron quién era. Helen estaba dividida entre las ganas de hacer una aparición triunfal, de zambullirse entre el gentío como si la esperasen a las puertas del teatro, y las ganas de que la protegieran. Su dilema se resolvió al ver las puertas abiertas de una ambulancia que acababa de dejar a alguien en un tren. Los camilleros volvían de tomar un té, secándose la boca y preparados para recoger sus bártulos y seguir su camino. Helen salió al trote con determinación.

—George —dijo, con la misma voz que cuando estaba en el escenario, para proyectarla hasta el patio de butacas—. Creo que voy a desmayarme.

George se avergonzó de ella, como le ocurría muy a menudo últimamente, pero mientras llevaban a Helen en una silla de ruedas hasta el andén de Brighton —sin que su presencia despertara la más mínima atención, según comprobó con fastidio—, la siguió como pudo, cargando con el equipaje y agradeciendo al menos que pudiera ir sentada. Sabía que así se le pasarían todos los males; tendría un triunfo que contar. Eso normalmente lo solucionaba todo.

El viaje fue relativamente cómodo, aunque George no logró terminar su

crucigrama. Helen estuvo encantadora con una mujer delgada que iba sentada en la esquina del compartimento, aunque la mujer delgada estaba nerviosa y era evidente que quería leer su libro.

—¿Es interesante? —preguntó Helen, con ánimo de entablar conversación.

—Henry James —contestó la mujer delgada, sin ganas de darle pie.

—No se lo va a creer —dijo Helen—, pero una vez interpreté el papel de la señorita en cuestión, el de la sobrina de *Los papeles de Aspern*. Fuimos de gira. Casualmente estuvimos en Brighton. ¿Te acuerdas, cariño? ¿George? —Periódico y libro quedaron apartados. Helen encendió un cigarrillo, obviando que iban en un compartimento para no fumadores, y los entretuvo con diversas anécdotas. Llegaron a Brighton en relativa concordia.

Fue en la estación de Brighton donde la situación empezó a complicarse. Molly Edwards, alegre y espartana, con su caseta en la playa y su alimentación saludable, no tenía coche. Se pusieron en la cola de los taxis y, cuando se apretujaron en el vehículo, Molly les explicó que tenían que dormir en el cuarto de estar, porque su inquilino, que estaba de vacaciones, no había sacado sus cosas de la habitación libre. ¿Por qué iba a hacer eso? Había pagado el alquiler. Lo que no les dijo fue que el inquilino ocupaba el único dormitorio de la casa y ella dormía en una cama turca en el cuarto de estar: todos compartían la cocina. Nos turnaremos, dijo Molly con determinación. No estaba dispuesta a preparar carne, aunque por supuesto no tenía ningún inconveniente si ellos querían comer carne.

—¡Por el amor de Dios! —explotó Helen—. ¿Para qué necesitas un comedor, Molly? Para tomarte una croqueta de nuez, o lo que comas, te basta con una bandeja.

—No consigo deshacerme de los muebles —dijo Molly. Y era verdad que no lo conseguía. Había una mesa muy barnizada, de alas abatibles, que databa de los años treinta, una vitrina con porcelana de la misma época, llena de regalos de boda, y seis sillas de cuero con remaches dorados. Nadie quería comprarlos ni llevárselos. Molly lo había intentado. Había cerrado la mesa y puesto las sillas en fila contra una pared. En el resto del espacio del suelo había dos camas turcas muy estrechas, una mesita y una lámpara con un cordón largo y la pantalla de pergamino descolorida. Helen echó un vistazo y se llevó el dorso de la mano a la frente. Esta vez era un gesto totalmente sincero.

George pensó con añoranza en el piso de la señora Jacobs, en el portero automático, las campanillas de la puerta, la manta eléctrica y las fundas de almohadas con volantes que había visto aireándose en el cuarto de baño. Pensó en el tocadiscos, en la lámpara de rayos ultravioletas y en el albornoz que tenía intención de colgar detrás de la puerta del dormitorio. Nunca se sabe. Molly, mientras ponía el agua a hervir, pensó con la misma añoranza en su fresca extensión de playa, su caseta, el *Christian Science Monitor* y sus preceptos. Se había esforzado. Había preparado un pan de frutas para sus invitados. Después los dejó solos. El olor del cigarrillo de Helen y sus lamentos calaban siniestramente en la conciencia de Molly. Bueno, solo

serían diez días. Al menos era un cambio, ¿no?

En el dormitorio o cuarto de estar —no parecía ni lo uno ni lo otro—, Helen estaba tomando un trago de su botella de *brandy*. Había quitado unas hierbas secas de un jarrón grande y verde y lo estaba usando de cenicero. Se había descalzado y tumbado en la cama turca, con la mirada perdida.

—Mañana nos vamos a casa —le dijo a George.

En ese momento, Molly entró con el té y un cuaderno de recortes. Sin hacer caso de las señales que daba Helen de estar ocupada, dijo:

—No te lo vas a creer, cariño. El otro día encontré unas fotos tuyas. Mira qué guapa eras. —Helen se sentó—. Lo sigues siendo, por supuesto —añadió Molly. Lo decía sinceramente.

Helen se quedó pensativa.

—Le estaba diciendo a George que tendremos que irnos antes del fin de semana. Nuestra hija se marcha a Francia pronto y queremos pasar con ella el mayor tiempo posible.

—¿Esa cosita? Claro que sí —dijo Molly con amabilidad—. Un poco de brisa marina y cuando volváis a casa pareceréis otros. ¿Por qué no venís conmigo a la playa mañana? George puede llevar un par de hamacas del quiosco de música.

Helen se rindió a lo inevitable y tendió la mano para coger el cuaderno.

—¿Hay alguna foto mía en *Most Loving Mere Folly*? Dicen que fue mi mejor papel.

Dejando a las amigas juntas y en aparente armonía de momento, George salió a comprar la cena.

Helen se esforzó por estar a la altura del estado de ánimo que definía con desprecio como «tu casita junto al mar» y para ello se compró una visera de tela vaquera en una tienda de la playa y la llevó puesta tanto en casa como fuera a lo largo de los días siguientes, que se le hicieron interminables.

—¿Quieres decir que te pasas el día aquí sentada? Pero, Molly, debes de estar loca. Todavía puedes encontrar trabajo. ¿Qué pasó con los libros leídos para ciegos? A mí no dejan de perseguirme para que grave alguno, pero nunca veo el momento.

Molly sonrió con tristeza.

—Ya no soy joven. Recuerda que soy mayor que tú, Helen. Tengo lo suficiente para ir tirando hasta que la palme, y entonces se acabó. ¿Te acuerdas de eso que decíamos? Sin remordimientos.

—Sin remordimientos —repitió Helen. Estaba más impresionada de lo que reconocía. Su amiga era la viva estampa de lo que le deparaba el futuro. Sabía que estaba envejeciendo mal, que había adelgazado demasiado, que le dolían las muelas y tenía mal la circulación. A veces no se desmaquillaba por la noche, para no llevarse un susto a la mañana siguiente. Solo si descansaba la mayor parte del día, tomaba

comidas ligeras y fáciles de digerir, si no se exponía nunca a los peligros de la calle y del autobús, conseguía estar tan bien como estuvo. Le favorecía no vestirse, remolonear, charlar, realzar el color de los párpados y los pómulos y, sobre todo, dormir. Se había llevado sus pastillas a Hove, por supuesto. Pero se sentía frágil, vulnerable y estremecida por la tonificante brisa del mar. Se le deslizaba el anillo en el dedo. No sabía qué hacer. Se acordó de que era mayor que George. Estaba casi asustada. Y tenía esa expresión altiva y perdida que Ruth recordaba de cuando era pequeña, la que convertía a la madre en hija y a la hija en madre.

Tampoco George estaba contento en absoluto. Las dejaba solas y se iba andando a Brighton, al menos para mantenerse en forma. De regreso hacía la compra. Soñaba, con una intensidad que le sorprendió, con sentarse a una mesa decente y que alguien le sirviera la comida. Soñaba con comer algo sin saber de antemano qué sería. Soñaba, si no con Sally, sí con la vida en casa de Sally. A veces echaba de menos a su madre. Ruth también habría reconocido la expresión de su padre: compungido, encerrado en sí mismo, con los labios apretados. De repente se transformaba en un desconocido.

Salió el sol, y decidieron hacer un pequeño esfuerzo. George alquiló un coche y recorrieron la costa. Comían en restaurantes y tomaban el té en hoteles. Hasta que George se dio cuenta de que estaban gastando mucho dinero y dijo que deberían aprovechar más el aire libre. Por fin fueron a la playa y se bañaron.

—Tú lo odias —dijo Helen—. Siempre lo has odiado.

—Estoy muy a gusto, aquí, en la caseta —contestó George. Y dejaba que su rabia siguiera creciendo, con la sensación de que le sentaba de maravilla. La rabia le liberaría del servilismo, le quitaría los escrúpulos. La rabia, estaba casi convencido, le permitiría hacer las cosas a su manera.

Mientras seguía a Molly por la playa, aplastando los guijarros, Helen intentó no fijarse en que tenía las piernas flacas como palos. Los pies estrechos, que habían perdido la costumbre de andar, se le doblaban en los tobillos, y temía no ser capaz de hacer el camino de vuelta. Cuando por fin empezó a renquear por la orilla, agradecida de pisar la arena, la impresión del agua estuvo a punto de cortar la respiración. Las olas eran muy fuertes y le fallaban las rodillas. Le entró agua en la boca; se empapó el pelo, que se había arreglado con tanto cuidado para las vacaciones. Tenía la sensación de que su personalidad se deterioraba cuando perdía su buen aspecto. Molly, que estaba chapoteando alegremente, tratando de olvidarse del dolor en el hombro, le gritó:

—Ya verás como luego notas el beneficio.

Cuando ayudaba a Helen a secarse y le frotaba los pies amoratados mientras Molly se sacudía como un perro y enchufaba el hervidor, George se dio cuenta que había dejado de querer a su mujer. Le produjo —y eso lo había sentido siempre, aunque no supiera por qué— una lástima infinita. La consecuencia natural fue que también sintió una lástima infinita de sí mismo. Seguía siendo fuerte; no se veía como

un hombre que estaba envejeciendo. Su aspecto no había cambiado visiblemente desde la muerte de su madre. Seguía mirándose en el espejo con satisfacción todas las mañanas. Tenía un futuro. Con la señora Jacobs. Le diría a Helen que pensaba comprar una parte del negocio y pasar el tiempo en la tienda. ¡Que se las apañaran como pudieran! Ruth podía quedarse en casa, si era necesario. Todo esto le pasó por la cabeza a una velocidad vertiginosa. Cuando la revelación se esfumó —la verdad es que aquellas vacaciones no le estaban sentando nada bien—, comprendió que no sería capaz de llevar a cabo todos sus planes, de hacer realidad todos sus proyectos. Pero algunos... ¿Por qué no algunos?

Helen, con las manos heladas, se puso la visera. Estaban los tres alicaídos, por distintas razones. Al cabo de un rato, y en contra de todos sus principios más preciados, Molly fue a buscar su bolsa de hule y sacó una botella de ginebra.

Helen recuperó su preciosa sonrisa.

—Molly, cariño, eres un ángel. Siempre lo has sido. Nunca has sido celosa ni gruñona. Ni siquiera cuando tuve esa aventurilla con Eric.

Molly no estaba al corriente. Siempre había confiado implícitamente en su difunto marido. Pero era una mujer razonable, y veía en la cara de Helen el final de muchas aventuras amorosas. Ninguna de las dos volveremos a hacer el amor, pensó, y no le importó gran cosa. No había tenido una vida demasiado dura. Y el mar seguiría estando allí cuando llegase su hora. Estaba casi preparada.

Pero a Helen, Molly se daba cuenta, la pillaría desprevenida.

Ruth, que intentaba poner un poco de orden en sus notas, vio que los días empezaban a ser más cortos. Ya no podía pasear por las tardes. En los jardines ya estaban rastrillando y quemando las hojas; entre las doce y las tres de la tarde, el sol seguía ardiendo y la ropa sobraba. Pero el aire perdía su resplandor poco después; la luz, con infinita parsimonia, se diluía en la neblina gris; el humo se levantaba de los jardines y envolvía los árboles. A la caída de la tarde, las últimas rosas se sorprendían de la intensidad de su color.

Estaba en su dormitorio, bregando con *Modeste Mignon*, donde todos los vicios resultaban ser virtudes. La señora Cutler, en la mesa de la cocina, estudiaba su horóscopo en el periódico vespertino. La casa estaba limpia y la despensa bien abastecida. En el armario de Ruth había un vestido nuevo, azul, con el que se proponía tomar París por asalto: ¿no le había impuesto Balzac esa obligación? Ya había reservado el billete y avisado a Humphrey y Rhoda Wilcox. Estaba indecisa sobre el viaje. Había tanta tranquilidad en Oakwood Court que se veía capaz de trabajar aquí tan bien como en el cuarto de servicio de los Wilcox. La calidad de la vida había mejorado un poco. La señora Cutler ahora veía programas de cocina en la televisión por las tardes, pero como nunca anotaba las recetas, era poco probable que consiguiera reproducirlas. Los veía por pura distracción, como antes veía programas sobre depredadores de los bosques o sobre la delincuencia en las calles de Nueva York.

—¡Qué cocinas deben de tener! —se maravillaba. Y le entraban ganas de comerse todos aquellos platos de una sentada.

Las dos se habían beneficiado mucho de aquellas vacaciones en Hove.

Por eso se desanimaron un poco al oír que llegaba el ascensor, y los portazos les indicaron que George y Helen habían vuelto a casa.

Se miraron por encima de la mesa de la cocina. Ninguna se movió. La señora Cutler bajó prudentemente el volumen de la radio. Oyeron voces en el vestíbulo, interruptores que se encendían y tropezones y forcejeos con bultos que se caían o se arrastraban, mezclados con el silbido de las balas de la radionovela de detectives que estaban escuchando.

—Nunca más —se oyó decir a Helen, gimiendo—, nunca más.

La señora Cutler estiró la mano y apagó la radio, y las dos se levantaron con resignación.

—Ha sido espantoso —dijo Helen a la mañana siguiente desde la cama, aunque parecía muy contenta—. Nos pasábamos el día sentados en esa perrera mientras soplaba el monzón, soportando las comidas de Molly, que no dan para llenar un

diente. ¿Por qué son tan insensatos los vegetarianos?

George, Ruth y la señora Cutler se habían reunido en el dormitorio, donde volvía a reinar el mismo ambiente de desorden y ocupación permanente. Las maletas estaban abiertas, pero sin deshacer. Un frasco de esmalte de uñas sin cerrar, con el pincel tieso, añadía un fuerte olor al aire ya viciado. Helen llevaba su visera vaquera, un camisón y una rebeca, y estaba encendiendo un cigarrillo con la colilla de otro. George colocó los zapatos que su mujer se había quitado con alivio la noche anterior. Dudó unos momentos y al final los metió debajo de la cama. Ruth vio cómo se le desprendía una pelusa diminuta de la manga de la chaqueta. Parecía más tranquilo que de costumbre.

Ruth notaba que algo había cambiado en sus padres, aunque no era capaz de identificar el cambio. Físicamente, estaban los dos muy presentes. Parecía que ocupaban más espacio de lo normal. Quizá se había acostumbrado al relativo silencio de la señora Cutler. Quizá los días al aire libre les habían dado aquel aspecto tan voluble, tan agobiante.

—Ahora que estáis en casa —dijo—, no volváis a caer en las malas costumbres. Eres demasiado perezosa, mamá. Deberías salir más a menudo.

Helen volvió la cabeza muy despacio.

—¿Salir? —preguntó—. Ni siquiera me apetece levantarme de la cama.

Y ya está: ese era el cambio. Helen lo decía en serio. Todos sabían que lo decía en serio. Había que hacer algo. Pero Ruth se acordó de la cara que tenía su madre la noche anterior, de lo asustada y vieja que parecía, con esa visera ladeada, tan poco favorecedora. George también se había fijado. La señora Cutler también se había fijado y decidió tomar la iniciativa.

A la señora Cutler le había gustado ser la dueña de la casa (no tenía en cuenta a Ruth). Se acordaba de los tiempos en que era dueña de su casita en Battersea, cuando Douglas la llevaba al *pub* los viernes por la noche, cuando tenía su propio público cautivo. La única estrategia que conocía cobró forma en sus pensamientos. No le gustaba demasiado, pero tendría que conformarse con eso.

—He estado pensando —dijo, toqueteándose inconscientemente la mano izquierda— que podría volver a casarme. Al menos hay que intentarlo, ¿no?

George se quedó pasmado. Helen, en cambio, se mostró muy comprensiva. Preveía diversión para las próximas semanas. Y ni siquiera tendría que salir de la cama para pasarlo bien.

—Hay agencias matrimoniales —dijo—. Creo que hay una al lado de Barker's. ¿Por qué no te apuntas o rellenas la ficha o lo que sea? Y luego puedes invitarlos a venir aquí, sean quienes sean. Si es que aparece alguno —añadió amablemente—. Ya sabes que se me da muy bien juzgar a la gente. Y los hombres son todos unos mentirosos; seguro que no te dicen la verdad. Pero a mí no me van a engañar. —Parecía muy contenta con la perspectiva—. ¡Con la experiencia que tengo!

La señora Cutler, que estaba decidida a tomarse en serio este proyecto, aunque

tenía intención de citarse con los posibles pretendientes en la cafetería mexicana que estaba al lado de la lavandería, aceptó la ayuda de Helen para redactar la solicitud.

—Di que tienes tus propios medios de subsistencia —le aconsejó Helen, que estaba entusiasmada—. Eso siempre les atrae. Y además los tienes, ¿no es cierto?

Ruth se escabulló aprovechando que su padre también se marchaba.

—¿Está bien? —le preguntó—. La noto cambiada, aunque no sabría decir en qué. Más delgada, con más color.

—Claro que está bien —contestó George. Estaban susurrando. A George le molestó la pregunta: nadie se preocupaba de cómo estaba él. Empezó a ponerse nervioso.

—No me gusta la idea de que te vayas, Ruth. No me hace ninguna gracia. Y menos si Maggie también piensa dejarnos.

Ruth lo miró, atónita.

—Pero ¿quién va a querer casarse con la señora Cutler? —preguntó—. No lo dice en serio. Este es el único hogar al que puede aspirar.

George negó con la cabeza.

—Piénsalo, Ruth. Tienes una obligación con tu madre, y lo sabes. —Y se marchó con mucha prisa a Peter Jones, para supervisar sus pedidos y comprar quizá un albornoz.

Esa era la primera vez que Ruth oía hablar de sus obligaciones, que hasta entonces había supuesto limitadas a los personajes de Balzac. Porque tenía una obligación con ellos, y el British Council, nada menos, así lo había reconocido. ¿De verdad creía su padre que podía servirles de alguna ayuda si se quedaba en casa?

En los días siguientes, resultó evidente que lo creía de verdad.

El primer martes de octubre, en un ambiente de decepción y angustia reprimida, Ruth estaba esperando el taxi que la llevaría a la estación Victoria. Su madre seguía en la cama. («No te molesta, ¿verdad, cariño? Mi niña preciosa. Estoy un poquito cansada»). Su padre, que estaba muy disgustado con ella, se había ido a Mount Street para hacérselo ver. Ruth se sintió de repente abandonada. Cuando llegó el taxi y se preparó para despedirse de Oakwood Court, miró hacia la ventana del comedor. Vio a la señora Cutler, vigilante y tensa una vez más, con su pintalabios rosa y su tono castaño claro ya sin brillo. Tenía por delante un día lleno de café instantáneo.

La señora Cutler levantó el pulgar. Ruth no llegó a distinguir las palabras que pronunció moviendo los labios. Le dolía la garganta y le ardían los ojos de soledad. Dijo adiós con la mano. La señora Cutler abrió la ventana.

—Escribe —le pidió, sin levantar demasiado la voz, para no llamar la atención de los vecinos. Ruth apenas la oía—. Aprovecha todo lo que puedas —gritó la señora Cutler, dejándose llevar por el espíritu del momento—. Vamos, Ruth, no te entretengas. —Volvió a levantar el pulgar—: ¡No te rindas nunca! —Y cerró la

ventana de un golpe.

Ruth se despertó, se sentó en la cama y se preparó para afrontar un día más en la rue des Marronniers. Cogió su cuaderno y anotó lo que había soñado, porque había leído en una revista que eso era terapéutico. El sueño, como siempre, había sido desagradable. Estaba en una sala gélida, pintada de blanco, esperando los resultados de unas pruebas médicas. Sabía, con una íntima convicción, antigua y profunda, que en las demás estancias del edificio había calefacción y los demás ocupantes estaban recibiendo buenas noticias. Antes de decidirse a protestar levemente, como de costumbre, por aquel estado de las cosas, se trasladaba a Bruselas, donde la asaltaba un hambre descomunal. Estaba tan ocupada engullendo café y bollos que no tenía tiempo de entretener a su compañero, una persona de sexo indefinido y pelo gris. Se despertó, desconcertada, consciente de que se había quedado sola mientras el compañero se alejaba con paso decidido por un bosquecillo o un jardín cubierto por una gruesa alfombra de hojas caídas. Este sueño era en color. Muy parecido a una película.

En contraste con el sueño, la luz sepia que intentaba colarse entre los barrotes de la ventana de su habitación en el sexto piso de la rue des Marronniers reducía su vida a un único tono. Seguía sin creerse que alguien la hubiera encerrado en aquel cuarto, cuando no había cometido ningún delito. Rhoda y Humphrey Wilcox eran personas severas y solemnes que inspiraban cierta incomodidad, pero a Ruth le gustó la casa, luminosa y coqueta, y le ilusionó la idea de que podría llevar una vida tranquila. Rhoda le ofreció una taza de té y una galleta diminuta, la llevó a conocer al octogenario Humphrey, que estaba sentado en su butaca, como una tortuga, y la dejó con él mientras iba a hacer algo en la cocina. Ruth se dio cuenta de que aquello era el equivalente de esos fines de semana en una casa de campo, donde se valora a los invitados por su idoneidad para ocupar un puesto menor aunque importante en la Administración Pública. Sin hacer caso de la mano de Humphrey, que se posó en su rodilla y se quedó allí inmóvil, ni de su empeño por hablar francés —escribía sus biografías con el seudónimo de Maurice de Grandville—, Ruth pasó veinte minutos escuchando su disertación sobre la vida de la duquesa de Berry, y habría seguido aún más tiempo de no ser porque se dieron cuenta de que Rhoda había vuelto de la cocina y estaba en la puerta, cruzada de brazos. Humphrey retiró la mano, que era pálida y húmeda, como la de un alfarero.

—Le has caído muy bien —dijo Rhoda—. Creo que podemos dejarte la habitación, aunque Humphrey a veces sube allí a meditar. Sabes cómo son las habitaciones del servicio, ¿verdad?

Ruth negó con la cabeza.

—Solo sé que suelen estar en el ático.

—En otra época, todos los criados del edificio vivían en el ático. Ya no hay

criados, claro, pero hay una escalera al lado de la puerta de la cocina, por la que bajaban a trabajar por las mañanas. Era mucho más civilizado que convivir con ellos.

Acompañó a Ruth, con su maleta y su máquina de escribir, hasta la puerta de la cocina, por la escalera y por un pasillo interminable, como el de una prisión, flanqueado de celdas pequeñas a intervalos regulares. Introdujo una llave de hierro grande en una puerta reacia, entró de un empujón y fue a abrir los postigos de la ventana. No hubo ningún cambio apreciable en la calidad de la luz de la habitación, que estaba amueblada con una cama doble, una mesita de papel *mâché*, un lavabo escondido detrás de un vistoso biombo y un grifo de agua fría.

—Tienes mucha suerte de que la habitación esté libre —dijo Rhoda, escudriñando a Ruth como si en realidad fuera una criada, no tramase nada bueno y quizá estuviera embarazada. Su actitud majestuosa y reprobatoria hizo que Ruth se sintiera culpable. Aunque, pensó: soy yo quien tiene la sartén por el mango. Le voy a pagar un buen dinero.

—Mi sobrino suele quedarse en esta habitación cuando viene por negocios —siguió diciendo Rhoda—. Pero a Humphrey no le cae demasiado bien.

Enderezó un espejo ovalado y borroso que había en una pared. Ruth la siguió con la mirada.

—Veo que estás admirando mis bordados —dijo Rhoda. Ruth, que apenas veía nada, buscó en lo más hondo de su alma unas palabras de admiración, pero no encontró ninguna—. Son los últimos trabajos de mi madre. Los traje de mi casa de Ringwood.

Hubo una breve pausa.

—Señora Wilcox —murmuró Ruth—. ¿Hay posibilidad de darse un baño?

Rhoda se quedó pensativa, como si no esperase semejante petición.

—El único cuarto de baño está abajo. Supongo que puedes bajar a las seis y darte un baño de un cuarto de hora. Pero, por favor te lo pido, no molestes a Humphrey.

Ruth se acercó a la ventana y trató de abrirla.

—¿Se puede abrir? —preguntó.

—Creo que no —dijo Rhoda con voz distante—. Pero estarás muy cómoda aquí. Te he hecho la cama yo misma. Hay un hervidor eléctrico. Tienes un váter para ti sola en la puerta de al lado, aunque como no se usa mucho, a Humphrey le ha dado por guardar allí algunas botellas de vino. Marianne te limpiará la habitación una vez a la semana. Ya te diré lo que tienes que pagarle. Puedes darte un baño a las seis de la tarde. Y otra cosa —añadió, estirando el brazo con gesto amenazante—. Los dos somos escritores. Necesitamos paz y silencio. Espero que no introduzcas ninguna... —Buscó la palabra exacta—. Distracción —dijo por fin. Ruth comprendió lo que quería decir.

Se sentó en la cama aterrorizada y no se atrevió a moverse hasta que dejó de oír los tacones de Rhoda en la escalera de hierro. Luego, con tanto sigilo como si la estuvieran espionando, recorrió el pasillo, bajó por la escalera, cruzó la cocina y salió a

la reconfortante seguridad de la calle.

Todo era placer y determinación. El sol volvía a resplandecer; la gente seguía llevando ropa ligera, las terrazas de los cafés estaban abarrotadas y todo el mundo parecía de un humor espléndido. «*L'etonnant été d'octobre*», anunciaba la portada de *France-Soir*, y publicaba la foto de una pareja mayor tomando el sol en un banco de las Tullerías. Ruth echó a andar. Estuvo el día entero paseando bajo los castaños, que en ese momento tenían el mismo color que su pelo, y tratando de decidir si estaba mejor o peor que en casa. En conjunto, peor, concluyó. Cuando empezaba a atardecer, volvió despacio por la rue de Passy, admirando las tiendas, a la gente de ojos vivos y genio pronto, a los niños, tan guapos. Estaba muy cansada y pensó que podría dormir incluso en aquella habitación horrenda. Compró un poco de leche y café y volvió a la rue des Marronniers.

Ya hacía tres semanas de eso. Desde entonces se había acostumbrado a cerrar los libros en la Bibliothèque Nationale a las cinco en punto, para llegar a tiempo a darse un baño; incluso se había acostumbrado a que Humphrey la observara por una grieta de la puerta del baño. Las tardes eran largas, eso era lo malo. De día se entretenía con los laberínticos placeres de París y, además, tenía mucho que hacer, mucho trabajo, mucho francés que hablar, muchas comidas que tomar en la *brasserie* de la esquina y muchos libros que comprar. Pero por las tardes no siempre tenía ganas de leer. Las ráfagas de música velada que llegaban del cine de al lado señalaban el principio y el final de las sesiones; los tacones en el pasillo anunciaban el regreso de los vecinos, con los que no se había cruzado nunca. Se sentía demasiado pobre para comprar una radio.

Un domingo interminable fue al Louvre. Dio su clásico paseo por los Campos Elíseos, recorrió las Tullerías hasta la plaza del Louvre, donde los niños montaban en bici, y como no tenía ganas de separarse del aire, todavía cálido, cruzó el Pont des Arts y subió por la rue Bonaparte hasta los jardines de Luxemburgo. Allí se sentó y pasó un rato tranquila antes de entrar en un café de la Place Saint-Sulpice a tomar un sándwich poco después de la una y media. Las dalias resplandecían en los arriates de los jardines; cuando los jardineros las retirasen, el invierno empezaría en serio. Las largas y rectas avenidas estaban cubiertas de hojas caídas, porque el verano había sido muy seco. Un sol viejo e inválido asomó unos instantes para calentar el banco de hierro en el que Ruth se había sentado, pero no tardó en ser derrotado por la bruma, que oscureció el cielo azul grisáceo. Los días agradables habían terminado.

Volvió paseando hasta el Louvre, a pesar de que la luz ya no era buena. Casi todo lo que veía la dejaba indiferente, hasta que descubrió a los flamencos primitivos, con su tristeza y su dolor immaculados, sus cabezas pequeñas, tristes y pensativas, sus cristos fríos y pálidos, como destronados por el riguroso clima del norte de Europa. Hizo una visita obligada a las salas de principios del XIX y, como de costumbre, le divirtió el tamaño de las cosas: figuras gigantescas y enredadas las unas con las otras, que se arrastraban penosamente hacia su rescate después de un naufragio, hacia la

libertad después de la opresión, hacia París después de Moscú; jamás encontrarían la paz ni recuperarían su tamaño natural.

En un funeral campestre que ocupaba una extensión considerable de una pared, una mujer se secaba los ojos con un pañuelo de las dimensiones de un tapete. Un noble romano se alejaba de sus hijos muertos y manifestaba su sufrimiento retorciendo unos pies descomunales y deformes. Delante de lo que interpretó como una alegoría ligeramente indecorosa de Endimión abrazado por un rayo de luna, vio a dos jóvenes muertos de risa. No le pareció una risa francesa; detectó en ella la angustia de los excesos y la represión de la vida en los colegios ingleses. El chico, aunque era joven, tenía el pelo blanco; la chica era morena y muy guapa. Parecían muy enamorados. Su euforia era excesiva para el Louvre y suscitaba miradas de reproche por parte del bedel. Cuando la sala empezó a vaciarse y la luz cobró un tono azulado y oscuro, Ruth y la pareja salieron por la escalera principal. No le sorprendió oír que hablaban en inglés y le habría gustado hacerles ver que ella también era inglesa, pero a esas alturas estaba tan atrincherada en su silencio que ni siquiera podía comunicarse por señas.

Los ingleses estaban esperando el autobús y era evidente que habían vuelto paseando, como ella, por la rue Bonaparte. Les oyó discutir dónde iban a cenar y sintió un dolor inmenso, porque ella jamás podría hacer esos planes. La falta de posibilidades de su nueva vida se le reveló entonces con más fuerza que nunca. Estaba prisionera en una celda y, además de las restricciones físicas, ella misma se había encarcelado en una rutina que aniquilaba la libertad y los instintos, como la que impone un estado policial. Todas las mañanas cogía el mismo autobús para ir a la Bibliothèque Nationale. Todos los días comía un sándwich en el mismo café. Todas las tardes se presentaba a la hora convenida para darse un baño y volvía tiritando a su habitación, donde, tal como estaba empezando a comprender, la esperaba una soledad cada vez más profunda. Observó atentamente a la pareja, como si fueran ejemplares de una especie desconocida. De hecho, eran una especie desconocida. Eran felices.

Con su vestido azul, que no le había servido para tomar París por asalto, y su abrigo de lana, se sentía modosita y mal vestida. La chica llevaba pantalones y un jersey; el chico, un traje de *tweed* de buen corte. Invadió a Ruth un profundo deseo de cambio, mezclado con una profunda incertidumbre de cómo alcanzarlo. Porque sabía vagamente que, aunque tenía capacidades que aún no había puesto a prueba, estas seguirían encerradas eternamente si no cambiaban sus circunstancias. Pensó que la solución podía ser el amor, pero no había nadie de quien pudiera enamorarse. Nadie la miraba siquiera, aparte de Humphrey. Y este pensamiento le produjo escalofríos. En ese momento llegó el autobús, y al subirse, distraída, rozó sin querer el codo del chico con su cartera.

—Lo siento mucho —dijo automáticamente.

El chico sonrió.

—Nos pareció que eras inglesa. Los franceses se toman el Louvre mucho más en

serio. Sobre todo en domingo.

Se sentaron frente a frente. La verdad es que era inconfundiblemente inglesa, con su abrigo resistente, su cartera resistente y su pelo resistente, que ocultaba la forma de la cabeza. Desde la cena con Richard, no se preocupaba mucho por su aspecto físico.

—Nos ha encantado tu pelo —dijo la chica—. Es de un color muy poco frecuente aquí.

Ruth siempre despreciaba su pelo, porque le parecía demasiado extravagante para su personalidad, porque la señalaba cuando ella se sentía más tranquila sin llamar la atención.

—Tengo que cortármelo —contestó—. Pero no sé adónde ir.

—Hay una buena peluquería al lado de nuestro apartamento —dijo la chica—. En la rue Marboeuf. ¿Dónde te bajas?

—En el Alma. —Ruth estaba aturdida por aquella conversación tan repentina. También intentaba asimilar la noticia de que aquellos ingleses tenían un apartamento. En París.

—Esta es nuestra parada —dijo la chica—. ¿Por qué no tomamos un café, y te enseño dónde está?

Se llamaban Hugh y Jill Dixon. Se cogieron de la mano y le contaron su vida. Llevaban tres meses casados. Hugh era marchante de dibujos de los Viejos Maestros; Jill trabajaba en una agencia de viajes. Los dos vivían en París, por separado, desde hacía unos años, y se habían conocido en una fiesta. Estaban pensando —y Ruth se llevó entonces un chasco, mezclado con un despertar de la ilusión— en volver a Londres.

—Si pensáis dejar el apartamento —murmuró—, me gustaría mucho...

—Hay docenas de personas interesadas —dijo la chica, haciendo una mueca—. Y no es gran cosa. Pero ya sabes lo difícil que es encontrar alojamiento aquí.

Ruth comprobó que podía hacerles reír, describiendo su habitación en la rue des Marronniers, a Humphrey y a Rhoda y su horario de baño. Había empleado este talento con Anthea en muchas ocasiones; aunque con ella no siempre funcionaba. Se animó mucho con el éxito de su actuación e insistió en pagar el café. El domingo se estaba convirtiendo en uno de los mejores que había tenido.

Eran una pareja pintoresca: ella tan morena, él con el pelo tan prematuramente blanco. Tenían unos dientes perfectos y el bronceado permanente de la gente con mucho dinero, aunque ella hablaba con acento de barrio. Él era aún más difícil de catalogar. Joven, impecable, cosmopolita, aunque Ruth tuvo la sensación de que estas dos últimas cualidades eran una adquisición reciente. Llevaba un reloj demasiado caro y unos zapatos, sin duda hechos a medida, demasiado nuevos. Pero, sobre todo, eran muy simpáticos. Jill se reía mucho, como si todo fuera divertido; a veces se reía sin motivo aparente. Él se limitaba a sonreír. Era más serio.

La invitaron a su apartamento, que era diminuto y oscuro, aunque apetecible de todos modos. A Ruth le pareció un refugio ideal y empezó a desearlo dolorosamente.

Repitió que les agradecería mucho que la avisaran si decidían dejarlo. Les dio su número de teléfono en la rue des Marronniers. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que se había olvidado de la hora del baño.

Y puso tal cara de horror que Hugh y Jill se rieron a carcajadas. En aquel estado de liberación desconocido, tenía la sensación de disponer de más tiempo del habitual. Los invitó a cenar, pues no había ningún motivo para volver temprano a la rue des Marronniers.

Resultó que Jill y Hugh tenían gustos selectos. La llevaron a un restaurante abarrotado, que dijeron que era muy famoso, se tomaron varios platos a conciencia y se bebieron una botella de vino. Era tranquilizante estar con ellos. Sabían adónde ir, qué hacer; no eran miedosos ni tímidos y daba la sensación de que estaban a gusto con ella. Sus conocimientos de Balzac no parecían espantarlos. Ruth empezó a relajarse.

—No tienes por qué ir a la biblioteca todos los días —dijo Hugh—. Lo primero que harás mañana será cortarte el pelo. Luego comeremos juntos, para que yo te vea.

—¿Te molestaría? —le preguntó Ruth a Jill, que volvió a atragantarse de risa con el café.

Era muy tarde. Nunca había estado fuera de casa en París hasta tan tarde. La acompañaron hasta el metro y le dieron las gracias por la cena, pero Ruth sentía que era ella la que estaba en deuda. La rue des Marronniers estaba en silencio: solo vio al perro del portero, que había salido a pasear con su dueño en zapatillas. El portero la saludó con la mano, sin decir nada. Era la primera vez que reconocía la presencia de Ruth desde su llegada. Esto la llenó de alegría y agradecimiento. Esa noche durmió sin soñar.

A instancias de Hugh, Ruth se cortó el pelo muy corto y cambió su abrigo resistente por una gabardina clara y cara con la que nunca llegaba a entrar en calor. Se compró medias claras y zapatos claros, pero no consintió en desprenderse de su vestido azul, que había comprado con tanta ilusión en Kensington High Street. Hugh negó con la cabeza para indicar que no le gustaba.

—Una falda escocesa —dijo, sin tolerar discusiones—. Piénsalo, Ruth.

—¿Te das cuenta del dinero que me he gastado? —contestó Ruth, y al instante se arrepintió de haberlo dicho.

El dinero le parecía indecente, algo que había que guardar en secreto. Hugh no tenía esas inhibiciones. Casi siempre andaba corto de dinero, y se dejó invitar felizmente por Ruth al café y las comidas que hicieron juntos antes de concluir la compra de otra prenda para mejorar su aspecto. Ruth, que se sentía desleal con Jill por pasar tanto tiempo con Hugh, se empeñó en invitarlos a una comida formidable que ocupó la mayor parte de la tarde del domingo. Hugh resultó ser un compañero divertido y con mucho que enseñar. Por lo visto, su trabajo de marchante le dejaba un

montón de tiempo libre, aunque a veces la llevaba a una galería para aprovecharse de su excelente francés cuando tenía que discutir algún asunto con el dueño. Por la misma razón, también la llevó a ver a un pintor polaco, mayor, en el que había puesto grandes esperanzas. Era útil y agradable estar con Ruth mientras Jill se pasaba el día en la agencia de viajes. Hugh no sabía disfrutar de su propia compañía.

Las visitas de Ruth a la Bibliothèque Nationale se hicieron menos regulares y sus conocimientos de París más amplios. Hugh la llevó a la casa de Balzac en Auteuil, al Musée de la Chasse, al Musée de l'Armée, al parque Buttes Chaumont. Era especialista en excursiones interesantes y gratuitas. La llevó a las librerías de viejo y a los mercados, y a una conferencia del famoso Duplessis, profesor de la Sorbona. Esto fue lo más impresionante, porque el anfiteatro estaba a rebosar —tuvieron que sentarse en primera fila—, la exposición fue magnífica y el aplauso de los alumnos, atronador. Ruth recordó, con una profunda punzada de emoción, la belleza que a veces tenía la vida académica. Hugh también la acompañó un día a su habitación de la rue des Marronniers y empezó a hacerle el amor. Ruth estaba tan atónita que se olvidó de todas las objeciones rutinarias.

—Pero ¿por qué? —preguntó.

—¿Por qué no? —dijo él, encogiéndose de hombros.

Era indudable que su aspecto había mejorado. Engordó un poco, se cepillaba el pelo y aprendió el difícil arte parisino de ir siempre de punta en blanco, a pesar de que solo tenía un grifo de agua fría y una iluminación que no la ayudaba en nada. Sus tacones resonaban ahora con autoridad cuando cruzaba el pasillo y había perdido el miedo a tener el tiempo en sus manos. Se estaba gastando el dinero muy deprisa, porque no podía negarse a prestarle algo a Hugh de vez en cuando. Su trabajo también avanzaba muy deprisa, y, si seguía al mismo ritmo, tendría dinero suficiente para cumplir su objetivo.

Era consciente de que Hugh era un aventurero. Había conocido en los libros personajes como él, pero al menos no lo ocultaba. Hugh lo hacía casi todo por dinero o por placer; y si era posible combinar las dos cosas, nunca lo evitaba. Su mujer ganaba lo suficiente para pagar las facturas semanales, era comprensiva y lo veía como un cómplice agradable y divertido. Recibía muchas invitaciones y muchos viajes gratis, por su trabajo en la agencia, y era partidaria de aprovechar las oportunidades cuando se presentaban, incluso de tomarlas por la fuerza en caso necesario. Si Hugh podía comer gratis, ella no le reprochaba el tiempo que pasaba con Ruth, a quien tenía por una chica agradable aunque aburrida.

Ruth, que se daba cuenta de todo por instinto, empezó a ver el mundo desde el prisma oportunista de Balzac. Su intuición mejoró. Comprendió que las historias moralistas se equivocaban mayoritariamente, que incluso Charles Dickens se equivocaba, y que el mundo no se conquista con la virtud. La vida eterna, tal vez, pero ¿eso quién lo sabe? El mundo, no. Si el código moral que había aprendido a través de la literatura y que ahora empezaba a reinterpretar fuese cierto, tendría que

haber florecido con su abrigo tan poco favorecedor, su laboriosa soledad, sus notas, su trayecto diario en autobús y sus saludables paseos solitarios. Sin embargo, ahí estaba: en realidad no tenía tan mal aspecto, se había gastado más de la mitad del dinero, comía y bebía mejor que nunca y se escaqueaba de la biblioteca para pasar el tiempo con el marido de otra mujer. Rhoda Wilcox la miraba con más descaro ahora, cuando se encontraban en la cocina. Su abuela no habría sabido qué decir de ella.

Tenía mucho que pensar. Eso era lo mejor de contravenir las normas. Eso nunca te lo cuentan. La cuestión ya no era si debería o no debería hacer tal o cual cosa, sino si quería o no. A pesar de todo, se daba cuenta de que algo no encajaba. Habría preferido quedarse con los libros a tener la razón. El esfuerzo paciente por la virtud, la larga prueba, el éxtasis de la recompensa merecida, esas cosas ya nunca estarían a su alcance. Se había desviado del único camino conocido y había dejado de entender cómo era el mundo antes de la caída. Porque era incuestionable que se había producido una caída. Le bastaba con ver lo radiante que se sentía. Y el egoísmo, la codicia, la mala fe y la extravagancia fueron los factores de su transformación en aquella apariencia de mujer atractiva y segura, las causas del milagro que la obligó a crecer y a moverse por el mundo con desenvoltura. Parecía que ahora gustaba más a la gente. El portero la saludaba desde su garita, por la noche y por la mañana. De verdad tenía mucho que pensar.

Estaban a finales de noviembre y seguía sin llover. Fue andando hasta la biblioteca envuelta en una neblina fría, pasó por delante de la Iglesia Americana para contemplar la explanada de Los Inválidos bañada por esa luz tan peculiar. Los pasos resonaban con un ruido sordo, las voces parecían enigmáticas. Un autobús pasó a toda velocidad, como impulsado por unas ruedas casi silenciosas. «Jean Nicot», anunció el conductor lúgubrementemente. Ruth, cabizbaja, pensó en las Navidades, unas fiestas que en casa de los Weiss siempre se celebraban de mal humor. Los últimos años, George compraba una cesta en Harrods y un pavo asado pequeño. Por lo visto, nunca había nada sencillo para comer. En los tiempos de la señora Weiss, la casa se llenaba de olor a lombarda y a ganso asado, aunque ella oficialmente no celebraba las Navidades. Helen se ponía religiosa y sentimental, cogía el rosario de su difunta madre y decía: «Tendríamos que haber ido a misa». Nunca iban, porque George no estaba seguro de su posición y no quería ofender a su madre mientras siguiera con vida. A raíz de la muerte de la señora Weiss, era la señora Cutler la que se proclamaba partidaria de decir sus oraciones en campo abierto no como esa chusma de santurrones que se veían al final de la calle. Helen, con las manos pringadas de albaricoques confitados, le daba la razón. George se pasaba la mayor parte del día delante del televisor. Ruth se quedaba leyendo en su cuarto o salía a dar un paseo.

Ahora que tenía un conocimiento más profundo de los placeres de la vida, no se veía capaz de volver a casa para pasar otras Navidades así. Pensó en llamar por teléfono y decir que se marchaba de viaje, pues en realidad tenía intención de irse en enero y no quería interrumpir su trabajo. Se quedaría en París e invitaría, cómo no, a

Hugh y Jill a una comida espléndida, e incluso saldría a pasear tranquilamente sola. Eso le encantaba.

Tenía otra razón para quedarse en París. Anthea, que ya se había casado con Brian, iba a pasar por allí en su luna de miel, y, aunque Ruth podía verla más tarde en Londres, pensó que le gustaría sorprenderla en París, y quizá presentarle a Hugh y Jill. Veía muchas opciones a su alcance y no le apetecía renunciar a ninguna, ni siquiera a la semana que podía pasar en Londres, bañándose cuando quisiera sin que nadie la mirase.

Y después de las fiestas, de las celebraciones, le rendiría tributo a Balzac. En el silencioso mes de enero, tenía la intención de hacer un viaje por el oeste y el sur de Francia, visitar Angers, Angoulême, Sancerre y Alençon, los escenarios de algunas novelas de Balzac ambientadas en provincias y un territorio que quizá pudiera revelarles secretos ocultos. No dudaba de que todo aquello había cambiado y lo que iba a encontrar serían lugares prósperos, animados y emancipados, pero tenía la intuición, puede que acertada, de que en el mes más íntimo y tranquilo del año esas pequeñas ciudades tal vez recuperasen su antigua complejidad inocente y pudieran enseñarle los entresijos de la vida provinciana en los primeros años del siglo XIX. Se alojaría en hoteles muy pequeños, comería todos los días en los mismos restaurantes; educaría la vista y el oído y quizá lograra leer los textos de otra manera, con otra perspectiva.

Llegó a la Bibliothèque Nationale más tarde de costumbre, con las mejillas coloradas por el largo paseo. El bedel, tan huraño como siempre, la saludó con una sonrisa desganada, y lo mismo hizo el hombre que se había sentado en el puesto numerado siguiente al suyo. Había en su aspecto, en su figura corpulenta, en su aire de estoicismo paciente, algo que despertó un vago recuerdo en Ruth. Pero fue en el momento en que lo vio prepararse para salir a comer, cuando se puso el sombrero, con el ala levantada alrededor, cuando cayó en la cuenta de quién era: el profesor Duplessis. Regresó al cabo de una hora, cuando ella se estaba levantando a su vez para ir a comer, y la saludó quitándose el sombrero. Era un día desordenado. Cuando volvió a su asiento, a las dos y media, vio que el profesor Duplessis había cogido su ejemplar de *La Muse du Département* y parecía enfrascado en la lectura.

—¿En qué está trabajando? —le preguntó a Ruth con un susurro.

—Vicio y virtud en Balzac —susurró también ella.

El profesor asintió.

—Hay de esas dos cosas a montones. Cuando era mucho más joven, también escribí algo sobre Balzac.

—Lo sé —susurró Ruth, con más entusiasmo—. Lo tengo.

Un hombre con boina, bufanda y rodeado por miles de fichas los miró con mala cara. La biblioteca se preparaba para pasar la tarde.

—Me gustó mucho su conferencia de la semana pasada —dijo Ruth, en voz casi normal—. No sabía si atreverme a pedir cita con usted.

—¡Silencio! —protestó el hombre de las fichas.

—¿A qué hora terminas? —preguntó el profesor Duplessis—. Hoy tengo que salir a las cinco en punto. ¿Tienes un momento para tomar un café?

—Me encantaría —dijo Ruth, con una sonrisa de placer.

Y cuando dieron las cinco, cruzaron una mirada y dejaron la biblioteca. Abrieron las carteras para que las examinaran en la salida y se lanzaron a la niebla blanca y fría que desdibujaba las farolas en la rue de Richelieu. Fueron a un café y charlaron. Ruth era consciente de que él había dicho que tenía que irse a las cinco en punto, pero parecía que lo había olvidado. Ningún hombre le había hecho nunca tantas preguntas. ¿Dónde vivía? ¿Tenía padres? ¿Cuánto tiempo pensaba quedarse en París? ¿Por dónde pensaba volver a casa? ¿Siempre iba andando?

—Esta noche creo que no —dijo Ruth, dándose cuenta de que había vuelto a perderse el baño.

—Entonces, déjame que te lleve —propuso el profesor Duplessis.

Se vieron al día siguiente, y al siguiente. Después llegó el fin de semana y Ruth tuvo tiempo para pensar en él. No se puede pensar en un hombre cuando se lo tiene delante. Es su ausencia lo que alimenta el amor romántico.

El profesor Duplessis no era su ideal de amante romántico. Tenía alrededor de cincuenta años, un aire tranquilo y algunos kilos de más. Era atento, paciente y amable; le encantaba la información y se la tomaba muy en serio. Se acordaba de todo lo que Ruth le contaba y asentía con la cabeza. Nunca le haría daño, de eso estaba segura. Casi confiaba en él; de eso también estaba segura. No era un ser ni fascinante ni retador. Ruth no se despertaba por la mañana pensando cómo complacerlo. En los días que siguieron, solo se percató de que se habría sentido desprotegida sin la presencia neutra y levemente resignada de Duplessis, que no podría volver a casa sin que él la llevara del brazo hasta el café iluminado con luces de neón. Él le seguía haciendo preguntas. ¿Llevaba Ruth una dieta equilibrada? ¿Se cuidaba bien? ¿No sería mejor que viviera en un hotel? Él vivía en la rue de la Pompe, cerca de La Murette, y por eso muchas veces la acompañaba a casa. Ruth paseaba menos y veía menos a Hugh. Sabía que el profesor Duplessis era capaz de quererla, que ella aún tenía salvación.

Una mañana que llovía a cántaros y Ruth salió corriendo del portal de la rue des Marronniers, cubriéndose aprensivamente con las manos el pelo recién peinado, el profesor la estaba esperando en el coche, delante de la puerta. Otra vez apareció en la *brasserie* donde Ruth estaba cenando, le dijo que se lo comiera todo y después la llevó en coche al Bois de Boulogne. Tomaron café y *brandy* en un hotel lujoso y discreto, con la chimenea encendida y un perro enorme tumbado delante. En otra ocasión la llevó a comer a la plaza de la Sorbona. Cruzaron al trote un mar de adoquines para llegar al restaurante, donde el camarero besó la mano de Ruth. No

había más comensales. Probó la langosta por primera vez, un plato prohibido en la familia de su padre. Otro día, cuando ocupó su asiento en la biblioteca, encontró encima de sus papeles un ramo de violetas de Parma, con las hojas todavía húmedas, rociadas por una florista de la Place de l'Opéra. Las conservó diez días.

El profesor Duplessis estaba casado, naturalmente. Su mujer se llamaba Noémi y tenía dos hijas mayores. Él se lo había contado y, de mutuo acuerdo, nunca volvieron a hablar del tema.

—¿Qué puedo darte yo, con la de cosas que tú me das? —le preguntó Ruth.

—Primero aprende a recibir —contestó él. Y siguió dando.

Estaba saliendo del cuarto de baño cuando Rhoda le dijo:

—Ah, por cierto, ha llamado una amiga tuya. Althea. Ha dicho que la llames al Hôtel Madison. Lo he anotado. Pero ahora no, por favor. No quiero molestar a Humphrey. Esta hora de antes de la cena es muy importante para él.

Humphrey, pluma en mano, estaba montando guardia al lado del teléfono, sin perder de vista las piernas desnudas de Ruth.

¡Anthea! Su querida amiga había llegado. Ruth se vistió, se alisó el pelo y salió corriendo al café más cercano, al teléfono más próximo. Sí, Anthea estaba libre. Ruth iría enseguida. Tenían muchas ganas de verse.

Pero a las dos les sorprendió el aspecto de la otra. Anthea había engordado y parecía descuidada e informal en el selecto ambiente parisino. Ruth, se fijó Anthea, se había vuelto casi humana. No se le ocurrió ninguna recomendación que hacerle. La frase «¿Por qué no?» murió en sus labios.

Tenían un montón de cosas que contarse. Ruth describió una vez más las peculiaridades de su alojamiento, dijo que no tenía intención de quedarse allí, que la habitación era infame, que no estaba demasiado lejos. Anthea le lanzó una mirada fulminante.

—Ya lo veré con mis propios ojos —dijo—. Iremos contigo después de cenar.

—La cena —dijo Ruth, con mucha más autoridad de la que había exhibido nunca delante de Anthea— corre de mi cuenta.

—Muy bien —dijo Anthea, sin inmutarse. Un torrente de agua en el cuarto de baño indicó la inminente aparición de Brian.

—¿Eres feliz? —preguntó Ruth sin rodeos.

Anthea dudó apenas una fracción de segundo.

—Claro que sí. Siempre nos hemos llevado bien. Y Brian tiene futuro. Además, me he acostumbrado a él.

Miró a Ruth, intentando relacionar a su protegida de los últimos años con aquella mujer elegante y segura, con gabardina, un flequillo precioso y los ojos normalmente angustiados por fin serenos.

—¿Y tú? —Hablaban en voz baja—. Hay un hombre, ¿verdad?

Ruth asintió.

—Ya era hora —dijo Anthea con aspereza—. Y bien —añadió, más por formalismo que por otra cosa—, ¿ha temblado la tierra?

Ruth ni siquiera se puso colorada, como le habría ocurrido en el pasado.

—Pues sí —contestó Ruth—. Ha temblado.

Anthea agrandó los ojos.

—Por favor te lo pido, Ruth, no metas la pata. No te entregues a la primera de cambio. Juega un poco con él. Hazle dudar. Falta a una cita de vez en cuando. ¿Cómo crees que he conquistado a Brian al cabo de los años?

Ruth la miró con tristeza.

—Entonces, ¿todo es un juego? —preguntó.

Anthea también la miró con tristeza.

—Solo si ganas —fue su respuesta—. Si pierdes es mucho más grave.

George notó con fastidio que se estaba quedando sordo de un oído. Fue al médico, pensando que le sacarían un tapón de cera, pero se encontró con una amabilidad cómplice que no le hizo ninguna gracia.

—No hay nada que hacer —dijo el doctor Maxwell—. Es el precio de los años. —Nunca hablaba de la vejez y siempre fingía tener la misma edad que el paciente al que estuviera tratando.

George se ofendió de todos modos. ¿El precio de los años? No era viejo ni mucho menos, solo tenía dos años más que hacía dos años. Todas las tardes, de cinco a seis y media, se tomaba su reposo en el apartamento de Sally, en el que le gustaba pensar como propio. «Vamos a casa», decía. Ella preparaba algo de comer y le obligaba a descansar, como si hubiera hecho un esfuerzo inmenso. Dejaban el negocio cada vez más en manos del hijo de la hermana de la señora Jacobs, Roddy, que estaba esperando la confirmación de un puesto de trabajo en Sotheby's y que, de no ser por su tía, estaría de dependiente en Harrods. Era un acuerdo bueno para ambas partes.

George redescubrió en Bayswater los placeres de su juventud. La señora Jacobs lo trataba igual que su madre. «Pareces cansado —le decía—. Trabajas demasiado». El albornoz de George estaba colgado al lado del suyo, y distintas lociones y polvos de higiene masculina ocupaban un puesto de honor en el cuarto de baño hasta entonces immaculado. Por todas partes se veían rastros de su presencia, real o prevista. Harto de las quejas de la señora Jacobs, George instaló en la mesilla de noche una máquina para preparar el té por las mañanas. Ella solo la utilizó una vez, porque el vapor salió por un lado y estropeó el volante de su colcha de raso. Tuvieron que mover algunos muebles en el cuarto de estar, por el tamaño de los altavoces del tocadiscos. La lámpara de rayos ultravioletas estaba en la habitación libre y la parrilla portátil en la cocina. Sally protestó cuando le vio enchufarla, aunque hasta entonces apenas se había limitado a apretar las comisuras de los labios con fastidio cuando él aparecía con otros chismes. George no se había dado cuenta. «Soy yo quien cocina todo lo que se come aquí —dijo Sally—. Puedes devolverlo y que te den un vale». Pero por alguna razón George nunca se decidía a devolverlo.

Los placeres de su juventud. Un poco de pescado ahumado de aperitivo. Carne fría en lonchas, con rábanos picantes. Pepinos con nata agria. Y tarta de queso, que preparaba la propia Sally y era tan jugosa que tenía que tomarla con cuchara. Y mientras él comía, ella se sentaba a la mesa y lo observaba con aire severo y la cabeza apoyada en la mano, para cerciorarse de que no dejaba ni un bocado en el plato.

Le encantaba tener de nuevo a un hombre al que alimentar. El desbarajuste del apartamento, la intromisión de aquellos aparatos que ella nunca utilizaba, parecían un precio insignificante en comparación con el placer de ver a George todas las tardes.

Cuando llegaba la hora de despedirse, le cepillaba el cuello y lloriqueaba un poco. No es que quisiera más contacto físico, pero no soportaba irse a la cama sin consuelo.

—¿Podrías llamarme al menos, para darme las buenas noches? —sollozaba mientras George se disponía a regresar a su vida real en Oakwood Court, donde tenía que lavar los platos y preparar el siguiente aperitivo de la tarde.

—Bueno, cariño, no es fácil. Intentaré llevarme el teléfono a otra habitación, pero sería terrible que Helen sospechara algo.

Y la señora Jacobs sollozaba aún más.

—Si me quisieras de verdad lo intentarías —murmuraba.

Y así, todas las noches, con la argucia de enviar a la señora Cutler con un vaso de leche caliente para Helen, que ella nunca se tomaba, subía el volumen de la televisión y llamaba a la señora Jacobs para darle las buenas noches.

—¿Dónde estabas hace un momento? —le preguntó un día Helen.

—Llamando a la señora Jacobs, por un encargo —dijo George, con toda sinceridad.

—Esa mujer parece incapaz de dar un paso sola —dijo Helen, mientras volcaba el frasco para tomarse sus pastillas.

—Hemos visto que todo funciona mejor si la llamo por las noches para recordarle las tareas del día siguiente —dijo George, casi asustado de su osadía.

—Es tonta de remate —suspiró Helen, cerrando los párpados pintados de azul claro—. Debe de estar perdiendo dinero a espuestas. —Y abrió los ojos de golpe—. Asegúrate de que te paga lo que te debe —le advirtió. Se había puesto muy seria.

George estaba encantado. Con el truco de empezar la conversación muy convencido y bajar luego la voz poco a poco, había encontrado el modo de decirle casi la verdad a Helen y complacer a Sally al mismo tiempo. Le gustaba imaginarse a Sally sentada en la cama, con su camisón caro, su almohadita especial debajo del cuello, sus cortinas de raso (de quinientas libras, según le había dicho, ¡y había tenido que devolverlas dos veces!) cerradas a cal y canto. La realidad lo esperaba en la puerta de al lado, donde Helen se preparaba para dormir sacudiéndose las migas de la rebeca, quitándose la visera vaquera y lanzándola a un rincón, y dejando el libro boca abajo, de un golpetazo que rasgó el lomo, en la mesilla abarrotada de cosas. Cuando se acostaba, al lado de Helen, George reflexionaba sobre la honestidad de su comportamiento. No había cometido ningún pecado, ningún «acto». Seguía siendo un marido fiel, ¿no? Sally lo quería. Y él comía mucho mejor que en los últimos años.

Por eso, cuando el doctor Maxwell le dijo que ya tenía unos añitos, se llevó una sorpresa muy desagradable.

—Es mi mujer la que de verdad necesita una revisión —protestó—. Últimamente apenas sale de la cama. Y nunca sale de casa.

Tenía un motivo para querer que Helen recuperase el ánimo, aparte de la desazón que le causaban sus piernas y sus brazos como palos. Si Helen se levantaba de la cama y, por un milagro, volvía a tomar las riendas de su vida, podría deshacerse de la

señora Cutler y encontrar algo más parecido a una criada. Y George tenía esa idea porque sospechaba que la señora Cutler había descubierto lo que estaba pasando. La inocencia técnica no le serviría de nada frente a la condena de aquella mujer. Además, se empeñaría en contárselo a Helen, y Helen empezaría a montar escenas y a tomar más pastillas para dormir, simplemente porque la señora Cutler le había dado pie. No podía permitirlo.

El doctor Maxwell parecía preocupado.

—Eso es mucho más grave, sin duda. Pronto empezará a tener problemas de circulación. ¿Está bien mentalmente?

George se encogió de hombros. ¿Había estado Helen mentalmente bien alguna vez? Siempre había sido mitómana, siempre había estado fascinada por su propia leyenda, que le contaba a todo el mundo. Había perdido la cuenta de los años que se había pasado sin hacer otra cosa que escucharla. Aunque ahora no podía dejarla de ninguna manera. Estaba incómodo. Se arrepintió de haber ido al médico, si solo le servía para salir de allí aún más deprimido por todo: su oído, la circulación de Helen, la soledad de Sally, que él no se tomaba demasiado en serio. La vigilancia de la señora Cutler. Hizo un esfuerzo para concentrarse en la pregunta del doctor Maxwell. ¿La mente de Helen?

—Sí, está bien —contestó—. Se pasa la mayor parte del día leyendo. La asistenta se encarga de que coma algo. No mucho, la verdad. Aperitivos. ¿Podría ponerle una inyección de vitaminas o algo así?

De repente parecía desesperado, y lo estaba.

—Pero —añadió— si esta situación se prolonga, tendré que llamar a mi hija.

Hubiera preferido no pensar en eso. Aunque, bien mirado, sería la solución.

El estado de ánimo de Helen era muy raro: tan pronto parecía una inválida como se ponía autoritaria. Tenía la sensación de que se estaba reservando para un regreso triunfal, de que alguien iba a descubrirla en su escondite y ofrecerle el gran papel de su vida. También tenía la vaga conciencia de que había perdido las fuerzas irreversiblemente, aunque no alcanzaba a entender cómo. Casi se alegraba de su declive, de pasarse los días en camisón, como una andrajosa. «El reposo me sienta bien», insistía, aunque no entendía por qué estaba tan cansada. Seguía siendo lista, seguía siendo guapa, aunque ahora tenía el pelo largo y descuidado. Había cambiado, en el sentido de que exigía que los demás la entretuviesen, en lugar de dominar la conversación con anécdotas de su fama pasada o algún incidente divertidísimo que había ocurrido mientras estaban de gira. Leía una novela al día, prefería las que ya había leído, y dos veces a la semana la señora Cutler tenía que acercarse a la biblioteca municipal, con el carrito de la compra, y llevarle seis libros casi idénticos. Todos trataban de muchachas del siglo XIX que eran institutrices y se enamoraban locamente del hijo tarambana, de la oveja negra de la familia. Helen, con sus ojos

azules y soñadores hundidos en aquellas cuencas enormes, murmuraba: «Nunca se acuestan con ellos. No sé si yo me equivoqué en eso». La señora Cutler no decía nada. Le repugnaba que Helen siguiera pensando en el sexo. Ella ya lo había superado.

Sin embargo, en realidad fue la señora Cutler quien volvió a sacar el tema a colación. Resultó que había tenido un éxito inesperado en la agencia matrimonial de Hazel Kilpatrick, con sede en un despacho pequeño de un primer piso de Kensington High Street. La propia Hazel Kilpatrick, trabajadora social retirada, se tomó la solicitud de la señora Cutler mucho más en serio que ella. Después de desembolsar diez libras con mucho pesar, decidió dejarlo todo en sus manos. De momento, cinco candidatos habían respondido al anuncio. Helen hacía el esfuerzo de dar unos pasos hasta la puerta todas las mañanas para recoger el correo, lo abría y lo desplegaba sobre la cama.

—Me gusta lo que escribe este —le decía a la resignada señora Cutler, que ahora, además de teñirse de castaño claro, tenía que teñir también a Helen—. Recién jubilado —leyó—. Eso significa que se acerca a los setenta. Es perfecto para ti, Maggie. —A la señora Cutler, setenta años le parecían demasiados. Helen, a quien, cuando se paraba a pensarlo, la mayoría de los hombres le parecían demasiado viejos, le reprochaba—: No te hagas ilusiones con esas cosas. Ya no estás en edad de revolcarte en un pajar. —La señora Cutler parpadeaba. George, que había asomado la cabeza por la puerta para decir adiós, también parpadeaba. Los comentarios de Helen empezaban a ser groseros. A veces decía cosas desagradables sobre los hábitos económicos de los judíos. George lo encontraba de muy mal gusto y se lo señaló. Habían pasado varias tardes tensas, y el exceso de *whisky* no hacía más que empeorarlo todo. La señora Cutler, que se levantaba al día siguiente con la cabeza como un bombo, se prometió a sí misma que las cosas no podían seguir así. Tenía que casarse como fuera. George, que las veía a las dos igual de mal, confiaba en que aprendiesen la lección, y se iba virtuosamente a Mount Street, donde jamás se hablaba de los judíos y jamás se consumía alcohol.

Era cierto que las cosas no podían seguir así. La señora Cutler recuperó las cartas de Leslie Arthur Dunlop, recién jubilado, de la cama de Helen, y le escribió en secreto para acordar una cita en la cafetería mexicana. Resultó ser un hombre alegre y mayor, muy arreglado y evidentemente muy solo. Tenía el pelo lacio, fino y salpimentado de canas, y llevaba una americana con una insignia en el bolsillo, que la señora Cutler supuso que sería la de su regimiento. Venía de Folkestone, donde tenía un bungalow, con intención de pasar el día en Londres. La cafetería mexicana le pareció muy de su gusto. La señora Cutler llevaba su abrigo y su falda de color verde jade, una blusa de seda sustraída del armario de Helen, unos zapatos de salón abiertos en los talones que al cabo de una hora se convertían en un suplicio y sus pendientes de perlas. Se cuidó de no fumar demasiado ni hablar demasiado hasta que vio que Leslie Arthur Dunlop se disponía a encender su pipa. Propuso con cierta timidez que

fueran al Black Lion, en la puerta de al lado. El señor Dunlop se animó al instante. Él pidió una pinta de cerveza y ella un vodka con lima. Aquel hombre le recordaba a George, por su buen carácter, pero se reservó su opinión. Después del *pub* la llevó a un restaurante chino, que no les gustó a ninguno de los dos.

—Ya verás cuando pruebes mi comida —tuvo la imprudencia de decir la señora Cutler—. Está para chuparse los dedos.

Y el señor Dunlop se animó aún más.

—Mi mujer no era una gran cocinera —recordó—, pero tenía la casa hecha un primor.

—Yo también —dijo la señora Cutler.

—Me parece a mí que esa agencia no está haciendo bien su trabajo —dijo Helen, decepcionada al ver que no llegaban más cartas—. Pensarán que eres demasiado mayor.

La señora Cutler, que había quedado en verse de nuevo con el señor Dunlop su siguiente tarde libre —irían a la primera función del Palladium—, no contestó. Que creyeran lo que quisieran. Lo que ella hiciera era cosa suya. Se había dado su tono castaño claro y se había pintado las uñas: las extendió, con los dedos muy tiesos, mientras se secaban. Luego, exagerando su disgusto, se llevó la botella de *whisky* de donde estaba siempre, en la mesilla de Helen, y preparó carne picada con puré de patatas.

—Te vas a comer esto, te guste o no —gritó desde la cocina—. Te has quedado hecha un palillo. —Estaba algo preocupada por Helen, que últimamente parecía regodearse en su inutilidad. Conseguía llegar hasta el baño dando tumbos, pero no era capaz de bañarse sola. A la señora Cutler, que se sentía llamada a filas, no le gustaba nada esa columna vertebral blanca y huesuda, encorvada como la de una anciana, y tampoco le gustaban los brazos sin carne y los pies delgados y ociosos. Recuperando inconscientemente un gesto de otros tiempos, Helen se cubrió con la toalla el pecho casi desaparecido y salió de la bañera con torpeza. Seguía teniendo unos buenos hombros y la cara bonita, pero estaba tan pálida y arrugada hasta que se ponía el maquillaje que parecía una vieja guapa.

La señora Cutler, que en un principio entabló relación con Leslie Arthur Dunlop con el pretexto de marcharse de Oakwood Court, le tomó una simpatía más razonada cuando él empezó a llamarla Margaret. Ella, a su vez, le llamaba Leslie, aunque él dijo que siempre le habían llamado Les. Así le había llamado siempre su primera mujer. «Pues yo no», contestó la señora Cutler. Y hubo un momento de silencio mientras cada cual digería esta conversación. ¿Se habían comprometido? Se miraron a los ojos. Parecía que sí.

—Podemos vivir de tu pensión —dijo la señora Cutler, con las mejillas muy rojas, de colorete y de la emoción—. Tendremos que buscar un trabajo donde nos den

alojamiento, y así podremos alquilar el bungalow. ¿Qué te parece una residencia de ancianos? Allí se puede ahorrar el sueldo entero.

—Bueno, bueno —protestó Leslie, defendiéndose con su pipa, como en broma. En esta ocasión no iba tan arreglado como la primera vez—. ¿Qué pasa con esa comida casera de la que tanto me has hablado?

—Hay tiempo de sobra para eso —dijo la señora Cutler (Margaret, como ahora se veía a sí misma)—. Lo primero es lo primero. —Se imaginó con un conjunto brillante, de camiseta y pantalón, que había comprado en las rebajas, derrochando todo su encanto con algún vejete entrañable mientras su marido trabajaba alegremente en los alrededores. «Mi marido se encargará de eso —le diría—. Eso tendrá que hablarlo con mi marido». Serían la pareja perfecta. Al fin y al cabo, si podía cuidar de Helen, también podía cuidar de unos cuantos más. Y allí también había enfermeras, ¿no? Mandó a Leslie de regreso a Folkestone con órdenes de indagar en todas las residencias posibles de la costa. Luego volvió un momento al Black Lion y se tomó dos ginebras para tranquilizarse después de una tarde tan llena de emociones.

—¿Te das cuenta —le dijo George a la señora Jacobs— de que si tú no me alimentaras no comería nunca?

Estaban limpiando juntos la cocina inmaculada, después de escuchar el obligatorio vals vienés en el tocadiscos. La señora Jacobs negó con la cabeza tristemente. George había engordado mucho. La señora Jacobs, al contrario, estaba más delgada y menos feliz que antes. George la acaparaba todas las tardes y había tenido que dejar su partida de *bridge* con las amigas. Le encantaba cocinar para él — incluso le había hecho medio kilo de galletas de coco para que las llevara en el coche —, pero se sentía un poco maltratada. Y él ni siquiera había dado una muestra de pesar por haberle estropeado la colcha. Y su sobrino, Roddy, empezaba a insinuarle que debería hacerle socio del negocio, puesto que era él quien se ocupaba de la mayor parte del trabajo. Entre unas cosas y otras, la señora Jacobs pensaba que George tenía que casarse con ella. Esta era la conclusión a la que había llegado esa madrugada. Cuando estuvieran casados, ella podría salir de nuevo. Estaba pensando en hacer un crucero cuando George soltó aquel comentario insignificante sobre su falta de alimento.

Pasaron a la sala de estar con un té con limón. La señora Jacobs se dio crema en las manos y volvió a ponerse las sortijas. George miró el reloj, eructó con disimulo y pensó que no le importaría irse a la cama. Llevar una doble vida estaba resultando agotador. Le tendió la mano a la señora Jacobs con una sonrisa encantadora e impulsiva. No se daba cuenta de que ese era el mismo gesto que tenía con Helen cuando se agotaban el sexo o la conversación. La señora Jacobs le cogió la mano y también sonrió. De no ser por esos momentos no podría soportar la idea de que George siguiera viviendo con su mujer, una idea que acentuaba su soledad. A veces le instaba a pasar más tiempo en Bayswater, a dar un paseo los domingos por la mañana y a quedarse a comer temprano, pero él se negaba. Al menos había conseguido que la llamase todas las noches. Esa llamada era imprescindible. Sin ella, no se veía capaz de afrontar las pesadillas que la atormentaban y el espacio innecesariamente vacío en aquella cama tan grande.

Era hora de irse a casa. George suspiró, como de costumbre, se estiró los puños y abandonó el sillón favorito del marido de la señora Jacobs, mientras ella se levantaba como una acólita. Cuando él se marchara, Sally ahuecaría los almohadones, dejaría instrucciones a la asistenta en el bloc de notas de la cocina y se pondría la bata. Encendería la radio, la apagaría, se prepararía la última taza de té, se daría un baño, se metería en la cama y esperaría la llamada de George para darle las buenas noches. Alguna que otra vez, un fogonazo de sentido común le decía que estaría mejor con otro hombre, según le recordaba a menudo su hermana, porque la familia se había enterado de su relación a través de Roddy. Pero quería mucho a George y tenían

muchas cosas en común. Cuando por fin recibía su llamada, se sentía reconfortada, lloriqueaba y hacía todo lo posible por prolongar la conversación, aunque sabía que él estaba escondido en el cuarto de estar, con la oreja pegada al teléfono y la tele a todo volumen. A veces se ponía el teléfono en el oído malo y era imposible hablar con él. Pero siempre decía: «Buenas noches, cariño, que duermas bien», y ella se conformaba con eso. Mejor dicho, se conformaba hasta la próxima vez.

Pasó una noche atroz un día que no recibió su llamada. Llamó a la centralita, para comprobar que su teléfono funcionaba bien, y pensó en llamar a Oakwood Court, pero sabía que no debía. Al día siguiente, llegó a la tienda, pálida y temblorosa, y tuvo que mandar a Roddy a renovar su receta de tranquilizantes, a pesar de que George le había prohibido tomarlos. A él le gustaba llevar la voz cantante en pequeñas cosas, y a ella le gustaba que lo hiciera, aunque normalmente siempre tenía a mano provisiones de emergencia. A las once apareció George, no menos pálido, y se desmoronó en una silla, con la cabeza entre las manos. La señora Jacobs, asustada, le acercó una taza de té.

—Lo sabía —dijo por fin—. Sabía que acabaría ocurriendo.

—¿Quieres decir...? —preguntó la señora Jacobs, con la garganta seca—. ¿Quieres decir que Helen se ha enterado de lo nuestro?

George levantó la cabeza y la miró como si apenas recordara quién era.

—Quiero decir que mi puñetera asistenta se va de casa. Para casarse, nada menos. Con uno de Folkestone. ¡De Folkestone! —repitió, como si este último detalle fuera el colmo del insulto.

La señora Jacobs se quedó atónita.

—Pero ¡si no te caía bien! Siempre decías que no valía para nada.

George se tomó el té muy abatido.

—Eso ya es lo de menos —dijo—. Lleva un montón de años con nosotros. Es ella quien cuida de Helen. Se conoce todas sus manías. Nadie más podrá soportarla.

—¿Por qué no? —dijo la señora Jacobs, que solo sabía que Helen era encantadora, mimada, guapa, egoísta y perezosa; no sabía nada del pelo largo y sin peinar, del camisón manchado de café, de las uñas largas como cuernos por debajo del esmalte descascarillado. George intentó contárselo.

—Pero ¡si es muy joven! —exclamó con sorpresa la señora Jacobs—. Tienes que plantarte. Ni es mayor ni está incapacitada. Como no te andes con ojo te encontrarás cuidando de una inválida.

George, que llevaba varios meses haciendo exactamente eso —en realidad desde la vuelta de las vacaciones, pues esa fue la última vez que Helen salió de casa—, no dijo nada.

—Buscaré otra criada —dijo la señora Jacobs—. Pondré un anuncio en *Lady*. La entrevistaré personalmente. Lo único que te pido es que no cambie nuestra rutina. —Y rompió a llorar—. No puedo volver al médico, y si pasa eso no tendré más remedio.

George se frotó las manos, angustiado.

—No quiero que nada cambie, cariño. —Tenía visiones de sí mismo encadenado en casa, cocinando, limpiando y, lo peor de todo, escuchando a Helen todo el santo día.

—¿Qué me dices de tu hija? —preguntó la señora Jacobs—. Creo que esa es la solución, ¿no te parece?

A la señora Cutler le sorprendió darse cuenta de que no tenía ganas de decirle a Helen que se marchaba, así que se lo anunció primero a George. Su reacción fue de asombro total e indignación rotunda.

—¿Casarte? —repitió—. ¿Casarte?

—Cuando volvisteis de Brighton ya os dije que lo estaba pensando —contestó con la mirada baja, como las criadas de las novelas de Helen—. Justo antes de que Ruth se marchara.

—Pero no puedes decirlo en serio —protestó George—. No podemos prescindir de ti. Además, ya has estado casada. ¿Por qué quieres repetir? Si es por dinero... —añadió.

La señora Cutler recuperó la dignidad. Había ahorrado cien libras del dinero que le daban para los gastos de la casa y tuvo la prudencia de guardarlas en la Caja de Ahorros. La verdad era que últimamente no había nada que hacer en Oakwood Court; como nadie comía demasiado, ella compraba cada vez menos. No tenía sentido tirar el dinero por el desagüe.

—El señor Dunlop y yo tenemos más que suficiente —contestó—. Y encontraremos otro trabajo. Estoy dispuesta a quedarme hasta que todo se solucione. Mientras, id buscando a alguien. —Aunque no me imagino quién va aguantar a estos dos, pensó, de todos modos, es su problema.

Mientras George, con una vena latiéndole siniestramente en la frente, iba en el coche camino de Mount Street, la señora Cutler se preparó una taza de café instantáneo y se sentó a pensar. Tenía que darse el tinte, pero no le apetecía. Echó un vistazo a la cocina grande y no notó el olor del queso que llevaba demasiado tiempo olvidado, ni vio los chorretes de grasa a los pies de los fogones, ni el calendario, con una foto del *Carro de heno* de Constable, que seguía señalando el mes de febrero. Cambiar esto por un bungalow en Folkestone sería un chollo. Pero no viviremos allí, se recordó. Tendremos una casa propia en otra parte. No tendré que llevar uniforme ni nada de eso. Hasta podré arreglarme un poco. Me compraré un par de trajes de pantalón. Se acabaron las batas, gracias a Dios. Y Leslie será fácil de llevar. Una mujer no está bien sola, ni siquiera a mi edad. Margaret Dunlop, se dijo. Suená bonito.

Helen, completamente maquillada, aunque con el cuello un poco sucio, estaba leyendo. Había llegado a la parte en que la institutriz, loca de desesperación porque el

hijo menor, el tarambana, el inútil, iba a comprometerse con la hija del hidalgo vecino, sale corriendo a media noche y está a punto de ser descubierta sollozando en los páramos. Helen sabía lo que se avecinaba. El tarambana huye del baile y de sus luces relucientes, con sus rizos negros ondeando al viento, y encuentra a una criaturita desvalida y medio muerta de agotamiento. Cuando la coge en brazos comprende que es su verdadero amor. En la cubierta del libro se veía a la prometida abandonada, con su enorme crinolina, mirando angustiosamente por la ventana, y al fondo una pareja de baile y un candelabro. Helen ya había leído esa novela. De hecho, hacía solo un mes, pero la señora Cutler tenía otras cosas en la cabeza y no se había entretenido demasiado en la biblioteca.

Cuando la señora Cutler, desafiante y descarada, entró en el dormitorio y empezó a limpiar el polvo de los bordes de los muebles, por hacer algo, Helen suspiró sin darse cuenta. Justo en ese momento, la puerta del salón de baile se abría a la noche de tormenta. ¿Por qué nadie había hecho nunca algo así por ella? Bueno, siendo sincera, la verdad es que nadie había tenido que hacerlo. Pero ¡si al menos lo hubieran «intentado»! ¡Si al menos se hubieran «ofrecido»! ¡Si al menos hubieran hecho un «mínimo esfuerzo»! ¡Dios mío, estoy aburrida!, pensó. ¡Si al menos tuviera un motivo para salir de la cama! Y así tal cual se lo dijo a la señora Cutler, que resopló sin la menor compasión.

—Esas cosas no pasan en la vida real —respondió, pensando en la pipa de Leslie, en su chaqueta y en su equipo de dardos—. A estas alturas ya deberías saberlo.

Estaba enfadada con Helen porque en cierto modo la comprendía. Pero ya no podía dar marcha atrás. Era demasiado tarde para cambiar de idea.

—Por cierto —dijo, sin mirar a Helen—. Tendrás que buscar a otra para que se ocupe de la casa. Voy a casarme. —Y restregó el tocador con furia. Se sentía incomprensiblemente infeliz.

Helen levantó la cabeza del libro, hizo una pausa de cinco segundos y se llevó el dorso de la mano a la frente.

—No es verdad —contestó por fin—. La agencia no ha podido encontrarte una pareja idónea. Al menos eso fue lo que me dijiste.

Apartó el libro, como si ya no le sirviera de nada. La realidad acababa de asaltarla con toda su fuerza vengadora. Siempre tenía la misma sensación cuando salía al escenario. Y ahora nunca salía... Sintió un incómodo latido del corazón y el escozor de las lágrimas en los ojos.

—Lo conocí en la biblioteca —dijo la señora Cutler, con la esperanza de apaciguarla. Helen parecía tan aterrada que le entraron remordimientos. Pobre idiota, pensó. Ahora no tendrá con quién hablar—. Va a jubilarse pronto y se marcha a Folkestone —continuó—. Me ha pedido que vaya con él.

—¿Me estás diciendo la verdad? —preguntó Helen, y su voz recuperó su antigua resonancia—. ¿Cómo se llama?

—Arthur Godwin —contestó rápidamente la señora Cutler. No entendía por qué

había dicho nada. Con una mano temblorosa, Helen encendió un cigarrillo con la colilla del anterior y se acarició el pelo con los dedos mugrientos. Un olor fuerte, a sábanas sin airear, inundó la habitación. La señora Cutler sintió un asco incontenible y corrió a abrir la ventana.

Después de sopesar la situación unos momentos, Helen decidió comportarse con dignidad.

—Ya eres mayorcita para saber lo que haces —dijo—, aunque te juro que no creo que vaya a salir bien. ¡Pensar que una mujer de tu edad...! Pero quizá sea mejor así. —Estaba indignada con la señora Cutler, a pesar de que hacía solo media hora le había tendido una mano con uno de sus aparatosos gestos de otros tiempos—. ¿Cuándo te vas? —preguntó con indiferencia.

La señora Cutler interpretó que la estaban despidiendo, cuando era ella quien había ido a comunicar que se marchaba. Se puso furiosa al notar que le picaban los ojos. Esa mañana era la «querida Maggie», pensó, recalcando inútilmente estas palabras. ¡Con la de cosas que he hecho por ella! ¡Ya verá cuando le pida a la nueva que le corte las uñas de los pies o que le lave la espalda o que le tiña el pelo! ¿Y qué está haciendo él? ¿Dónde se mete todo el día? ¿Por qué no quiere cenar ninguna noche? Aquí están pasando muchas cosas, y yo debería intervenir. Pero estoy por encima de eso. No pienso ponerme a su nivel. Sacudió un almohadón con una violencia innecesaria y optó por retirarse.

—Hoy no hace falta que hagas la comida —dijo Helen con aire ausente—. Pero este libro no me interesa. A ver si puedes pasar esta tarde por la biblioteca. A lo mejor el señor Godwin tiene la amabilidad de ayudarte a encontrar algo para mí.

La señora Cutler no entendió lo que decía, hasta que se acordó de que había mentido instintivamente para proteger su futuro apellido de casada: Dunlop. Con una mujer como Helen nunca se sabía. Sin embargo, no recordaba si le había dicho a George el verdadero apellido de Leslie. En ese caso, cuando volviera por la noche se armaría una buena. Era evidente que Helen se estaba preparando para montar una escena, que había recuperado parte de su antigua expresión: esa vitalidad indomable que George llamaba «su gesto de Juana de Arco» y que ella le había visto poner muchas veces las primeras noches después de su llegada. Pero al ver que a Helen le seguían temblando las manos se resignó a perder este asalto.

—¿Te apetece una taza de té? —le ofreció—. No tardaré ni un minuto.

George y la señora Jacobs salieron a comer para celebrar la inminente solución de sus problemas. Cuando Ruth estuviera en casa, cuidando de su madre, la señora Jacobs no veía razón alguna para que George y ella no pudieran casarse. George estaba un poco nervioso. No tenía intención de llegar tan lejos. Prefería disponer de tiempo para jugar con esa posibilidad.

Se habían puesto sentimentales cuando volvieron a Mount Street, y la señora

Jacobs tuvo que recordarle a George categóricamente que llamase a Ruth sin más tardanza. Le costó encontrar el número de Humphrey Wilcox. Humphrey, interrumpido en mitad de una frase, no se alegró de la llamada.

—Ya no vive aquí —dijo de mala gana—. Se ha marchado no sé dónde.

La vena de la frente de George empezó a hincharse otra vez. La señora Jacobs le puso una mano en el brazo. Humphrey seguía quejándose al teléfono. Ya que le habían molestado, no veía por qué no podía molestar él también.

—Pero ¿dónde está? —le interrumpió George.

—No me acuerdo —dijo Humphrey, que dejaba estas cosas en manos de Rhoda—. Tendrás que llamar cuando esté Rhoda. Lo ha anotado en alguna parte. —En realidad, el nuevo número de Ruth estaba al lado del teléfono, en el bloc de notas. Pero no era asunto de Humphrey.

Y colgaron, después de despedirse con gran profusión de falsa cordialidad. La señora Jacobs parecía muy decidida.

—Tendrás que llamar otra vez esta noche —dijo—. Seguro que Helen te lo pide.

Luego, a la vista de que todo parecía desmoronarse, esperaron a que Roddy volviera de comer y se fueron a Bayswater.

Por una vez, Helen estaba impaciente por que George llegara a casa. Se había cepillado el pelo, servido una copa y puesto sus pulseras y su anillo de boda. La señora Cutler estaba en la cocina, exiliada por voluntad propia. No habían cruzado una sola palabra en toda la tarde. El té que había preparado la señora Cutler seguía intacto y se había puesto turbio.

George, consciente de la tensión, suspiró para sus adentros, augurando que tendría que poner orden. Había sido uno de esos días de primavera revueltos que inducen al mal humor: un día de chaparrones repentinos alternados con diez minutos de sol intenso y nubes rápidas que lo diluían todo. Había comido demasiado y gastado demasiado, y tenía ganas de estar solo. Últimamente nunca estaba solo. A veces se arrepentía de haber vendido la tienda. Pensaba que se estaba adaptando muy bien a los cambios de los tiempos, y de pronto tenía la sensación de que los tiempos habían cambiado sin él.

La voz de Helen lo saludó en cuanto puso un pie en casa. Se acercó al dormitorio con cansancio y contempló a su mujer, envuelta en una nube de humo, aunque por lo demás le pareció que había recuperado cierta capacidad.

—Nos han engañado —dijo Helen con voz resonante.

George asintió. Helen vació el vaso.

—Cuando yo creía que estaba en la biblioteca, ella estaba organizando su futuro. Planeando irse de aquí. Viéndose con alguien a escondidas. Dejándome aquí postrada —dijo, pero no le sonó bien y decidió cambiar de tercio.

—Sí —contestó George—. No sé por qué no nos ha hablado antes del señor Dunlop.

—No, cariño, se llama Godwin. Dunlop era uno de los candidatos que le envió la agencia. Yo era plenamente partidaria de Dunlop.

George volvió a suspirar.

—Se ha burlado de ti. No deberías haberla animado. Y se llama Dunlop. Vive en Folkestone.

Helen sintió una indignación descomunal. ¡A ella no la habían eclipsado jamás! Le latía muy deprisa el corazón, se sirvió otra copa y se la bebió de un trago. Después de una pausa, soltó una carcajada aterradora.

—Tenían razón en eso de que la ingratitud humana es más afilada que el diente de un sirviente.

—De una serpiente —le corrigió George. Estaba muy cansado.

—Mi versión es mejor —dijo Helen—. En fin, supongo que tendremos que llamar a Ruth para que vuelva.

—No va a ser fácil. He llamado esta tarde, pero parece que se ha mudado.

—Tonterías, déjame intentarlo.

George conectó el teléfono al lado de la cama. Era evidente que esa noche no podría llamar a Sally.

—*Mademoiselle* —le estaba diciendo Helen a la operadora, adoptando para la ocasión un exquisito acento francés—. Intento hablar con Auteuil 1047. *C'est très urgent*.

Esperó alrededor de un minuto.

—*Merci* —dijo Helen—, *vous êtes bien aimable*. Hola, Rhoda, ¿eres tú? ¿Qué le has hecho a esa niña traviesa?

Sigue actuando, pensó George. Cualquier pretexto es suficiente. Las preocupaciones importantes me las deja a mí. Fue a la cocina a prepararse un tentempié, aunque ya había cenado en casa de Sally, y se encontró con la señora Cutler sentada a la mesa, abatida, delante de un ejemplar de *Woman's Own* que no estaba mirando. Ese día, más que nunca, se había convencido de que una mujer necesita un hombre. Te atacan en cuanto tienen la oportunidad, pensó, refiriéndose a las demás mujeres. Nunca volveré a ponerme a tiro. Consintió en prepararle a George un sándwich de queso y decoró el plato con una ramita de perejil.

—¿Cómo está? —lloriqueó, señalando con la cabeza hacia el dormitorio.

—Será mejor que prepares otro —contestó George—. Está intentando hablar con Ruth.

Mientras hablaban, sonó el teléfono, y era el señor Dunlop quien llamaba para anunciar que había conseguido los puestos de encargado y encargada en la Residencia Clarence, justo en las afueras de Folkestone, y que empezaban ese mismo mes.

—Ha sido una suerte. El apartamento es bonito. Los jardines, preciosos. Y a los incontinentes los han enviado al pabellón geriátrico, así que no habrá problema.

La señora Cutler se animó.

—Buenas noches, amor —dijo, para que la oyera Helen, que estaba escuchando con una expresión de inmensa serenidad patricia—. Abrígate bien. Y llámame mañana —añadió. Después se fue a la cama, más tranquila.

—Estoy esperando a hablar con Ruth —dijo Helen—. Por lo visto se ha mudado a un apartamento, no sé dónde. A Rhoda no le gustó nada la pinta que tenía. A mí tampoco me gusta. En fin, tendrá que mudarse otra vez. Ya ha tenido tiempo de sobra para hacer lo que le da la gana.

—Cómeme el sándwich, cariño. Voy a ver las noticias. ¡Ah! Me llevaré el teléfono para llamar a la señora Jacobs y recordarle las tareas de mañana.

Y, poniendo el televisor a todo volumen, marcó el número de Bayswater. Estaba agotado, le hacían daño los zapatos y necesitaba oír la voz de Sally. Era evidente que Helen no descansaría hasta que consiguiera localizar a Ruth, a la hora que fuese. Esa noche no habría paz.

Helen, que se había comido solamente el queso del sándwich, se dio cuenta de que la señora Cutler no le había llevado el vaso de leche caliente, como todas las noches, y fue a la cocina para ver si se lo había dejado allí. Cuando volvía por el

pasillo, se quedó como cautivada al ver por la puerta abierta del cuarto de estar la amplia espalda de George inclinada sobre el televisor. ¡Qué mayor se está haciendo!, pensó. Lo vio gordo y frágil, y sintió una inmensa oleada de cariño. ¡Qué mayor! ¡Y qué roja tiene la cara, qué cansada! Tal vez lo hubiera abandonado un poco. Tal vez la necesitara más de lo que ella creía. Curvó los labios una vez más para dibujar su encantadora sonrisa, y se acercó a George, descalza. Como él tenía el oído bueno pegado al auricular, no oyó que Helen bajaba el volumen en el mismo momento en que él decía: «Buenas noches, cariño. Que duermas bien». Y lanzó un beso, como de costumbre. El daño estaba hecho.

Ruth copió, para tomar ejemplo, una máxima que se atribuía a Luis XIV: «No valores la justicia de una reclamación por la firmeza con que se exige». Hecho esto, cerró el cuaderno y lo guardó con cuidado en una esquina de la maleta. Ya solo le quedaba arreglar cuentas con Rhoda y ofrecerle a Humphrey una despedida elegíaca, tal como correspondía. Después se iría de la rue des Marronniers camino de su nuevo apartamento y de su nueva vida. Lo imposible se había hecho posible. Hugh y Jill regresaban a Londres. Jill estaba embarazada, y Ruth iba a quedarse con su apartamento.

¡Qué cosas tan extrañas le habían pasado las últimas semanas! Enero había sido un mes gélido, y sus viajes por el corazón del territorio de Balzac, incómodos. A veces, después de pasar el día sola en una ciudad desconocida, se sentaba en un bar, con una taza de café delante, y llamaba la atención de todo el mundo, porque allí no estaban acostumbrados a ver a una mujer sola y porque esas libertades parisinas no eran habituales. A veces le habían pedido dinero con mucha insistencia. Se alojaba en hoteles pequeños, en los que al parecer no había otros huéspedes, y paseaba entre la neblina para matar el tiempo; llevaba una vida reducida, no hablaba con nadie. Las noches eran un problema que resolvió, o quizá no llegó a resolver, acostándose muy temprano y leyendo a Balzac. Se quedaba profundamente dormida al poco rato, y a veces, por la mañana, se encontraba el libro en el suelo.

Un día, al inclinarse sobre el parapeto que bordeaba un río, un desconocido se acercó a hablar con ella. Ruth no le entendía, hasta que se dio cuenta de que era sordomudo. En su afán por hacerse entender, el hombre gesticulaba violentamente y hacía aspavientos con las mangas brillantes y azules. Ruth se asustó, entró en una iglesia y fue hasta una capilla en la que había una imagen de la Virgen; las paredes estaban cubiertas de placas conmemorativas, y una de ellas decía: «*Notre Dame la Grande, fais que j'étude*». Como llevaba tanto tiempo sin hablar con nadie, tuvo la sensación de que había perdido el habla. Regresó paseando hasta el río. El desconocido se había marchado y la niebla se había vuelto más densa. Estaba cada vez más inquieta y decidió volver a París.

Mientras esperaba en la estación, pensó en Duplessis y en cómo localizarlo para anunciarle que había vuelto. Naturalmente, podía verlo los días que él iba a trabajar a la biblioteca; de hecho, no tenía otra manera. El frío, el entumecimiento y la mudez le causaron de repente una angustia desmedida. Estaba sola en Angers, aunque lo mismo podía estar en Sancerre o Alençon o Saumur, esperando en un andén la llegada de un tren incómodo; regresaba a un cuarto oscuro y tenía que ir a un sitio público y esperar la oportunidad de ver al hombre que era su única fuente de emociones auténticas. Solo podía confiar en la casualidad; no tenía otra manera de organizar el encuentro. A pesar de su cercanía, se le negaba la intimidad: cafés,

bibliotecas y museos eran los únicos lugares a los que podían ir juntos, y ella siempre tenía que esperar que él llamase por teléfono, porque no podía llamarle, ni siquiera a su despacho de la Sorbona. Pensó que no podían seguir así, o, mejor dicho, que ella no podía. Y es que la reciente experiencia de aquellos días pasados en silencio, paseando por calles extrañas, de comer sola y dormir demasiado, le había hecho flaquear en vez de ratificarse en la vida que había elegido. Salvarse del desorden con disciplina no le bastaba. Ahora quería salvarse de la disciplina y encontrar algo más dulce.

Ojalá pudiera sentarse a charlar tranquilamente con él en una habitación. Ojalá pudiera esperarlo en algún sitio conocido, oír cómo se acercaban sus pasos. Ojalá pudiera cocinar para él, hacerle sentir cómodo, hacerle reír. Sabía que eso era lo máximo a lo que podía aspirar. ¿Quién podía aspirar a otra cosa? Seguía comparando sus esfuerzos y su experiencia con aquel desastroso fracaso con Richard, recordando sus expectativas y la realidad que terminó por destruirlas. Esa realidad la había vuelto cauta. Cualquier esperanza que pudiera quedarle llevaba ahora implícita la decepción. Aunque Duplessis no la había decepcionado por ahora.

Empezó a llover, y se alegró al ver que el tren se acercaba. No se alegró tanto al ver que iba lleno de soldados jóvenes, con uniformes toscos y botas recias, como si fueran a combatir en las trincheras de la primera guerra mundial. Se sentó con tristeza en el borde del asiento, procurando no respirar el aliento que exhalaban sus vecinos, que se habían quedado dormidos y al zarandearse con las sacudidas del tren a veces terminaban apoyando la cabeza en sus hombros. Los que no dormían bostezaban sin disimulo. El vaho empañaba las ventanillas. El largo viaje marcó de nuevo en sus rasgos la angustia que había apartado unos meses antes. Necesitaba cortarse el pelo y había vuelto a ponerse su abrigo resistente. Se sentía mal vestida, furtiva y sin futuro. Solo era capaz de calcular que pronto se quedaría sin dinero y tendría que regresar a Londres. Sin embargo, ese era el último recurso y se negaba a considerarlo en serio.

Montparnasse. Mientras se abría camino en el andén, rodeada de soldados, con la maleta golpeándole en la pierna, pensó que hasta se alegraría de ver a Rhoda y a Humphrey. La verdad es que en aquel estado no era capaz de ver a nadie más. Estaban a mediados de febrero y todo era oscuro, la época del año más difícil para ella. Esa noche la esperaba el colchón de la rue des Marronniers, lleno de bultos. Al día siguiente, los zumbidos de los radiadores de la biblioteca. Pero lo primero que haría sería darse un baño, aunque tuviera que soportar los juegucitos de Humphrey. Veía por la ventanilla del taxi las farolas rodeadas por un halo de humedad. Parecía medianoche, a pesar de que eran poco más de las cinco y media. Cuando llegó a su habitación, se tumbó un momento en la cama, empapada y con los ojos cansados, suspiró, cogió la toalla y bajó las escaleras. En el baño encontró varias notas de Rhoda encima de los grifos. «Ha llamado el profesor Duplessis. Ha llamado Hugh Dixon. Urgente». Y había una carta, con una letra diminuta que no reconocía. Buscó la firma. «Con cariño, Richard». Se sentó en el borde de la bañera, temblando. ¿Era

posible lo que le estaba pasando? ¿Era posible que aquella historia abortada pudiese alterarla tanto? ¿Iba a reaccionar siempre igual con quienes no la querían, iba a desvivirse aún más por complacerlos, sin prestar atención a otras personas mejor dispuestas? Leyó la carta. Richard se disculpaba por no haber escrito antes, pero ella comprendería que había estado muy ocupado. Además, iba a casarse. ¿Se acordaba de Joanna? Puede que no. En fin, ¡qué cosas! Estaba más feliz que nunca, y esperaba que Ruth también se alegrara. El cheque había sido muy útil, y por fin podía devolverle el préstamo. Esperaba que cenase con ellos cuando volviese a Londres.

Se inclinó despacio y recogió el cheque del suelo. Lo guardó despacio en el bolso. Tenía que tomárselo con calma. El dinero llegaba justo a tiempo. Podría quedarse más tiempo en París. Eso era lo principal: el dinero. Se cortaría el pelo a la mañana siguiente, llamaría a Hugh y vería a Duplessis. Lo retomaría todo en el punto en que lo había dejado. Pero lo único que sentía era un dolor lacerante al pensar en la boda de Richard. Se acordó una vez más de Fedra. «*Hippolyte est sensible et ne sent rien pour moi*». Qué afortunada era Joanna, fuera quien fuese. Subió a su cuarto con la sensación de ser muy pequeña. Leyó la carta varias veces y lloró un poco antes de quedarse dormida.

Las semanas siguientes fueron indecisas, algo insulsas. Reanudó su rutina. Los domingos, invitaba a comer a Hugh y Jill, pero Jill no se encontraba bien y apenas comía. Hugh siguió supervisando su aspecto físico hasta que volvió a verla presentable. Y tenía a Duplessis. Las cosas recuperaron poco a poco la normalidad. Su montón de notas era tan grande que decidió empezar a redactar y encontró cierto equilibrio en la escritura. ¡Qué hermoso era el sonido de las palabras! Se pasaba el día escribiendo hasta las cinco, la hora en que Duplessis iba a recogerla, la sacaba de la biblioteca, se sentaba con ella en un café y la llevaba a casa en coche.

Pero cuando los días empezaron a ser más largos y la luz más intensa, retomó sus paseos, con una inquietud y unas ganas de cambio para las que no encontraba justificación si pensaba en cómo era su vida. El día de su cumpleaños, del que no se acordaba, recibió tarjetas de George —con unos garabatos de Helen—, de la señora Cutler y de Anthea: «¡Embarazada! ¡Qué suerte tengo!». Perdió parte de los kilos que había ganado y sus caminatas se hicieron cada vez más largas. Después de cenar, repasaba las notas, con la insignificante luz de la bombilla en su pantalla hecha con un molde de gelatina que a Rhoda le parecía suficiente para una intelectual virgen. Tenía menos tiempo para Hugh y sus excursiones, sin ganas de salir de la biblioteca donde escribía y esperaba a ser encontrada. Su diligencia y su laboriosidad le hicieron ganarse el respeto de los vigilantes y el encargado del archivo. Le parecía que aquella vida podía durar eternamente y a veces esperaba que fuera así. Tenía veintidós años.

Una tarde, Hugh se presentó en la rue des Marronniers, alicaído y con necesidad de alimento y ánimo.

—¿Dónde está Jill? —preguntó Ruth.

—En casa, vomitando. Creo que está embarazada.

—¡Eso es maravilloso! —Pero luego dudó—. ¿No estás contento?

Hugh se sentó en la cama:

—No sé si es mío —dijo.

Ruth se quedó de piedra.

—¡Pues claro que es tuyo! Jill te adora.

Hugh negó con la cabeza.

—Casi siempre hay otro. Siempre ha sido así. ¡Es tan guapa! Ya lo sabes. —Ruth lo sabía—. Y normalmente no tiene importancia, pero ahora sí la tiene. Yo quiero un hijo. Ella no.

Ruth miró a Hugh. Estaba sentado como un convicto, con la cabeza entre las manos y su expresión normalmente campechana transfigurada en sufrimiento. Se sentó a su lado y lo abrazó.

—Es tuyo. Estoy segura de que es tuyo. Y, aunque no lo fuera, creo que no deberías preocuparte tanto. Tú serás su padre. Cuando veas que se parece a ti te llevarás una alegría.

Se quedaron callados, en aquel cuartucho deprimente.

Ruth pensó: Da igual quién sea el padre. El propósito se ha cumplido. Tú ya no eres importante. Hasta la propia Jill pronto dejaría de ser importante. Pero no dijo nada. Hizo como si no viera la angustia de Hugh y tampoco reconociera la suya. Se quedaron cautamente sentados el uno junto al otro. Oía el tictac de los segundos en el reloj de Hugh. Al cabo de un rato, Hugh suspiró y se frotó la cara con el pañuelo.

—Podríamos comer algo —dijo.

La perspectiva de la comida le animó tanto como siempre. Era su mayor satisfacción, su mayor placer en la vida. Ruth se fijó en cómo se servía el filete y volvía a llenarse el vaso. Cuando encendió un purito había resucitado por completo.

—Si seguimos adelante —dijo—, estaremos mejor en Londres. La familia de Jill vive allí, y me imagino que les hará mucha ilusión.

Ruth sintió de pronto una oleada de calor en las mejillas.

—Hugh —murmuró, casi sin atreverse a concebir esperanzas—, ¿puedo quedarme con el apartamento?

—¿Por qué no? Aunque la verdad es que no depende de mí. Está a nombre de Jill. Vivía allí antes de que nos casáramos. Y supongo que necesitaremos una suma simbólica, para compensar lo que pagó en su día. Ya sabes lo difícil que es encontrar apartamento aquí.

Ruth pensó en el cheque de Richard.

—¿Serán suficientes cien libras? —preguntó. Tenía el pelo alborotado, los ojos brillantes y un gesto de súplica. Hugh la miró y pensó en lo guapa que era su mujer, de quien tanto dudaba. Sorprendentemente, en muchos aspectos, Ruth era mejor persona: no era calculadora, pensó. Y en ese momento unió su destino al de Jill y el

bebé que esperaba. No podía vivir sin ella. Pero sonrió a Ruth con afecto y agradecimiento por haberle ayudado a tomar la decisión.

—Claro que son suficientes —dijo—. Necesitaremos un par de semanas para organizarnos. ¿Puedes esperar?

Un apartamento para ella sola. En la rue Marboeuf. Podría trabajar en casa, cocinar y olvidarse de las noches frescas de primavera cuando salía del baño. Tendría un sitio para sus libros, una mesa y un teléfono, y podría ver a Duplessis. Aunque él tuviera que irse a casa, se sentarían y hablarían como una pareja sensata, sin el ruido atronador del *pinball*, sin luces oscilantes ni bibliotecas cerradas. Los meses de invierno no son amables para el amor, y las tardes cortas son de lo más frustrante. Lo que empieza bien en otoño puede no salir bien, por cansancio, o por las ganas de alguno de los dos de estar en casa tranquilamente, o por pura incomodidad. Todo eso se terminaría. Le daría de comer hasta que llegase el verano y entonces, ya se vería cómo, se irían juntos de viaje. Llegado el caso, le pediría dinero a George para ir tirando. Esta audacia imaginativa, impensable menos de dos horas antes, ya no era una sorpresa. Pronto le tocaría a ella ser feliz.

Se lo contó a Duplessis al día siguiente, sonriéndole con una confianza nueva. Necesitaba su aprobación, pues se había convertido en padre y madre para ella. El profesor se echó el sombrero hacia atrás, removi6 el café y por fin sonrió.

—A lo mejor me invitas a tomar el té —dijo—. A lo mejor preparas un bizcocho para mí. Los ingleses hacéis esas cosas.

—Y más —le confirmó con felicidad.

Duplessis la miró. Él, un hombre casado y mayor, pronto empezaría a hacer lo que todo el mundo ya sospechaba que estaba haciendo. No le gustaba que la situación fuera tan evidente, incluso le repugnaba. Su elegante mujer estaría en su casa de la rue de la Pompe, sumida en la ignorancia; sus hijas entrando y saliendo con jóvenes que no les convenían. Intercambiaría con Noémi muecas de hartazgo cómplice por el aspecto de sus hijas. Llevaba casado veinticinco años, más tiempo del que aquella chica había estado en el mundo. Pero no era una niña. Era una investigadora, una mujer de recursos y una persona de cierta valentía y dignidad. Y él sabía perfectamente que la manera más amable de tratar a una investigadora y a una persona de cierta valentía y dignidad consistía en fingir que no era ninguna de estas cosas y ofrecerle los cuidados y la protección que otras mujeres menos independientes esperaban. Ruth no era consciente de estos sentimientos tan heroicos. Lo cierto es que empezaba a pensar como esas otras mujeres corrientes inventadas por Duplessis. Pensaba en vajillas y cuberterías; en la carnicería más cercana. Aprenderé a cocinar, se prometió. Esta vez lo haré mejor. Dejaré mi vestido azul en casa de Rhoda o se lo daré a Marianne.

Salieron a la tarde fresca y pálida, y Duplessis la cogió de la mano. Ruth se lo agradeció y le sonrió. A él le conmovió su sonrisa y se fortaleció en su determinación. El amor impone ciertas obligaciones que son constantes. Un amante intermitente no

sirve de nada para una persona de valentía y dignidad. Eso también lo sabía perfectamente. Pero no la acompañó a casa, porque no quería que lo vieran en su distrito con otra mujer en el coche. Ruth se dio cuenta y lo respetó. Se estaba volviendo menos ingenua.

Mientras paseaba, bajo la llovizna de la primavera que le humedecía y le rizaba el pelo, intentó dilucidar de nuevo si estaba cometiendo un delito flagrante o solo era sensible a lo que la vida le brindaba. La verdad era que se había alejado mucho de la norma de Anthea; no hacía previsiones ni calculaba los pasos siguientes. Se sabía capaz de estar sola y hacer su trabajo —ese que en efecto quizá pudiera ser su verdadero camino en la vida o quizá aquel para el que tenía mejores dotes—, pero ¿no tenía derecho a aspirar a algo más? ¿Tenía que limitarse a hacer una sola cosa, siempre? ¿O estaba el factor aleatorio, la posibilidad fortuita que tanto gustaba a Balzac, más cerca de la realidad? Sabía que redactar su tesis sobre el vicio y la virtud era una perspectiva más fácil que abrirse camino en la vida real. Esas cuestiones se aprecian mejor cuando están muertas y enterradas. Enterradas en la vida y enterradas en la página. Había aprendido mucho de Balzac. Sobre todo, había aprendido que no quería ser tan virtuosa como Henriette de Mortsauf ni Eugénie Grandet; no quería ser tan valiente y tan absurda como Dinah de la Baudraye, que a pesar de todo es una gran mujer; no quería ser la duquesa de Langeais, que tiene muchos amantes, pero termina en un convento. Prefería parecerse a la dama que vaticina la muerte de las esperanzas de Eugénie Grandet, a la belleza que aparece fugazmente en un baile, en París, con un tocado de plumas. Mejor un mal ganador que un buen perdedor. Balzac también le había enseñado eso.

Y así, mientras se preparaba para ser una ganadora, llamaba a Jill todos los días y le preguntaba cómo estaba, invitaba a Hugh a comer, le sonreía sin parar e intentaba sonsacarle la fecha en que pensaban marcharse. Por fin lo decidieron. La última semana de marzo. El cuarto de la rue des Marronniers empezaba a estar abarrotado de pequeñas compras: paños de cocina, tazas y platos bonitos, más perchas. Estaba cansada, aunque también ilusionada. Su trabajo se estaba resintiendo un poco, porque no soportaba las horas de inmovilidad forzosa en la biblioteca y salía a ver a Hugh o a dar un paseo. A veces, a las cinco, Duplessis encontraba su sitio vacío y se encogía de hombros, entre decepcionado y aliviado. Ruth se lo tomaba todo tan en serio que temía por ella. Nadie estaría nunca a la altura de sus expectativas; nadie se molestaría siquiera en intentarlo. Él mismo se vería en la obligación de renunciar en algún momento. Aunque todavía no.

El último sábado de marzo, Ruth se despidió de Rhoda y Humphrey, que parecieron lamentar su partida, se estrujó como pudo con sus bártulos en la furgoneta del yerno del portero y se fue traqueteando hasta la rue Marboeuf. Allí se encontró con que Hugh y Jill estaban celebrando una fiesta de despedida improvisada. Le pusieron en la mano una copa de champán, pero tuvo la sensación de que había interrumpido un chiste privado. Los vio tan muertos de risa que al final dijo que dejaría sus cosas y volvería más tarde. Anotó que tenía que comprar bayetas y productos de limpieza; cuando se dio la vuelta para bajar las escaleras, Hugh y Jill se echaron a reír a carcajadas, y Ruth se sintió mojigata y le dolió bastante. Era el primer día templado del año. En aquella calle tan elegante, las mujeres andaban con mucho estilo, muy pendientes de su aspecto. Se sentó en un café y estuvo observándolas, notando el calor y la luz del sol a través de la ventana. Empezó a adormilarse; solo la expectación le permitía seguir despierta, porque había dormido muy poco la noche anterior. Sabía que debía llamar a sus padres para darles su nueva dirección, pero tenía otros muchos asuntos más urgentes que atender y, además, ellos nunca escribían. Cuando caía la tarde, hizo la compra en una tienda de comestibles y subió de nuevo las escaleras. Esta vez vio en la entrada maletas caras, de piel de cerdo. Llamó a la puerta, y Hugh salió a abrir sin la corbata puesta. Jill estaba sentada en la cama, cerrándose la cremallera del vestido. Había una botella de champán vacía rodando por el suelo, y el baño, diminuto, apestaba a perfume. Todo el apartamento olía a lila. No parecían con ganas de irse y propusieron cenar juntos y coger otro avión más tarde. Ruth estaba impaciente, pensando en la cantidad de cosas que aún tenía que hacer antes de irse a la cama. Pero mañana es domingo, pensó, a pesar del calor y del cansancio, y hacía una tarde preciosa: un crepúsculo alto y gris con un leve tinte verdoso en el horizonte. Al día siguiente seguiría haciendo buen tiempo. Le sorprendió que Hugh pagase la cuenta de la cena. Había vendido un dibujo de Max

Ernst esa misma mañana. Los augurios eran buenos.

Se acostó a las dos de la mañana, porque había mucho que ordenar, mucho que fregar, además de cambiar las sábanas y guardar las botellas en una bolsa para bajarlas al cubo de la basura, y ahuyentar por la ventana, con la bayeta del polvo, el olor a lila. Aunque era muy tarde, oía el tráfico en los Campos Elíseos, y se imaginó aquel río de brillo en movimiento. Al amanecer, un tenue resplandor iluminaría la avenida desierta a la espera del regreso de un ejército exhausto. No durmió bien, a pesar de lo cansada que estaba. Por la mañana, sin embargo, acomodó en la almohada la espalda dolorida y se dio cuenta de que por primera vez en la vida iba a tomarse un café en una taza propia. Se acabó la loza de cocina. Se acabaron las normas de los caseros. Por fin era dueña de su casa.

El buen tiempo duró varios días y Ruth estaba muy contenta con su suerte. Limpiaba, hacía la compra y cocinaba. Iba por los Campos Elíseos hasta la biblioteca y, cuando terminaba su jornada, sacaba de la cartera una bolsa de redecilla y estudiaba los precios en los puestos callejeros de las tiendas. Duplessis le sonreía, un poco triste, porque Ruth le prestaba ahora menos atención, y se lo dijo.

—Pero ¡si todo lo hago por ti! —contestó, asombrada—. Estoy preparando las cosas.

Y compró harina, azúcar, vainilla y un montón de huevos. Balzac se pasó tardes enteras sin salir de la cartera.

Ya no se identificaba con su heroína favorita, Eugénie Grandet. Tenía la sensación de haber tomado el mando de su vida, de que ya no estaba a merced de otros, de que no podían deshacerse de ella en contra de su voluntad o por desconocimiento de su destino. Eugénie, mientras espera que su apuesto primo Charles regrese a Saumur para casarse con ella, se sienta a soñar en su jardín, en un banco carcomido, a los pies de un castaño. En busca de consuelo y distracción, contempla la miniatura de su tía, la madre de él, la que él le regaló, y ve en esta mujer los rasgos del amado. Piensa que ella también puede ofrecer algo, pues, aunque no sea guapa, Balzac defiende a capa y espada el poco atractivo que pueda tener y compara su rostro bondadoso y su frente amplia con los de una Madonna. Pero Eugénie reconoce humildemente su falta de belleza como un defecto casi fatal. «*Je suis trop laide; il ne fera pas attention à moi*». La madre de Eugénie se queda horrorizada al enterarse de su compromiso. Su niñera intenta inculcarle un poco de fortaleza, pero su padre, un hombre irreductible y ruin, está encantado de tenerla en casa, para poder administrar la fortuna de su hija. El apellido Grandet es en Saumur sinónimo de desfachatez y asuntos turbios. Eugénie es un buen partido, pero ¡es tan apática, tan lánguida, tan blanda! Su primo Charles, a quien alguien ve fatídicamente en un baile en París cuando ella lo cree en alta mar, jamás vuelve a reclamarla. Cuando mueren sus padres y Eugénie se convierte en heredera, se casa sin amor, pero nunca llega a consumar el matrimonio. También ella

se convierte en un sinónimo en Saumur.

Ruth, con los ojos brillantes y la bolsa de redcilla llena de fruta y verdura, se veía más como Renée de l'Estorade, una experta en hacer planes razonables. Lo que tendía a pasar por alto aquellos días (y fue perjudicial para su trabajo) era esa extraña percepción de lo incompleto que tiene Balzac: las muertes repentinas e imprevistas, el arrepentimiento inesperado e interminable, la transformación de una gran dama en una mujer casada aún más espléndida; la búsqueda implacable de la ambición. No comprendía, pocas mujeres lo comprenden, que los astutos héroes de Balzac en realidad viven devorados por una vocación en la que el amor solo interpreta un papel evanescente, aunque apasionado, que seguirán su camino sin descanso hasta que la muerte les siegue la vida. Lo que sí comprendía, porque no es difícil, era esa percepción de la energía cósmica que tiene Balzac, una fuerza que somete a todos los personajes antes de arrojarlos de nuevo, como átomos, para que bailen en la superficie de una historia en particular, se esfumen y aparezcan de nuevo con otro aspecto en otra novela. No, Eugénie era en realidad una anomalía, tan manejable, tan inerte en su banco del jardín, mientras su madre se consumía y la ira de su padre crecía por momentos. Ruth no recordaba por qué esa novela le había gustado alguna vez.

Acordaron que Duplessis iría al apartamento después de su clase en la Sorbona, el jueves de una semana que arrancó con sol y buen tiempo. Los turistas ya empezaban a llenar los Campos Elíseos; las mesas de los cafés estaban abarrotadas. Ruth, con su falda escocesa y su jersey *beige*, se sentía francesa y formal en comparación con ellos. Tenía que quedarse en París, eso no lo dudaba. No podía volver a casa. Si le explicaba a su padre la situación, quizá accediera a enviarle algún dinero. Pensaba únicamente en terminar la tesis, sin ganas ya de hacer carrera en nada, aunque se imaginaba que acabaría dando clases, escribiendo o las dos cosas. Pero eso podía esperar hasta que cumpliera los treinta, más o menos, y entonces lo haría todo con mucha más autoridad y experiencia. No, quería quedarse en Francia.

Compró una botella de vino y después de un solo ensayo preparó para Duplessis ese bizcocho tan rico que lleva por nombre «la Reine de Saba». Se sentó a esperarlo. Como en aquella otra ocasión que ahora podía recordar con una sonrisa, un rayo de sol iluminaba la alfombra polvorienta. Por la ventana, que daba a un patio de luces, se veía un trozo irregular de cielo parisino, blanco grisáceo. Acodada en el alféizar, observó a la portera, subiendo sospechosamente por la escalera de enfrente, como una araña, y a la chica más joven del estudio del arquitecto de al lado, cruzando el patio con un paquete de pasteles en forma de cucurucho en la palma de la mano abierta. Vería a Duplessis cuando llegara por el mismo camino. Aunque quizá le molestara sentirse observado. Apartó la cabeza y cerró la ventana.

Cuando oyó sus pasos, sonrió para sus adentros y se alegró de que él no la viera.

La espera había terminado. Con un suspiro, que le pareció de felicidad, aunque en realidad podía ser la consecuencia de todas las esperas acumuladas a lo largo de su vida, se levantó para abrir la puerta y recibirlo.

Se tomaron el bizcocho y el vino sin hablar demasiado, con cierto formalismo. Él le cogió la mano y se la besó con respeto a su dignidad. Cuando Ruth se levantó para hacer café era bastante tarde, y le sorprendió que sonara el teléfono, porque, aparte de Duplessis y Rhoda, nadie sabía su número.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó Duplessis, intentando cogerle entre las manos la cara transida de dolor. Ruth se resistió y se mordió los labios, para recuperar el control.

—Mi madre —dijo por fin—. Creo que ha tenido un infarto. —Se echó a llorar y soltó un largo suspiro—. Era mi padre. Dice que tengo que volver a casa inmediatamente.

En realidad era la señora Cutler, que parecía asustada, le había quitado el teléfono a George y se había pasado un buen rato susurrando.

—Han tenido una bronca de aúpa —le confió—. Estaba en mi habitación, así que no sé por qué ha sido. Los oí gritar, fui a ver qué pasaba y me encontré a tu madre en el cuarto de estar, no sé por qué, doblada encima de una silla. Estaba hecha una pena. Él también. La verdad es que parece que él está peor que ella.

—¿Se está muriendo? —preguntó Ruth con temor.

La señora Cutler soltó una carcajada para tranquilizarla.

—No creo —dijo, aunque no estaba segura del todo—. Le duele un poco el pecho. Yo diría que son gases. Ya sabes cómo come. —Quería decir cómo bebe—. Ha venido el médico. Les ha dado a los dos algo para que duerman. Voy a calentarles un poco de leche. —Bajó la voz y añadió—: Intenta volver pronto, Ruth. Si te digo la verdad, es él quien me preocupa.

—Claro, iré enseguida.

Duplessis la llevaría a la estación. Mientras recogía las tazas de café y tiraba los restos del bizcocho a la basura, se echó a llorar otra vez y él no dijo nada. La veía muy asustada, y al final la tranquilizó diciendo que volvería pronto, que el dolor en el pecho era muy común e incluso un pequeño infarto no era irremediable. Su madre no era mayor. No era mayor en absoluto. Volverían a verse muy pronto, le dijo, para darle ánimos. La llamaría por teléfono e iría a esperarla a la estación. Ruth sonrió con tristeza al pensar en eso, y también pensó en las sábanas limpias que había puesto en la cama y que no iban a usar. ¿Volvería a dormir alguna vez en esa cama?

Duplessis la dejó en el tren y dio una propina al supervisor para que le ofreciera un compartimento individual. Después de muchos forcejeos, Ruth consiguió subir la cortina de la ventanilla, rígida y de color marrón, y lo vio a lo lejos, en el andén, con el ala del sombrero vuelta hacia arriba, un gesto paciente y contenido y las manos levantadas. No tardó en perderlo de vista cuando el tren salió de la estación. Solamente recordaba un andén largo y en curva junto a los raíles brillantes, un carrito

de equipaje abandonado y una figura solitaria que miraba cómo se alejaba el tren.

A la mañana siguiente llegó a un Dover gris, duro y hostil. Había dormido profundamente y se despertó angustiada por un sueño extraño. En el sueño viajaba en un lujoso tren internacional, con puertas de nogal y lámparas rosas, y estaba comiendo en el coche restaurante. Pedía *contrefilet à la sauce ravigote* y, al mirar por la ventanilla, veía a su madre, con una visera vaquera, esperando pacientemente en lo que parecía un apartadero. Parecía delgada, indefensa y sardónica. Ruth intentaba abrir la ventanilla para enviar un mensaje a Helen. Quería decirle que le era imposible bajar del tren hasta que llegase a una estación. Pero no había manera de abrir la ventanilla y Helen seguía mirando, divertida con la escena aunque inmovible, en dirección a Ruth.

Se despertó sobresaltada, recordó dónde estaba y por qué, y se sumió al instante en un letargo protector, con los ojos cargados y las extremidades entumecidas. Tomó un buen desayuno, temiendo que el sueño pudiera hacerse realidad, pero al mirar de reojo por la ventanilla solo vio pueblos con casas de una planta, camiones de reparto de leche que parecían de juguete a su paso por la calle principal y frutales empapados por la lluvia. Cuando el tren se acercaba a Londres, Ruth empezó a temblar. El letargo se agotó y una angustia en la que la renuncia se mezclaba con el miedo al futuro se apoderó de ella.

Sin embargo, en Oakwood Court reinaba una calma insólita. La señora Cutler le abrió la puerta, con la bata que normalmente solo se ponía por obligación, y al momento se sacó del bolsillo la cajetilla de tabaco y el mechero para encender un cigarrillo. Llevó a Ruth a la cocina y le puso al corriente de todo.

—Él se ha ido a Mount Street. Le daba vergüenza quedarse aquí, y no me extraña. Por lo visto ha encontrado a otra mujer y por eso se pelearon. No sé yo si valía la pena discutir, pero ya conoces a tu madre. Para ella no hay nada como un drama. Solo que esta vez le ha salido el tiro por la culata, ¿no?

Preparó dos tazas de café instantáneo. Ruth había perdido la costumbre, y al probarlo le dio una arcada que se agravó al ver el platito sucio que hacía las veces de cenicero y el cazo con los restos de leche de la noche anterior en el fregadero, con su capa de nata perforada por el goteo intermitente del grifo.

La señora Cutler, contenta de la compañía de Ruth, estiró una mano nudosa, la izquierda, para lucir su sortija, adornada con una piedra azul opaca y minúscula. Ruth la miró sin comprender.

—Sigues tan alelada como siempre, ¿eh? —bromeó la señora Cutler—. Es mi anillo de pedida, bonita. Me caso. Voy a convertirme en la señora Dunlop.

Hizo el gesto que hacen todas las mujeres comprometidas: levantó la mano y se la acercó a los ojos, tratando de ver la sortija como parte de lo que pronto daría por sentado.

—Por eso necesitábamos que volvieras, ¿entiendes? Aparte de que estoy preocupada por ella. Me marcho este fin de semana. Podrás instalarte en mi habitación. Es amplia y bonita. Tengo entendido que era la de tu abuela.

—¿Dónde está mi madre? —preguntó Ruth con inquietud.

La señora Cutler se puso seria.

—Está muy rara —la previno—. Se le ha metido en la cabeza que no quiere quedarse aquí con tu padre. Bajo el mismo techo, dice. Anoche lo obligó a dormir en el sofá. ¡Qué sarta de estupideces! —exclamó con desdén—. Como si eso a su edad tuviera alguna importancia. Siguen portándose como unos pipiolos. —La señora Cutler no había olvidado el desprecio con que reaccionó Helen cuando le anunció que se casaba y, una vez superado el disgusto, estaba impaciente por irse de allí y llegar a Folkestone.

Ruth se detuvo, asustada, delante de la puerta del dormitorio de su madre. Sabía que algo monstruoso la esperaba al otro lado. Que su padre se hubiera marchado parecía muy significativo, y no se le ocurrió llamarle por teléfono: le daba miedo. No había querido quedarse para verla y eso demostraba que ella también era culpable. No debería haberse ido a París. Y ahora iba a encontrarse con su madre, agonizando, en la cama.

Pero cuando llamó, abrió la puerta y se asomó, no vio a Helen en la cama, sino sentada y completamente vestida, con su traje pantalón y su visera vaquera, fumando tranquilamente y con sorprendente buen aspecto. Lo único raro era que se había puesto los zapatos y tenía en la mano un bolso de cuero que era de la difunta señora Weiss, «demasiado bueno para tirarlo», según Helen, aunque estaba pasado de moda y pesaba una barbaridad.

—Mamá —dijo Ruth, con la voz oxidada por la falta de uso. Helen volvió la cabeza despacio y examinó a su hija con la mirada impasible de un animal sometido a un largo cautiverio. Ruth se fijó en que se había maquillado como para salir a escena y, aunque estaba guapa, parecía en ruinas. Se había quitado el anillo de boda, pero llevaba encima todas sus demás joyas: las perlas que le regaló su padre cuando cumplió veintiún años, el broche de granate de su madre y sus pulseras de plata. En ese sentido, nunca había sido ambiciosa.

—Mamá —repitió Ruth. No había mucho más que decir.

Helen sonrió por fin, muy levemente, como la Helen que Ruth había visto en su sueño. Casi parecía disfrutar con el apuro que estaba haciendo pasar a su hija y se negó a ayudarla en lo más mínimo.

—¿No deberías estar en la cama? —preguntó Ruth, desesperada, a pesar de que prefería verla levantada—. ¿Qué te ha dicho el médico?

La señora Cutler apareció en la puerta. En la mano llevaba una bayeta naranja con aspecto profesional.

—Le ha dicho que se lo tome con calma —explicó—. Y que no vuelva a haber más discusiones. Que ha sido él quien ha estado a punto de pagarlo caro, con lo que

ha engordado y lo alta que tiene la tensión.

Helen cortó la conversación.

—Ruth —dijo, con esa voz grave que Ruth solo le oía cuando estaba exhausta—. Nos vamos. No puedo quedarme aquí. Recalcó el «no puedo», y Ruth lo notó automáticamente.

Ruth y la señora Cutler dieron un paso al frente y empezaron a hablar al mismo tiempo. Una vez más, Helen hizo como si no las oyera.

—No pienso quedarme aquí —se corrigió, mirando por la ventana, con aire ausente, unos narcisos indefensos doblados por la enérgica brisa de la primavera.

—Pero no tenemos adónde ir, mamá. Vives aquí. Tendrás que volver tarde o temprano.

—Si alguien tiene que irse es él —se regodeó la señora Cutler—. Que se vaya con la otra, si es lo que quiere. —Helen cerró los ojos—. Así podréis quedaros las dos aquí, tan ricamente. Y llegado el momento, hablar con vuestros abogados. Que pague su merecido —añadió con dramatismo, copiando una frase que había oído recientemente en una película en la televisión.

La miraron con asombro. Para defenderse, la señora Cutler volvió a examinar su sortija y le sacó brillo con la bayeta.

—No haremos nada de eso —contestó Ruth—. Tendréis que hablar como adultos, sin llegar a las manos. Ya no puedes contar con la señora Cutler. Y yo no puedo quedarme aquí para siempre. Tenéis que ser capaces de resolverlo por vosotros mismos. No sois precisamente niños.

—Eso mismo le acabo de decir yo —señaló la señora Cutler.

Helen cerró los ojos de nuevo y Ruth volvió a temer que estuviera gravemente enferma. Al cabo de un rato, habló con aquella voz extraña y profunda, tan masculina, que parecía la de un ventrílocuo.

—Sácame de aquí —dijo—. Estoy preparada.

Ruth miró a la señora Cutler, que la miró a su vez con inquietud.

—Pero ¿adónde quieres ir? —preguntó Ruth, viendo que su madre seguía muy quieta, con los ojos cerrados.

—A cualquier parte. Aquí no me quedo —dijo Helen, con absoluta tranquilidad.

La señora Cutler le hizo señas a Ruth y salió de puntillas, exageradamente.

—Más vale que te la lleves —le dijo en voz baja—. Intenta animarla. Está en *shock*. Deja que se salga con la suya.

—Pero ¿adónde la llevo? —susurró Ruth—. No puedo llevarla a París.

—¿Y a casa de esa amiga de Brighton? —estaban agazapadas en el pasillo, como dos conspiradoras.

—¿Molly? —Ruth lo consideró—. Podría ser. Pero un par de días a lo sumo. No puedo pasarme la vida arreglando sus peleas.

La señora Cutler, que había visto a Helen y a George esa mañana, ofuscados, mudos y viejos, pensó que Ruth tenía muy pocas posibilidades de arreglar nada. Sin

embargo, no lo dijo. Tenía sus propias razones urgentes para sacar a Helen de casa y poder así largarse ella. George no le preocupaba. Además, tampoco sabía si tenía intención de volver.

—Mamá —dijo Ruth, con una alegría desmedida y en voz muy alta, como se habla a veces a las personas trastornadas o discapacitadas—. ¿Te ves en condiciones de ir a casa de Molly? ¿Qué te parece si pasamos un par de días en Brighton, hasta que se olviden todas estas tonterías?

Helen volvió la cabeza muy despacio y miró a su hija. Sus ojos, muy bien pintados con sombra azul, cobraron un brillo levemente divertido. Se había acordado de ponerse maquillaje rosa oscuro en las sienes y el cuello. Tenía una pinta rarísima, como un aguilucho con gesto de lagarto. Ruth nunca la había visto tan quieta. La ropa holgada disimulaba su extrema delgadez.

—¿En condiciones? Eso no tiene importancia. Quizá recuerdes que salí a escena con un tobillo roto en *Ring Round the Moon*.

Y así, Ruth llamó a Molly, quien dicho sea en su honor y en honor a las enseñanzas de Mary Baker Eddy, se echó a reír y dijo: «¡Qué lío! Pero venid, por supuesto». Las esperaba a eso de la hora del té.

—Antes —dijo Helen, con aquella voz grave y extraña.

—Antes —repitió Ruth con impotencia.

—Cuando queráis —dijo Molly, y colgó el teléfono con los dedos brillantes e hinchados por la artritis.

Al ver que George tenía manchas de palidez en algunas zonas de la cara, la señora Jacobs llamó a Roddy, que supuestamente iba a tomarse el día libre, para que fuera a hacerse cargo de la tienda. Pensaba llevarse a George a Bayswater. Por un lado, estaba preocupada por él; por otro, no quería arriesgarse a recibir una llamada de Helen y dudaba que encontrase su número en la guía, porque estaba a nombre de su difunto marido, aunque tenía la incómoda sospecha de que George quizá lo hubiera nombrado cuando no era más que una desconocida interesada en comprar el negocio. Bueno, no podía estar en todo.

Roddy protestó —la verdad es que el chico estaba empezando a ponerse imposible—, pero apareció en cuestión de media hora, con su traje azul marino algo pulido por el uso, su camisa azul de cuello blanco almidonado, el pelo abundante aplastado con agua y un leve corte de cuchilla que estropeaba la sonrosada suavidad de la cara rechoncha. Estaba hasta la coronilla de los cambios de opinión de su tía, de lo que consideraba una pasión senil y, sobre todo, de George, que lo llamaba «amigo mío» y ensalzaba las virtudes de perseverar en el negocio del libro, al tiempo que demostraba el poco valor que el oficio tenía ya para él. Como la mayoría de la gente joven, Roddy odiaba a los hipócritas y no reconocía que se estuviera convirtiendo en eso mismo.

Y así, sin la más mínima sensación de incoherencia, acompañó a su tía hasta la puerta de la tienda, le dio una palmadita en el brazo (porque tenía que pensar en su futuro) y hasta asomó la cabeza por la ventanilla del coche para desearles que les fuera bien. Como si se marcharan de vacaciones, pensó la señora Jacobs bastante resentida. George arrancó. Roddy se desentendió de ellos, volvió a la tienda, llamó a su novia para decirle que se pasara por allí a hacerle compañía y se sentó a leer el *New Statesman*.

George iba callado, concentrado en el volante. Sentía mucho calor y le fallaba la vista. A veces veía una imagen doble de Bayswater Road. No tenía la menor idea de lo que iba a hacer, pero no pensaba volver a casa hasta que llegase Ruth. Quizá pudiera tener una pequeña conversación con ella, explicarle que se iría una temporada, y volver al apartamento de Bayswater para dejarse cuidar por la señora Jacobs. Lo triste era que no sabía hasta qué punto debía sentirse culpable de la debacle de la noche anterior. No había cometido una infidelidad atroz. No pretendía abandonar a su mujer para siempre. Solo quería borrar la imagen de Helen, doblada y gimiendo en una silla en la que nunca se sentaba, mientras en la pantalla del televisor encendido pero mudo parpadeaba un programa que en otras circunstancias a él le habría parecido muy interesante.

—Ella se lo ha buscado —dijo la señora Jacobs, como si adivinara lo que estaba pensando—. No se portaba contigo como debe portarse una mujer.

George asintió, pero al mover la cabeza notó que su visión empeoraba. Estaba deseando llegar a casa de Sally, donde no podría ocurrir nada malo. Y, si ocurriese, ella se ocuparía de todo. Quizá pudiera convencerla de que llamase a Oakwood Court más tarde, para hablar con Ruth. Quizá no tuviera que volver a casa hasta que todo se hubiera tranquilizado. Quizá ni siquiera entonces. Con estos pensamientos en la cabeza, decidió olvidarse del problema. Sally tenía mucha razón: había hecho más que suficiente.

—¡Con la de cosas que he hecho por ella! —empezó a murmurar—. Llevarle las comidas a la cama. Ocuparme de las tareas domésticas. ¿Es eso vida para un hombre?

La señora Jacobs tomó nota del beneficioso paso de la tristeza a la rabia y lo instó a seguir por ese camino.

—No tenías por qué haber hecho nada de eso —dijo—. Eres su marido, no una dama de compañía.

—¡Y la de cosas que le llevaba de Fortnum y Mason's! —siguió diciendo mientras subían en el ascensor—. Y ella ni siquiera se molestaba en levantarse de la cama. Hasta la llevé de vacaciones. Por lo visto eso también lo hice mal.

La señora Jacobs metió la llave en la cerradura.

—Ya sabes que nunca te he dicho nada —empezó, como prelude para decirlo todo en ese momento—, pero has sido tonto. Algunas mujeres se aprovechan de la situación. En cuanto se casan y consiguen un buen marido, se creen que pueden hacer lo que les dé la gana. Y como lo den por sentado —hizo una pausa significativa— se desentienden por completo.

George entró en la cálida sala de estar. Le dolía la cabeza. Quería contarle a Sally que las cosas no habían sido siempre así. Que Helen y él llevaban mucho tiempo casados, que tenían una hija y eso era importante. Pero ¿cómo decirle eso, sin herirla, a una mujer que no ha tenido hijos? También quería decirle que Helen era valiente y honesta, o al menos lo había sido. Puede que siguiera siéndolo. Quería decirle que el berrinche de Helen de la noche anterior le había recordado, como un puñetazo en el corazón, mientras la televisión farfullaba sin que nadie le hiciera caso, que su mujer aún lo quería. Quería decírselo, pero sabía que no podía.

Sally estaba en la cocina, llenando el hervidor de agua. Pensaba que la mayoría de las crisis se paliaban administrando comida o bebida. Pero después de eso, George tendría que decidirse a volver a casa. Si se quedaba con ella, la pondría en un compromiso. ¿Y si la citaban en un juicio por divorcio? Su hermana jamás se lo perdonaría. No, no podía ser. Tenía que pensar en sí misma. Además, la responsabilidad era de la hija. Hablaría con ella más tarde.

George se desmoronó en una butaca y pensó en Helen. Apenas se acordaba de Sally. Pensó en cómo era Helen cuando la conoció, cómo la esperaba sin pudor en la salida de artistas. Pensó en su cortejo y en sus muchas lunas de miel, pues les gustaba imaginarse como eternos enamorados. Recordó cuánto se agobiaron al saber que Helen estaba embarazada, y el lío que armó ella para librarse del embarazo. Recordó

el gesto severo de su madre cuando oyó parte de la conversación. Entró en el dormitorio de Helen, amenazante con su vestido negro de lunares blancos y el sobrio broche de acero tallado en el cuello, y le exigió la promesa de que se comportaría como una mujer casada y responsable. Se avergonzaron como niños, y Helen tuvo a su hija. Una cosita muy rara, pelirroja como su madre, pero sin ninguno de sus rasgos. La señora Weiss terminó por ejercer las funciones de niñera. George recordaba la estampa de la abuela corpulenta con la niña acurrucada en el regazo: le contaba cuentos en voz baja, porque se avergonzaba de su acento. Helen y él disfrutaban de una libertad extraordinaria. Volvió a acordarse de su madre y de todas las comidas que había inventado para él. Se vio sentado a la mesa del comedor mientras ella le untaba con mantequilla un panecillo de semillas de amapola antes de irse al colegio, a la universidad, al trabajo. Recordó sus manos, hinchadas y brillantes de tanto trajinar con el agua fría; recordó su cara, imperturbable y enrojecida por el vapor que se escapaba de las cazuelas cuando levantaba la tapa. Cuando vivía en Alemania, su madre tenía criadas, pero jamás la oyó quejarse por eso. La recordó velándolo cuando estaba enfermo, a veces la noche entera.

Se quedó dormido. Cuando la señora Jacobs entró con la bandeja y un discurso preparado no fue capaz de despertarlo. Se sentó y se tomó el café sin hacer ruido, intentando tranquilizarse. Pero al ver que George empezaba a emitir un ronquido constante y áspero, se asustó y lo zarandeó. No reaccionaba. Se puso a gritar, llamó a una ambulancia y también a Roddy, quien, dicho sea en su honor, llegó antes que la ambulancia y los acompañó al hospital.

—Un pequeño infarto —dijo el médico media hora más tarde—. En cuestión de unos días podrá volver a casa. Enseguida lo pondremos en forma. ¿Son ustedes su mujer y su hijo?

La señora Jacobs dijo que no, que en realidad solo eran conocidos. El paciente vivía con su familia en Oakwood Court. Sí, sería mejor que el hospital se hiciera cargo de avisar a la familia; su sobrino y ella preferían no involucrarse. Ya se habían llevado un buen susto y, en su estado de ansiedad, ella se lo tomaba todo muy a pecho.

El médico le dio una palmadita en el brazo.

—Se ha portado de maravilla —dijo—. Ojalá hubiera más gente como usted. —Luego le dio la mano a Roddy y se alejó por el pasillo, con la bata aleteando. Roddy y la señora Jacobs se miraron como cómplices de un delito. Cuando menos, lo parecía.

El invierno no había tratado bien a Molly Edwards. Los vientos azotaron sin tregua la costa sur y, cuando por fin se sosegaron, la bruma que entraba del mar le hacía añorarlos. Estaba achacosa y no tuvo más remedio que ir al médico, a pesar de que no creía en los médicos.

—Tiene usted artritis —le anunció sin rodeos—. Puedo darle unas pastillas para aliviar el dolor.

Molly dijo que ni hablar. Ya había renunciado demasiado a sus principios.

—En ese caso —contestó el médico—, solo puedo aconsejarle que se vaya a un sitio más cálido y menos expuesto.

Molly cerró su chalet de la playa y se llevó el hervidor eléctrico. Ahora además del hombro le dolían también la rodilla y los dedos. Decidió esperar a ver si en verano mejoraba un poco, y si no, pues no tenía necesidad de vivir un invierno más. Nadie la echaría de menos. Ni siquiera tenía un gato.

El invierno fue largo y lo pasó encerrada en el apartamento, que nunca le había gustado. Le costaba hacer muchas cosas sin ayuda, pero su inquilino era muy amable y le traía la compra del herbolario todos los sábados por la mañana. Estudiaba en la Politécnica de Brighton y se marcharía en verano, así que no tenía que preocuparse por él. Pero los días eran interminables, estaba impaciente hasta que el chico volvía por las noches y a veces lo esperaba hasta muy tarde. Se sentaba en la sala de estar, en un sillón *beige*, y trataba de leer, pero enseguida se distraía —el viento hacía un ruido tremendo— y lo daba por imposible. No era una mujer histérica y tampoco vivía inmersa en el pasado, pero cuando veía por la ventana el seto raquítrico, sacudido por el viento del mar, pensaba en lugares más amables que había conocido. Y en su marido, un poco. No tenía hijos. Ese había sido su eterno pesar, aunque nadie lo supiera. Pero era muy alegre y se metía a todo el mundo en el bolsillo. Todavía, cuando iba al herbolario a encargar el pedido, para que el estudiante se lo llevara a casa, le decían que era maravillosa, que les levantaba el ánimo a todos. De un tiempo a esta parte necesitaba un bastón y, cuando se daba la vuelta para salir de la tienda, con un esfuerzo enorme, no veía que la miraban con lástima.

Estaba lloviendo a cántaros la mañana que Ruth llamó por teléfono, y Molly se encontraba tan mal que hasta se ilusionó con la visita. Sintió mucho enterarse de la enfermedad de Helen, pero sabía que era una chica fuerte y no le dio demasiada importancia. Y la pequeña Ruth siempre había sido una niña muy juiciosa. Aunque llevaba años sin verla, siempre tenía palabras agradables para ella cuando hablaban por teléfono. Eso sí, no había sacado ni una pizca del carácter de su madre. Se parecía más a su abuela, una mujer muy convencional.

Gruñó de dolor al cerrar la mesa y arrimarla contra la pared. Se pasó el resto de la mañana retirando las sillas, empujándolas con la rodilla buena. Después descansó un

rato y se obligó a recordar con severidad que el dolor no existe. Luego consiguió arrastrar las camas turcas hasta el centro de la habitación, pero no se molestó en mover la mesilla. La lámpara de pergamino y cordón flexible no le dio demasiados problemas, pero supo que no sería capaz de hacer las camas. Tendría que pedirselo a Ruth, aunque le daba mucha vergüenza, ¡con la de tiempo que llevaba sin recibir invitados! Le habría gustado poner unas flores en la sala de estar, pero sencillamente no podía moverse. Y había poquísima comida. Quizá Ruth pudiera acercarse a comprar algo después de instalar a su madre. Mientras tanto, Molly escucharía atentamente todo lo que Helen tuviera que contarle, y estaba segura de que detrás de aquella visita había una historia de las buenas. En el pasado, la mayoría de las dolencias de Helen siempre habían tenido una causa oculta. Y al final normalmente se salía con la suya. Molly sonrió al recordarlo. Sería como en los viejos tiempos, cuando le tocaba tranquilizar a Helen y hablarle como una hermana mayor. Salió para quitar el cerrojo, por si luego se le agarrotaban las manos y no podía abrir la puerta. Después se sentó a esperar junto a la ventana.

La cara de Helen, sonrosada, delgada y adusta; aquella voz tan grave y extraña; las manos nerviosas aferradas al bolso de cuero negro y pasado de moda; la absurda visera vaquera. Estas imágenes persiguieron a Ruth mientras extendía las sábanas gastadas en las camas estrechas, cambiaba la bombilla de la lámpara y salía a hacer la compra bajo la lluvia incesante, con el poco dinero inglés que le quedaba: algo con lo que preparar un sándwich a Helen y a Molly. Ella sería incapaz de comer nada. El viaje no había sido demasiado malo. Helen fue muy callada y no fumó en exceso. Ni leyó ni abrió la boca. A Ruth le dolió un poco su indiferencia, pero se alegraba tanto de encontrarla viva —y dueña de la situación, aunque de esa manera extraña— que no veía motivos para quejarse. A pesar de todo, estaba aturdida por el viaje y el desorden. Sus padres parecían asaltados por un trastorno moral que de pronto se había convertido en agotamiento físico. Cuando guardó los camisones en la maleta de prisa y corriendo, había mezclado el suyo, impecable y de algodón, con el de su madre, sucio y de seda. Intentó proteger a su madre durante el viaje, cogerla del brazo y resguardarla de la lluvia. Era imposible. Tenía el pelo chorreando; el dobladillo del abrigo mojado. Y no habían traído más ropa. A lo mejor llamo esta noche a la señora Cutler para ver qué está pasando, pensó. En realidad no quería enterarse de lo que estuviera pasando, pero tenía la sensación de que era su deber. Se estremeció con un suspiro, entró en la calle de Molly y abrió la puerta con aquella llave que no le era familiar.

Mientras sacaba de la bolsa los cien gramos de jamón, la mantequilla, los tomates y el pan de molde, oyó la extraña voz de su madre en el cuarto de estar. A juzgar por el tono, no estaba contando nada en concreto, sino que soltaba exabruptos sin sentido que Molly aplacaba con comentarios de consuelo y confianza. Molly conseguía

tranquilizar a Helen, aunque sin llegar a alcanzarla. Lejos de disfrutar de su compañía, estaba alarmada por su comportamiento. Se había sentado como si viniera a hacer una visita breve y seguía con la visera puesta y sin soltar el bolso de las manos. Como una refugiada, pensó Molly. Ni siquiera quiso echarse un rato a descansar, a pesar de que Molly tenía entendido que desde hacía algún tiempo no se levantaba de la cama. No fumó, no pidió nada de beber, pero se tomó la taza de té que le preparó Molly con el hervidor eléctrico del chalet, conectado ahora en el enchufe de la lámpara, detrás de su sillón. De vez en cuando, Helen soltaba una risa sardónica, aunque Molly no veía qué le hacía tanta gracia. Se alegró al oír que Ruth cerraba la puerta y se arrastró hasta la cocina para hablar con ella. Tardó casi un minuto en levantarse del sillón y tuvo que inspirar hondo varias veces, porque el esfuerzo de mover los muebles empezaba a pasarle factura.

Ruth, que a esas alturas estaba desesperada, le explicó que sus padres habían discutido, que su padre ni siquiera se quedó en casa para recibirla y que su madre se negaba a dormir bajo el mismo techo que él. Le tranquilizó ver que Molly se reía.

—Ese cuento ya me lo sé —dijo—. Lo oí muchas veces cuando estaban recién casados. Helen siempre ha tenido un carácter tremendo y George a veces metía la pata. No te preocupes, Ruth; ya verás cómo todo pasa.

Ruth suspiró.

—Ya no son unos recién casados. Yo no puedo cuidar de ellos. Va siendo hora de que se porten como adultos —dijo Ruth, que seguía creyendo que los adultos se atenían a una norma de conducta superior.

A Molly le dolía todo y propuso que se acostaran temprano y discutieran la situación por la mañana. Ruth estaba de acuerdo. Se tomaron los sándwiches casi en silencio. Ruth deshizo la maleta y abrió la cama de su madre. Parecía que a Helen no le quedaran fuerzas ni voluntad; se sentó a plomo en el borde de la cama turca.

—Me temo que vas a tener que desnudarme —dijo. Y abrió los brazos como una niña. Molly, que se había quedado en la puerta, animó a Ruth asintiendo con la cabeza, aunque parecía pensativa. A ella también le habría gustado que la ayudaran a quitarse las medias, pero no se atrevía a pedirlo.

Ruth, horrorizada, le quitó a su madre la ropa apenas tibia y con olor a perfume rancio. Procuró no fijarse en los pechos caídos, las rodillas y los codos huesudos, la pelvis tan hundida que daba lástima. Le quitó la visera y le pasó por la cabeza el camisón de crepé de china con encaje de un color que Helen siempre había llamado rosa orquídea: «mi color». Le cepilló el pelo y se lo recogió con una cinta. Helen levantó la mano despacio y se soltó la cinta.

—Siempre me dejo el pelo suelto por la noche —dijo.

Cuando sonó el teléfono, Ruth salió disparada, dando gracias de librarse del espectáculo que acababa de presenciar. De repente se llenó de rabia y la dirigió contra todos los pintores de martirios y destituciones. «Los viejos maestros nunca se equivocaban en lo tocante al sufrimiento», decía Auden. Pero se equivocaban. Con

frecuencia. La muerte era en sus representaciones generalmente heroica; la vejez, serena y sabia. Y, por supuesto, el elemento temporal no estaba presente. Duración. ¿Cuántas noches más tendría que desnudar a su madre y vestirla de nuevo por la mañana? ¿Iba a tener que lavarla, bañarla y darle de comer? ¿Había alguna manera de evitarlo?

Aparentemente no. Porque la señora Cutler, al otro lado del teléfono, le anunció que George se quedaría unos días ingresado, aunque no era grave.

—Un pequeño infarto —dijo, con bastante precisión. Como ella se marchaba a finales de la semana siguiente, sería mejor que Ruth y su madre volvieran a casa. George necesitaría algunos cuidados cuando saliera del hospital. Y no quería irse sin decirles adiós. ¡Después de tantos años!

Ruth le dio la noticia a su madre, restándole importancia, pero Helen perdió la compostura, se puso a gritar y a llorar, y Ruth tuvo que pasarse la mayor parte de la noche sentada, abrazándola. Cuando por fin pudo meterse en la cama fue incapaz de conciliar el sueño, porque a pesar de que había sedado a Helen con los somníferos que encontró en su bolso, esta seguía inquieta, gimiendo, murmurando y ensuciando la almohada de maquillaje rosa al mover la cabeza compulsivamente. «¿Es la hora? —preguntó con un suspiro. Y al cabo de un buen rato dijo—: Cariño mío». Acostada tan cerca de ella, oyendo aquellas palabras de amor, en el curso de aquella larga noche Ruth comprendió que serían las últimas que oiría en su vida. Se cubrió la cara y lloró.

Por la mañana seguía diluviando. Se levantó y preparó el té para Molly, que le sonrió con cariño, y para Helen, que tenía la mirada perdida en el vacío. Estaba temblando, y Ruth tuvo que sostenerle la taza.

—Más vale que nos pongamos en marcha —le dijo—. Cuando estés lista, pasa tú primero al cuarto de baño.

Pero una hora más tarde, cuando Ruth ya se había lavado y vestido, tuvo que sacar a su madre de aquel letargo y repetirle las mismas recomendaciones.

Helen estaba agarrotada como una anciana. Cuando salió del baño, Ruth vio que no se había lavado la cara: la tenía menos aquilina y bastante más pálida y desdibujada. De nuevo tuvo que cepillarle el pelo y ayudarla a vestirse. Helen no dijo nada. Señaló el bolso de la señora Weiss, para que Ruth se lo pasara. Lo abrió, sacó el estuche de maquillaje, de un tamaño considerable, y empezó a pintarse los ojos de azul y a restaurarse la boca. Se puso colorete en la frente, las mejillas y la barbilla, se caló la visera vaquera y miró a su hija como diciendo: «Estoy lista».

Ruth guardó el estuche, deshizo las camas y volvió a colocar los muebles en su sitio mientras Molly le daba las gracias repetidamente. Luego fue a la tienda a comprar té para Molly, que insistió en regalarle lo menos un kilo de manzanas marchitas. «No están tratadas», anunció con orgullo. Ruth no entendió a qué se

refería, pero no quiso preguntar. «¿Podrías dejarme una bolsa?», le pidió. Y, al cabo de un buen rato, Molly volvió con una bolsa de plástico que llevaba impresa una cornucopia y el eslogan: «¡Aquí hay salud!». Se la dio a Ruth, intentando ocultar los nudillos monstruosos.

Molly no lamentó que se marcharan. No había dormido bien y no le gustaron los ruidos que hacía Helen en sueños. Estaba enferma, no podía ayudar gran cosa, y Helen seguía siendo tan intransigente como siempre, aunque Ruth era un cielo, un auténtico cielo. Le habría gustado pedirle que se quedara, pero era evidente que tenía que cuidar de su padre hasta que encontrasen otra asistenta. Estaba claro que con Helen no se podía contar. Era sábado, y estarían esperándola en el herbolario. La verdad es que estaba deseando que se fueran. ¡Qué extraño!, teniendo en cuenta que pasaba la mayor parte del tiempo sola.

Besó a Helen, que suspiró y le devolvió el beso. Besó a Ruth, que hizo un esfuerzo por no apartar la cara. Pero tardó mucho en volver al cuarto de estar y no llegó a tiempo de verlas subir al taxi y decirles adiós con la mano.

Tampoco esta vez el viaje fue demasiado malo. Iban solas en el compartimento y Ruth le había comprado a su madre una revista. Helen echó un vistazo a la cubierta y se puso a mirar por la ventanilla chorreante. Las gotas de lluvia temblaban en el cristal, formando surcos diagonales, y no se veía nada.

En la estación de Victoria las cosas empezaron a complicarse. La lluvia aporreaba las marquesinas de cristal de los andenes y salpicaba desde las vías. Tuvieron que ponerse en la cola de los taxis. Ruth iba forcejeando con la maleta, el paraguas, la bolsa de manzanas y su madre. Helen estaba tiritando. Ruth intentó resguardarla. Miró a su alrededor con gesto suplicante, pero solo encontró ojos indiferentes o faltos de curiosidad. Se asustó al darse cuenta de que le quedaba muy poco dinero y pensó si acercarse a cambiar unos cheques de viaje. Pero estaba inquieta por su madre y no se atrevía a dejarla sola. La gente de la cola parecía poco predispuesta a ayudar; no veía a nadie que le inspirase confianza. Avanzaron despacio, empujando el equipaje. La escasez de taxis producía pequeños altercados. Cuando por fin llegaban, los taxistas no siempre accedían a llevar a los pasajeros adonde les pedían; algunos incluso se marchaban vacíos.

Ruth dejó la bolsa de manzanas en el suelo y abrazó a su madre, temiendo por ella en aquel ambiente agresivo, húmedo y frío. Helen se apoyó ligeramente en su hija, con la cabeza casi en blanco. Nunca había tenido instinto maternal, nunca había sentido ese impulso incontenible que mueve a una mujer a acariciar la piel de un niño. Era demasiado guapa, demasiado feliz, y tenía demasiado éxito para sentir siquiera la premonición de la pérdida. En ese momento, solo era consciente de que tenía frío y estaba incómoda, mareada por el viaje en tren y la falta de costumbre al ruido, y no podía concentrarse en dónde estaba ni qué hacía allí. Tampoco sabía por

qué George no estaba con ella. Ruth veía el desconcierto de su madre, sentía el latido irregular de su corazón a través de la manga fina y la abrazaba para intentar tranquilizarla.

De repente, Helen empezó a desvariar y a recordar sus éxitos y sus tiempos jóvenes, cuando siempre había a su lado alguien que se ocupaba de todo. «Vives entre algodones», le decía George en broma cuando ella le pedía que escogiera un vestido o le cepillara el pelo. En realidad nunca se había acostumbrado a hacer nada por sí misma y solo vibraba y se sentía independiente cuando estaba sobre un escenario. Cuando salía a saludar al público parecía indomable, y así se sentía por dentro. En casa era una niña inútil. Nunca aprendió a cocinar y naturalmente se negaba a limpiar y hacer la compra. Mientras pensaba en estas cosas, y en cómo la juzgaba George, en cómo le señalaba sus defectos, el dolor de su corazón, que en ese momento le latía como un tambor, se acentuaba. Había perdido el control de todo: por ejemplo, de su retiro, que había sido involuntario, y también de la pérdida de peso y energía, que ahora le producían una debilidad extrema. Sintió una leve oleada de rabia («¿Por qué yo? ¡Con lo que he valido siempre!»). Se desmoronó en los brazos de Ruth, con la boca seca y dolor de garganta. Se le cayó la visera, que se manchó de barro. «Déjala —dijo—. Ya me da igual». Y se quedó callada, apoyada en su hija, hundiéndose poco a poco en el sueño.

El conductor del taxi que llegó al cabo de tres cuartos de hora tenía un dolor de espalda severo y un hijo delincuente. Estas dos cosas no le dejaban vivir. A eso le estaba dando vueltas cuando Ruth abrió la puerta, metió la maleta, la bolsa, el paraguas y, por último, a Helen.

—¿Oakwood Court? —dijo el taxista—. Eso está por Kensington, ¿no? Lo siento, cielo, no puedo. Vuelvo al garaje. A Clapham.

Helen gimió y se llevó los dedos a la boca. Ruth la miró con horror.

—Creo que mi madre está enferma —dijo, arrodillándose en el suelo y acercando los labios a la mampara del taxi, como si estuviera en un confesionario—. Tenga la amabilidad de llevarnos a casa, por favor. No tenemos otro modo de llegar y no puedo volver a ponerla en la cola.

El taxista miró a su alrededor.

—No, gracias —dijo rápidamente, porque no le gustaba llevar pasajeros enfermos y ya tenía suficientes problemas—. No puedo —añadió.

Ruth llevaba una libra en el monedero.

—Le daré el doble —insistió, aunque ni siquiera tenía esperanza de tener lo suficiente para pagar el viaje. La revista se deslizó del regazo de Helen, que no hizo nada por sujetarla. Ruth miró a su madre. Tenía los ojos cerrados y la mano extendida sobre el pecho.

Ruth empezó a gritar.

—Lléveme a casa. Lléveme a casa. Lléveme a casa —suplicó, llorando a lágrima viva y con la boca abierta como una niña—. Lléveme a casa —siguió recitando—.

Lléveme a casa.

La gente se acercó a mirar con curiosidad por las ventanillas del taxi. Un policía llegó desde el final de la cola. Maldiciendo, el taxista buscó a tientas la palanca de cambio y arrancó. Ruth siguió un buen rato sollozando y arrodillada en el suelo, con la frente contra el cristal. No se atrevía a volver la cabeza. Sabía lo que iba a encontrarse.

Cuando llegaron a Oakwood Court, Helen ya había muerto.

Cuando salió del hospital, George estaba muy callado y se movía muy despacio, a pesar de que el médico le había asegurado que podía y debía hacer vida normal. Era difícil saber hasta qué punto le había afectado la noticia de la muerte de Helen. Ruth se lo contó mientras aún seguía acostado en una habitación pequeña y alegre, con un extraño pijama de rayas; la señora Jacobs, con Roddy de carabina, había ido a llevarle algo de comida y la estaba dejando en su taquilla, en contra de todas las normas hospitalarias. Las enfermeras confiscarían más tarde los paquetitos y los platos, pero George había renunciado a explicárselo. Por otro lado, tenía miedo de que Sally dejara de cocinar para él.

Al enterarse de la muerte de Helen, apretó los labios con ese gesto ausente que ponía cuando estaba enfrascado en alguna reflexión. Después suspiró, buscó la mano de Sally, se agarró a ella y se quedó un rato dormido. Una lágrima rodó por su mejilla. Sus tres visitantes se quedaron rígidos alrededor de la cama, como si fuera a morir. Poco después llegó una enfermera con el carrito del té y lo despertó. Entonces vieron que estaba bien.

En el momento de marcharse, la señora Jacobs posó una mano trémula y autoritaria en el brazo de Ruth.

—No lo dejarás solo, ¿verdad que no, cielo? No pensarás volver a París, ¿no? —le dijo.

Y Ruth, conmovida al ver su angustia y su preocupación, no supo contestar. Esperaba regresar a París ese mismo mes, en cuanto hubiera encontrado una interna para George o pudiera dejar las cosas en manos de la señora Jacobs, pero por lo visto no iba a poder ser. Tenía que volver al menos para recoger sus notas de Balzac. De todo lo demás —tazas, platos, paños, cuchillos y tenedores— no tendría más remedio que olvidarse.

Se lo explicó a la señora Jacobs, que agrandó los ojos del susto.

—Ve ahora —la apremió—, mientras siga en el hospital. Pero vuelve pronto. Se va a sentir muy solo.

Y Ruth se fue a París ese mismo día, recogió sus notas, intentó llamar a Duplessis a la Sorbona, no logró localizarlo y esa misma noche subió al trasbordador con su cartera en la mano. Llegó a Londres justo a tiempo de recoger a George, que recibió el alta esa mañana. Roddy, muy amable, se ofreció a llevarlos a Oakwood Court. La señora Jacobs los acompañó, algo indecisa.

Cuando Ruth abrió la puerta de casa, el ambiente le pareció más rancio de lo normal. La señora Cutler se había marchado antes de lo previsto, sin lavar el cazo de la leche ni retirar el platito sucio de la mesa de la cocina. Había dejado una nota al lado del teléfono: «¡Os deseo lo mejor! ¡Mucho ánimo!». La señora Jacobs arrugó la nariz con repugnancia, abrió la puerta del frigorífico, que no habían descongelado

desde hacía semanas, y tiró el queso pasado y la lechuga mustia que habían sido el único alimento de Ruth. George entró despacio en el dormitorio de Helen, se quitó la chaqueta, la dejó encima de la cama y se puso la bata. Después se fue a la sala de estar, se sentó delante del televisor y no tardó en quedarse profundamente dormido.

A la señora Jacobs no le gustó lo que veía: abandono, decadencia y suciedad. La casa llevaba semanas sin limpiarse, incluso meses. Abrió todas las ventanas que pudo, porque no quería entrar en los dormitorios, y movió la cabeza con pena al ver el estado del comedor, con su mesa tan bonita marcada de círculos de quemaduras y los libros de Ruth amontonados encima. No conseguía que George entrase en razón, porque estaba aturdido por las pastillas, y Ruth parecía distraída, como si no quisiera pensar en su difícil situación. Ni siquiera había puesto un anuncio en *Lady* para encontrar servicio doméstico. Y, por una vez, la señora Jacobs no se atrevía a ofrecerse.

Establecieron poco a poco una rutina. Ruth se levantaba, limpiaba la casa, preparaba el desayuno de su padre y se lo llevaba a la cama. No sabía cómo sacar a su padre de aquel estado de inercia que atribuía al impacto de la muerte de Helen, y con el tiempo terminó por aceptarlo. Limpiaba el dormitorio mientras él se daba un baño, esperaba a que se vistiera, aunque nunca se ponía corbata o chaqueta, y cuando lo veía en el cuarto de estar, leyendo el periódico, salía a hacer la compra. George descansaba después de comer y Ruth podía entonces trabajar un rato. A última hora de la tarde, la señora Jacobs venía escoltada por Roddy, con una cazuela envuelta en una servilleta blanca como la nieve o una tarta de manzana en un plato. Y eso cenaban. George vivía exclusivamente para estas visitas y siempre intentaba coger a Sally de la mano, aunque a ella le producía una incomodidad tremenda. Con la mano aprisionada, miraba con inquietud el papel pintado desvaído, la alfombra deshilachada y las ventanas sucias. Roddy y Ruth observaban la situación sin inmutarse; no sentían ninguna simpatía el uno por el otro. Ruth había adelgazado y le había crecido el pelo. Últimamente no se preocupaba demasiado por su aspecto. Roddy, en cambio, estaba engordando, y el traje nuevo de raya diplomática empezaba a quedarle justo. Se había hecho más o menos cargo del negocio, cuando su tía declaró que no tenía los nervios en condiciones de ocuparse de nada. Estaba harto de tantas idas y venidas a Oakwood Court y deseando que George se largara, para librarse de todos. A pesar de que Ruth no le caía bien, le dolía que no intentara ser un poco más amable. En opinión de Roddy, era lo mínimo que podía hacer.

Cuando se marchaban —cada vez más pronto—, George empezaba a ensalzar las virtudes de Sally. ¡Qué gran cocinera!, decía con entusiasmo. ¡Qué gran ama de casa! ¡Y cuánto había mejorado Roddy! Tenía un gran futuro por delante. «Es muy buen chico —decía, con una voz aflautada que era nueva en él—. Piensa que podrías encontrar algo peor, Ruth...». Y bajaba la voz, al ver en la mirada de Ruth el mismo brillo irónico que había visto tantas veces en los ojos de Helen. Por otra parte, no quería pensar en el futuro. Mientras Ruth estuviera en casa y Sally viniese todos los

días, no tenía de qué preocuparse.

Pero un día, la señora Jacobs habló con Ruth en privado y le dijo, entre lágrimas, que se marchaba una temporada a Manchester, con su hermana Phyllis, porque estaba muy deprimida y no podía estar sola. Prometió llamar por teléfono en cuanto volviera a Londres, aunque no sabía cuándo. Estaba segura de que Ruth lo comprendería.

—Le he hecho un pastel de carne —dijo con voz temblorosa—, y un pudin de almendras. Calienta el pudin un poco en el horno, cielo, pero no le dejes que coma demasiado. Está volviendo a engordar, y eso le perjudica.

—¿Y qué va a pasar con su casa? —preguntó Ruth, que ya se imaginaba haciendo el papel de portera. La señora Jacobs contestó que Roddy se trasladaría allí mientras ella estuviera en Manchester. En ese momento, Roddy apareció en el umbral de la puerta, con una caja de cartón grande. Estaba muy contento con la situación. Le había rogado a su madre que se llevara a su tía de Londres, y confiaba en quedarse con el negocio definitivamente, porque sabía que la señora Jacobs no volvería. Le encantaba la idea de cambiar su bajo en Notting Hill, no del todo elegante, por las comodidades del apartamento de Bayswater, donde tenía planes de hacer mejoras considerables. Le había prometido a su tía que seguiría en contacto con George y Ruth, aunque no tenía intención de hacerlo. Si necesitaban algo de él, que lo llamaran por teléfono.

Dejó en la mesa de la cocina la caja con la parrilla portátil y la lámpara de rayos ultravioletas de George, y se dispuso a ser encantador con todo el mundo por última vez. La señora Jacobs se echó a llorar al ver las cosas de George, como juguetes abandonados, en aquel ambiente de desorden. Fue Roddy quien había insistido en que se deshiciera de ellas, aunque le gustó mucho el tocadiscos y le aconsejó que lo conservara. Ella no quiso discutir con él: se había portado muy bien. Sin embargo, escondió en un cajón el disco favorito de George, el de vals vieneses, para que Roddy no lo regalase. Lo conocía perfectamente. Cuando el coche se alejó de Oakwood Court, la señora Jacobs suspiró y se quedó callada. Roddy la miró de reojo y pensó que parecía muy mayor. No sentiría dejarla en el tren. A partir de ahora, su madre tendría que ocuparse de ella.

George, por fortuna, seguía sin ser consciente de sus propios males. «¿Ha vuelto Sally?», preguntaba, y Ruth le decía: «Todavía no». «Ya no puede tardar mucho», le aseguraba él, como si Ruth lo necesitara. Y volvía al cuarto de estar para ver la televisión hasta la siguiente comida. Ahora nadie iba a verlos. Nadie llamaba por teléfono. Tampoco hubiera servido de gran cosa. Un día sonó el teléfono, y una voz dijo: «Alain Duplessis». La llamada se repitió varias veces, pero George, que se había acostumbrado a ponerse el teléfono en el oído bueno y no conocía a nadie con ese nombre, supuso que era una equivocación y no volvió a pensar en eso.

Era imposible para Ruth volver a Francia. Al cabo de algún tiempo, llamó a Anthea, que se presentó volando en Oakwood Court, con las mejillas encendidas, para decirle a Ruth lo que tenía que hacer. O mejor dicho, lo que no tenía que hacer. George parecía encantado de verla. «La guapa amiga de Ruth», murmuró. E intentó cogerle la mano. Anthea se portó de maravilla, lo animó, le gastó bromas y parecía estar disfrutando tanto como él. George casi había recuperado su estado normal cuando Anthea se despidió.

En el vestíbulo, Anthea le susurró a Ruth:

—Por favor, sal de aquí antes de que termine postrado en la cama. Busca una interna. Haz «algo». ¿Tú te has visto? ¿Qué pasa con el apartamento de París? ¿Sigues allí? ¿Lo has conservado?

Ruth pensó en su apartamento, en el sol y en el bizcocho que había hecho para Duplessis. Las sábanas limpias seguían puestas en la cama. Confiaba en que la comida que había dejado en la despensa no estuviera atrayendo a los ratones.

—No puedo volver —contestó—. Tengo que quedarme aquí. No puedo dejarlo solo. Además, he encontrado trabajo. El profesor Wyatt me ha ofrecido un puesto de ayudante. La verdad es que tengo mucha suerte.

Se miraron. Los ojos de Anthea se llenaron de lágrimas.

—No deberías estar sola —murmuró—. ¿No tienes a nadie?

—Solo a Roddy —contestó Ruth. Y se echó a reír.

Se dieron un beso. Anthea intentó consolar a su amiga, pero Ruth era un manojito de huesos y no se dejaba. Al final, Anthea apoyó la cabeza en el hombro de Ruth, lloró con ganas, se secó los ojos, se retocó los labios y volvió a Weybridge, con Brian y sus hijos gemelos: Christopher y Martin.

En el país de los ancianos y los enfermos había ciertos peligros ambientales. Días cautos. A la cama temprano. Una vida silenciosa y decrepita en la que la angustia del inválido agota la vitalidad del sano. El recelo de no saber prevenir la adversidad. La gratitud inesperada que transforma la amargura en reproche hacia uno mismo. George se preocupaba ahora por Ruth más que cuando era pequeña. Cuando salía de casa, volvía la cabeza y lo veía en la ventana, mirándola. Cuando volvía lo encontraba en el mismo sitio. George tenía tiempo de pensar en platos apetecibles, aunque pocas ganas de comer. Se resistió a todos los intentos de Ruth para que se quitara la bata. Si salía a pasear se negaba a alejarse de casa. Sobre todo, necesitaba que ella le asegurase constantemente que no iba a abandonarlo.

Al cabo de un par de años, quedó claro que George no progresaría más. Un día, después de recibir una llamada de Anthea, que estaba embarazada de su tercer hijo, Ruth volvió al apartamento de Edith Grove y encontró a la señorita Howe muy

desmejorada, en su casa del bajo. La señorita Mackendrick había muerto hacía tres meses y su apartamento, abarrotado y sucio, no se había limpiado ni vuelto a alquilar. Ruth llamó a su antiguo casero para quedarse temporalmente con las habitaciones de la señora Mackendrick. En su antiguo apartamento vivía ahora una pareja joven que tocaba la guitarra, hacía mucho ruido y se peleaba en las escaleras. Ruth pasaba una noche a la semana en Edith Grove, dos como mucho. Esas noches, a veces cuidaba del niño de Hugh y Jill en Beaufort Street. La mayor parte del tiempo lo pasaba escribiendo su libro. Cuando volvía a Oakwood Court, George estaba esperándola en la ventana, en bata.

Se casó con Roddy casi por inercia, porque George no paraba de insistir. Se casó sin ilusión, aunque en reconocimiento de que le hubiera hecho el cumplido de pedirle que fuera su mujer. Nunca llegó a entender cuáles fueron los motivos de Roddy. Lo cierto es que se sentía solo, era hipocondríaco, como su tía, y se asustaba con frecuencia por su salud y su futuro. La serenidad de Ruth, su energía sin ostentaciones, parecían fortaleza. Ruth lo cuidó una vez, cuando cogió una gripe muy mala, y tuvo que añadir a su interminable lista de tareas una visita diaria a Bayswater. Roddy estaba impresionado. Cuando se recuperó, la llamó por teléfono y le propuso ir a un concierto. Empezó a tomar la costumbre de recogerla en la facultad y llevarla a casa. A veces se quedaba a cenar, porque Ruth se había convertido en una cocinera excelente. Se sentía a gusto en su presencia, cómodo, relajado. Y terminó pidiéndole que se casara con él. En eso demostró sentido común: es mejor casarse por razones puramente egoístas.

A lo largo de los seis meses que duró su matrimonio, Ruth sintió una gran seguridad, y eso, según le decía Anthea, es lo que necesita toda mujer. Le hizo gracia observar que sus colegas la trataban ahora con mucho más respeto que cuando era simplemente una hija. Vivir en Oakwood Court parecía más sencillo en todos los aspectos. Aunque la señora Jacobs no habría puesto ninguna objeción a que la pareja se instalara definitivamente en Bayswater, sus planes seguían siendo inciertos. Siempre había rumores de que tenía intención de volver a Londres, pero al final nunca volvía, y un día, su hermana Phyllis, que era muy mandona, decidió tomar cartas en el asunto y se deshizo del apartamento con todos sus muebles y enseres en cuestión de dos semanas. A Roddy no le importó demasiado. Había descubierto que no era fácil tener la ropa limpia y la maquinaria en buen funcionamiento, y a veces se acordaba con nostalgia de su bajo en Notting Hill. No sabía cuidar de sí mismo y pensó que, en cuanto encontrasen una interna para George, Ruth y él podrían instalarse cómodamente en una casa propia.

El ambiente de Oakwood Court se volvió un poco más alegre. La mera presencia de Roddy era un acicate para el ánimo de George, y aunque el joven seguía teniendo a su suegro por pelma, se sentaba con él a ver la tele amigablemente, le traía los periódicos de la tarde y a veces lo llevaba a dar un paseo en coche los fines de semana. A Ruth le tranquilizaba ver que se cuidaban el uno al otro, porque George estaba tan angustiado por la salud de su yerno como el propio Roddy. Roddy se sentía protegido. Ruth, cuando repasaba mentalmente las preocupaciones del día, llegaba a la conclusión de que había tenido suerte. Sabía que Roddy era amable, aunque tenía un carácter infantil, y se abrazaba a él por las noches, cuando se despertaba asaltada por un terror inexplicable, mientras los retazos del sueño se evaporaban en la irrealdad todavía mayor de su vida presente. En esos momentos, pensaba con

absoluta humildad que era una mujer afortunada.

Roddy no murió de enfermedad, como él se temía, sino en un accidente de tráfico en la carretera de circunvalación de Kingston; nunca supieron qué estaba haciendo allí. Un policía se presentó en Oakwood Court para darles la noticia. Ruth y George se quedaron atónitos y por una vez en la vida hablaron abiertamente, buscando un poco de consuelo el uno en el otro. No podían dar crédito a lo sucedido, a que ellos fueran, una vez más, los supervivientes. No entendían por qué les correspondía ese privilegio.

Algún tiempo después, Ruth vendió la tienda, a la vista de que no cabía esperar que George volviera a ocuparse del negocio. El dinero les vino muy bien, y contrataron a una asistenta para que viniese a limpiar a diario. George le tomó mucho cariño y no entendía que ella no quisiera vivir en la casa. Ruth retomó la costumbre de pasar dos noches a la semana en Edith Grove. Había conservado el apartamento, según le dijo a Roddy, porque tenía allí la mayor parte de sus libros. Su tesis sobre Balzac, que había estado un par de años apartada, volvió a coger fuelle, y entonces empezó a planear el segundo volumen.

Un sábado, mientras estaba preparando un estofado de ternera, sonó el timbre de la puerta. George salió del cuarto de estar arrastrando los pies y se quedó en el vestíbulo con mucha expectación. Quien venía a visitarlos, para su enorme sorpresa, era la señora Cutler, con un abrigo de piel de fantasía, botas de tacón y varias bolsas, que dejó en el felpudo, a sus pies.

—¡Cuánto tiempo! —dijo efusivamente, mientras Ruth murmuraba unas palabras de bienvenida. George, decepcionado al ver que no era Sally, volvió al cuarto de estar. La señora Cutler lo siguió.

—Bonito recibimiento, la verdad —le gritó, acordándose de que estaba sordo de un oído y viendo que el pobrecillo parecía muy mayor—. Después de tanto tiempo.

—¿Has vuelto? —preguntó George.

La señora Cutler soltó una carcajada estridente y terminó tosiendo.

—Por nada del mundo —dijo, abriendo un bolso de mano grande para sacar una cajetilla de Senior Service—. Leslie no me permite mover un dedo en mi propia casa, y mucho menos en casa de otros. No —continuó, aspirando el humo profundamente—. He venido a las rebajas y se me ha ocurrido pasar a veros y a tomar una taza de té. Y no me importaría hacer un pis —confesó, mirándolos como si esperara algún elogio.

Cuando volvió del cuarto de baño, dejando la puerta abierta como de costumbre, se tomó una taza de té, se fumó tres cigarrillos y los obsequió con anécdotas de su vida en la Residencia de Ancianos Clarence. «Por supuesto —dijo, cerrando los ojos entre la nube de humo—, hemos hecho un montón de mejoras. Tele en color. Fluorescentes en todas las habitaciones. Los viejecitos nos adoran».

Ruth se fijó en la minifalda de cuadros, el jersey de angora azul sin airear y el collar de cerámica con motivos vagamente étnicos. No podía hacer eso. Nunca había tenido demasiadas tentaciones de ingresar a George en una residencia, aunque Anthea le había propuesto la idea hacía algún tiempo. Pero George, pensaba Ruth, había tenido estilo y no podía terminar así: con la televisión encendida el día entero, los residentes siendo invitados a sentarse en el jardín a respirar la tonificante brisa del mar, comiendo platos de carne picada con puré de patatas y toneladas de ciruelas. Y la señora Cutler o la señora Dunlop o como se llamase ahora, paseando graciosamente entre los ancianos con una palabra amable («¡No te rindas nunca!») y un cigarrillo en la mano o en los labios.

George se dio cuenta de que Ruth estaba pensando en eso, pero no se atrevía a confiar en su criterio. Se alteró y se puso colorado, y Ruth le puso una mano en el brazo. La señora Cutler, que sabía reconocer las señales de peligro, se levantó, recogió sus bolsas y se preparó para marcharse. En la puerta, le susurró a Ruth: «Has sido una buena hija». Y añadió: «Aunque yo de ti... Bueno, si alguna vez necesitas un descanso —le guiñó un ojo y le metió un dedo en las costillas—, ya sabes dónde estoy. Seguiremos en contacto de todos modos. Me gusta reírme recordando viejos tiempos». Y dicho esto bajó las escaleras rápidamente. Ruth oyó el eco de su tos hasta que la puerta del portal se cerró por fin.

George estaba en la puerta del cuarto de estar, con cara de susto y un leve recelo. Ruth le cogió del brazo y le acarició la mano.

—Con un poco de suerte no volveremos a verla —dijo—, así que ya puedes quitar esa cara.

Le dio un beso y volvió a la cocina para seguir cocinando.

La doctora Weiss guardó las notas para su clase en el archivador, encendió el hervidor eléctrico y se preparó una taza de café. Cuando poco a poco logró borrar de su mente la conclusión a la que había llegado, después de analizarla de una manera más crítica, abrió el correo. Su correspondencia consistía principalmente en memorandos que empezaban diciendo: «Ha llegado a mis oídos que...» o «He tenido conocimiento de...». Buscó entonces una hoja de papel. «Querido Ned», escribió. «Querido Ned: ha pasado mucho tiempo desde que nos vimos y ya tengo otros seis capítulos para enseñarte. Estoy bastante satisfecha con mi estudio sobre Diane de Maufrigneuse. ¿Quieres venir a cenar la semana que viene o la siguiente? Tendrá que ser un miércoles o un jueves, porque mi padre me acapara los fines de semana de principio a fin. Está muy mayor y, desde que murió mi madre, depende mucho de mi compañía. Además, seguro que tú también estás ocupado. Dime cuándo podemos vernos. P.S. La sección sobre Eugénie Grandet ha resultado más larga de lo esperado. ¿Crees que alguien lo notará?».

Notas

[1] Texto originalmente publicado en *The Guardian* el 18 de marzo de 2016, ocho días después del fallecimiento de Anita Brookner. <<